

r e v i s t a

julio - septiembre 2018

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

333



Colombia: \$15.000

Marta Escobar/19



Fundador
Alfonso Mora Naranjo
Rector
John Jairo Arboleda Céspedes
Vicerrector de Extensión
Pedro Amariles Muñoz
Jefe Departamento de Extensión Cultural
Óscar Roldán-Alzate

Director
Elkin Restrepo
Asistente de dirección
Isabel Cristina Restrepo Espinosa

Diseñadora
Sara Ortega Ramírez
Auxiliar administrativo
Juan Sebastián Zúñiga

Correctora
Viviana Restrepo

Comité editorial
Óscar Roldán-Alzate, Jairo Alarcón †,
Juan Carlos Orrego, Patricia Nieto,
César Ospina, Margarita Gaviria,
Carlos Peláez, Alfredo De los Ríos,
Pablo Cuartas Restrepo, Alonso
Sepúlveda, Carlos Arturo Fernández

Impresión: Panamericana Formas e
Impresos S.A.S.
Calle 65 No. 95-28 Bogotá, D.C. Colombia
Teléfonos: 4302110 - 4300355
Fax: 2763008 - A.A.: 095557

Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia

Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tél.: (574) 219 50 10-50 14
Fax: (574) 219 50 12
revistaudea@udea.edu.co

Página web
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
http://oceanodigital.oceano.com/

Publicación indexada en:
MLA, Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjeydonacionbiblioteca@udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

Pugna

La tentación está ahí,
«déjalo para mañana», dice una voz,
«escribir, no siempre se puede escribir».
Y aunque temes entrar en familiaridades
con tu demonio,
levantas la oreja.

«No vale la pena que gastes tu vida
escribiendo versos que nadie va a leer.
Si hay un oficio inútil, es éste.
En lugar de estar estrujándote los sesos,
vete a un sauna, el placer llama».

Y la voz engañosa
se torna derroche musical.

«¿Por qué no darte el día de asueto?
Caprichosas son las musas,
difícil su trato,
de ser tú evitaría caer en el juego malicioso.
Mira a los demás, qué modo fácil de llevar
la vida.

Es hora, pues, de tirar la pluma».

Entonces en mi interior suenan las alarmas,
la piel se eriza,
y de allá en lo hondo,
donde los lobos cuidan el legado,
salta el ángel luminoso y comienza la contienda.

Demonios, ángeles y lobos,
en gracia de tanta pugna
escribo al fin estos versos.



Dibujo Óscar Jaramillo


Elkin Restrepo

Premio León de Greiff
al Mérito Literario
2018

www.udea.edu.co/revistaudea

 /revistaudea

 @revistaudea

 revistaudea@udea.edu.co



Escanea el código QR
y visita nuestra página web

Contenido 333

JULIO-SEPTIEMBRE 2018



Portada y viñetas tomadas de
La obra de Marta Elena Vélez,
Editorial EAFIT, 2008, Medellín.

EL PLACER DEL ESCÉPTICO

- 4 A espaldas del mundo
Alejandro Gaviria
- 6 Un talento que fertiliza el horror
Andrés García Londoño
- 9 Al colega y amigo Jairo Alarcón
Arteaga
Jorge Antonio Mejía Escobar
- 10 Primaveras silenciosas
la corrupción de la tierra
Carlos Eduardo Sierra C.
- 14 La religiosidad popular y la cultura
del autoritarismo
H. C. F. Mansilla
- 18 ¿Es posible un acuerdo general que
resuelva las profundas inequidades
del mundo actual?
Jorge Valencia Jaramillo

ESPECIAL ELLAS ESCRIBEN

Ensayos

- 22 De sermones y piedras
Lina María Aguirre Jaramillo
- 28 Mujeres de ayer y de hoy
Ana Cristina Vélez
- 34 Cuatro ensayistas colombianas
idea y fábula
Juan Felipe Restrepo David
- 38 La aventura demorada de
Elisa Mújica
Julia Escobar Villegas

Narradoras

- 44 Sobras nucleares
Beatriz Villegas
- 48 Una ciudad
Sandra Elena Castrillón Castrillón

- 53 Pasamanos
Esther Fleisacher
- 64 Bromelia
Emma Lucía Ardila
- 67 Fábrica de galletas y confites
Ana María Cadavid
- 71 Nimay, el hindú
Emperatriz Muñoz Pérez
- 75 Estación Niquía
María Teresa Ramírez Uribe
- 79 Un niño guau
Judith Pérez Estrada
- 85 Momentos
María Cristina Restrepo
- 91 Cuando la noche es lenta
Claudia Ivonne Giraldo Gómez

Poesía

- 95 Lucía Estrada
- 99 Paloma Pérez Sastre

FRAGMENTOS A SU IMÁN

El papel del doble

- 104 La ajedrecista que vencía a los
campeones del mundo
Julio César Londoño
- 108 La anciana de los gatos
Luis Fernando Afanador



EN PREDIOS DE LA QUIMERA

- 112 Alisa Koonen La Salomé roja
Anastassia Espinel
- 119 Freud y la literatura III
Alfredo De los Ríos

LA MIRADA DE ULISES

- 132 El cine de Lucrecia Martel
Juan Carlos González A.



A ESPALDAS DEL MUNDO



ALEJANDRO GAVIRIA

EN MAYO DE 1948, con veinte años cumplidos y una carrera de derecho truncada, a medio empezar (“no era un estudiante ejemplar en cuestiones de asiduidad”), Gabriel García Márquez comenzó a escribir una columna en el diario *El Universal* de Cartagena. Su talento era ya conocido en algunos círculos de escritores y periodistas. Para el aprendiz de escritor, una columna diaria era un ejercicio de entrenamiento, una forma rutinaria de ir puliendo un talento exuberante, de ponerlo a prueba y exhibirlo con relativa impunidad. Los mejores columnistas aciertan, a lo sumo, en uno de cada tres intentos.

La columna tenía un título inquietante, clarividente podría decirse (con García Márquez las exageraciones son parte del libreto): “punto y parte”. El joven escritor, seguro de sí mismo, se tomaba con frecuencia algunas licencias poéticas. “Y pensar que todo esto estará alguna vez habitado por la muerte. Que esta cálida madurez de tu piel, que sube por mi tacto hasta el abismo de mi desasosiego, tiene que desgajarse un día sobre su propio silencio desolado”, escribió en julio de 1948.

En septiembre del mismo año, en su columna número 47, García Márquez escribió un breve comentario literario, una nota sobre el escritor inglés Aldous Huxley. “Optimismos de Aldous Huxley”, se llamaba.

No tengo noticias de que este libro —cuyo título original es *Brave New World*— haya llegado a las librerías, ni si existe ya la versión en nuestro idioma [...]

Según entiendo, en *Brave New World*, Huxley debe presentar circunstancias análogas a *Un mundo feliz* —una de sus obras de mayor demanda por razón de su humorismo amargo— pues en ambos volúmenes la acción se desarrolla en lejanas épocas futuras. [*Un mundo feliz*] es una crítica aguda al mecanicismo de la época [...], un cuadro utópico destinado a punzar duramente a las sociedades que están dando toda clase de preeminencias a la máquina sobre el espíritu. En *Brave New World*, en cambio, Huxley sí hace una profecía. [...] Llega a las conclusiones de que los hombres encontrarán al fin los medios para encontrar una sociedad “genuinamente humana”.

Al final de la columna aparece una frase reveladora que da algunas pistas sobre el asunto, sobre toda esta confusión, sobre el supuesto optimismo de Huxley (en *Brave New World*) y su probado pesimismo (en *Un mundo feliz*). Aparentemente, García Márquez había leído un comentario sobre la novela *Brave New World* en la revista estadounidense *Life* y supuso erróneamente que se trataba de una nueva novela recién publicada y en ciernes de traducción. No sabía, no tenía por qué saberlo, que el traductor de la novela en cuestión

se había tomado también sus licencias poéticas con el título de la famosa distopía de Huxley. El mundo nuevo y valiente en inglés, era el mundo feliz en español.

La anécdota es insustancial, frívola podría decirse. Trae a cuento el gazapo de un joven escritor apurado tal vez por las inclemencias del cierre y las urgencias de los editores. Pero esta simple anécdota resiste una interpretación distinta, otra lectura, exagerada sin duda, pero interesante al mismo tiempo. La confusión novelística muestra, en mi opinión, el aislamiento de Colombia, nuestro destierro intelectual, las penurias de un escritor en la periferia del planeta. Unos años después, en Barranquilla, García Márquez entraría en contacto con la cultura de su tiempo por intermedio del “sabio” catalán Ramón Vinyes, Álvaro Cepeda Samudio y Julio Mario Santo Domingo, entre otros.

Un contraste, una comparación (odiosa como todas) ilustra de manera precisa la interpretación propuesta. Diez años antes, entre 1937 y 1938, en Buenos Aires, Argentina, un escritor latinoamericano ya maduro, Jorge Luis Borges, escribió cuatro reseñas distintas sobre los libros de Aldous Huxley. Las reseñas muestran, en su conjunto, un gran sentido crítico, un conocimiento pleno de la obra del novelista inglés y una conexión evidente con la cultura de su tiempo. Borges es la antítesis del intelectual periférico. El joven García Márquez es casi su personificación.

“Mejor le sirven a la humanidad —escribió Borges sobre la dinastía Huxley— interrogando al mundo sin otro compromiso que el de la probidad de su método. Eso debe ser la tradición, un instrumento, no la perpetuación de unos malos humores”. Unos meses antes

La soledad de América Latina, nuestro aislamiento, la diferencia (el abismo) entre la manera como percibimos nuestra realidad desde adentro y como otros la perciben desde afuera, no ha sido la misma en Buenos Aires, México o Río que en Bogotá o Cartagena.

Borges había llamado la atención sobre la admirable imparcialidad de Huxley, sobre su pacifismo

genuino, alejado de los dogmas asesinos del siglo xx. “La defensa militar del socialismo contra el fascismo viene a ser, en la práctica, la transformación de la comunidad socialista en una comunidad fascista”, escribió Huxley en su *Enciclopedia del pacifismo*, reseñada por Borges en septiembre de 1937. En Colombia, hemos tardado décadas (o siglos) en entender este punto, obvio en apariencia.

Sea lo que sea, la confusión garciamarquiana permite hacer una precisión, proponer una nota al pie de página. La soledad de América Latina, nuestro aislamiento, la diferencia (el abismo) entre la manera como percibimos nuestra realidad desde adentro y como otros la perciben desde afuera, no ha sido la misma en Buenos Aires, México o Río que en Bogotá o Cartagena. El aislamiento colombiano es peculiar, distinto, más hondo. La soledad colombiana es más profunda, más esencial. Hemos venido superándola poco a poco, pero todavía nos caracteriza, nos define. Hemos vivido por muchas décadas o por siglos, a espaldas del *brave new world*. ■



UN TALENTO QUE FERTILIZA AL HORROR

¿Dónde encontraría la valentía necesaria para escribir mal?
Mónica Ojeda, *Nefando*



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

PROBABLEMENTE POCAS VECES UN libro ha tenido un título más apropiado que *Nefando*, la segunda novela de la ecuatoriana Mónica Ojeda (Guayaquil, 1988), publicada cuando ella solo tenía 27 años. Y si lo nefando es aquello “que causa repugnancia u horror”, muchos de los comportamientos comúnmente asociados a esas sensaciones están en la novela, desde la tortura de animales hasta la pedofilia. Quizá el gran ausente es la corrupción traída por el poder político y económico, pero casi todo lo otro está presente. Así que sí, por los temas que trata es una obra nefanda. Pero en especial por cómo lo hace, evitando los múltiples lugares comunes predicados por una sociedad frágil que prefiere creer que el horror es solo una pesadilla, no una realidad que la habita cada día.

Ninguna novela o cuento es para todos los públicos. Pero es bueno recalcar esa advertencia al hablar de *Nefando*. Es una obra que no se puede leer con comodidad. Sus descripciones son demasiado duras

para un lector no acostumbrado a Sade o Passolini, pero al mismo tiempo tiene demasiado contenido significativo para leerla con el mismo *voyeurismo* distante con el que se lee o se ve la mayor parte de la literatura contemporánea centrada en la libido. Y además, es una obra escrita por una mujer, lo que tiene un peso también real, como uno de los personajes —la joven escritora Kiki Ortega— nos recuerda al mencionar que su madre la encerraba cuando niña en un baúl “hasta que entendiera la diferencia entre lo bonito y lo horrible”, por escribir cuentos de amores pornográficos entre enanas y elefantes de circo, “pues eso era malo, muy malo, porque las niñas solo debían escribir cosas bonitas, blancas como el mantel o la hoja de su cuaderno, cosas como las nubes, las sonrisas y las mariposas”. Y aunque Ojeda no es Ortega, tienen en común no solo el escribir “mal”, sino también el hacerlo muy bien.

Pero Kiki Ortega, la escritora ficticia, no es el único personaje de la novela.

De hecho, sería temerario decir que hay un personaje central. Es una novela coral, con capítulos escritos por personajes distintos, tomados de un conjunto de jóvenes que viven juntos en un apartamento en Barcelona. Así que, aunque la novela está escrita en primera persona, se trata de *distintas* primeras personas. Y uno de los logros de Ojeda más resaltados por la crítica es su insólita capacidad para “dejar” hablar a sus personajes con voz propia, cada uno no solo con distintos procesos mentales a partir de diferentes historias personales, sino también con un lenguaje realmente individual, pues la autora logra incluso incorporar los regionalismos a la expresión de sus personajes, provenientes de distintos países iberoamericanos. Ecuatorianos, mexicanos, catalanes, cada uno habla con un matiz particular del español, pero además profundamente marcado por sus obsesiones y ambientes individuales. Entre otros personajes, además de Kiki, está El Cuco Martínez, un *hacker* familiarizado con los bajos fondos de Barcelona; Iván Herrera, un estudiante de literatura mexicano y transexual que detesta su sexo físico con ferocidad; y en especial los tres hermanos Terán, Irene, Emilio y Cecilia, hijos de un famoso documentalista ecuatoriano, que combinaba las filmaciones a tribus indígenas con otras donde grababa sus abusos sexuales a sus tres hijos, que luego subía a internet a foros de pederastas con el sinónimo de xxBigBossxx.

“Para mí no hay nada más real en este puto mundo que las representaciones que hacemos de él. A veces cuando somos muy directos terminamos hablando en metáforas. ¿No te has dado cuenta?”

Pero los Terán descritos por Ojeda no son las víctimas de abuso descritas usualmente en la literatura o el cine, destruidas y clamando justicia. Antes que eso, Ojeda toma un riesgo enorme y nos presenta personajes marcados profundamente por los eventos de su infancia, como todos los otros, pero que los han integrado a sus propias existencias de una forma que resulta difícil de entender, pues se rehúsan a ser víctimas. Así, en lugar de ocultar lo que les sucedió deciden usarlo para crear su propia obra de arte. Convencen al *hacker* para que los ayude y vuelven realidad su proyecto de hacer un videojuego con el mismo nombre que la novela, *Nefando*, colgado en la *Deep web*, ese universo gigantesco y oculto para la mayoría de los usuarios de internet, que no puede navegarse con los buscadores usuales, y donde el crimen en todas sus facetas vive y palpita. En el videojuego incorporarán los videos de sus propias violaciones filmados por su papá, así como otros que han descargado de foros de pederastas y sadismo contra animales. Pero esos videos no serán el centro del juego, pues de acuerdo con Martínez este no era para los Terán una manera de expresar su odio, sino “un espacio para la exploración personal. En él podías pensarte de forma distinta. Los Terán lo diseña-

ron para que el recorrido de quien lo jugara fuera un poema”.

Un poema... Quizá no haya palabra más contradictoria con las descarnadas imágenes de abuso infantil o violencia contra los animales descritas por Ojeda. No en vano, muchos lectores nos sentiremos aliviados de no tener que ver tales videos, sino apenas leerlos, gracias a lo cual visualmente resultan casi tan irreales como las “pasiones” de Sade. Pero la palabra golpea de otra forma, más honda. Nos lleva a las razones de esa necesidad de violencia contra seres indefensos, sean niños o animales, que es practicada por miles de personas en todo el mundo, siempre en las sombras, pero no por ello inexistentes, como la sociedad parece predicar para no tener que asumir los horrores de tantos de sus hijos. Y en ese sentido, al desnudar como esa violencia está vinculada a otra, más interior y de la que nadie escapa por completo, la novela obliga al lector a salir de su zona de confort y descubrir que no hay respuestas fáciles, lo que es al final la marca de una gran obra, así pocas de ellas vayan a paisajes tan oscuros como los que visita esta novela. Tal como cada jugador de *Nefando* reporta una experiencia distinta, pues el juego está construido para permitir a cada jugador explorar sus propios fantasmas y violencias, la novela le proporciona a cada lector un viaje distinto a ese reino de oscuridades en donde hallar sus propias respuestas acerca de la violencia y la libido. Y nada hay más apropiado que abordar en literatura lo inabordable, en este caso adentrarnos en las causas profundas de lo nefando, pues como dice el personaje del *hacker*: “Para mí no hay nada más real en este puto mundo que las representaciones que hacemos de él. A veces cuando somos muy directos terminamos hablando en metáforas. ¿No te has dado cuenta?”

El año pasado en Bogotá 39-2017, Mónica Ojeda fue incluida entre los 39 escritores menores de 40 años más prometedores en

español. Algo no del todo inusual en esta época de apariencias regida por la mercadotecnia y las modas, así que no sobra contextualizarlo. Unos cuantos escritores han sido seleccionados ya en ese evento y muchos otros lo serán después. Probablemente pocos entre ellos superarán lo que han escrito hasta el momento, y más de uno dejará de escribir. *Nefando* misma muestra mucho mejor la promesa de Ojeda como escritora, como parte de ese grupo de escritoras latinoamericanas que poco a poco parecieran ir construyendo un nuevo boom, tan rompedor en sus temas y técnicas como lo fue el primero, pero con una diversidad de género mucho mayor. El talento y la valentía de Ojeda para viajar al horror y representarlo muestra bien la importancia de que la literatura pueda contar ahora con esa mitad de la experiencia humana que con tanta frecuencia le ha faltado, pues por mucho tiempo la mitad de la especie estuvo limitada a hablar sobre “temas bonitos”, y aun con más frecuencia a callar y escuchar. *Nefando*, además, es otra prueba de cuánto tenemos por ganar con un mundo más equitativo. Una prueba más, y además tristemente aún necesaria, pues el apéndice vestigial de los prejuicios de género nos ha habitado por demasiado tiempo para desaparecer de un día al otro. ■



AL COLEGA Y AMIGO JAIRO ALARCÓN ARTEAGA



Estas palabras ya no son para Jairo, las que eran para él las dije en su oficina en nuestro último encuentro en junio de este año. Ni él ni yo supimos que iban a ser las que cerraran un largo diálogo vital que comenzó en 1976. Ese diálogo se inició, justamente, el día que comenzamos nuestra vinculación como docentes a la Universidad de Antioquia. Sin esa circunstancia accidental el diálogo nunca se hubiera encendido.

Los homenajes de despedida resuelven para los sobrevivientes lo irremediable de las ausencias, al hacer públicas las emociones íntimas de un orador o un escritor a quien los demás se sumarán en coro. Por el papel que jugó la Universidad en nuestra amistad resulté elegido para exponer lo que significó la presencia de Jairo en diversos ámbitos de la vida común que en ella se produce.

Hay muchas obras materiales que han servido como punto de comparación para exponer la relación que se produce entre los individuos y las instituciones. Las catedrales, por la mediación de sentido de la religiosidad, han sido repetidamente mencionadas. Jairo no fue un edificador de grandes catedrales sino un operario laborioso e infatigable que diseñó y dispuso varias estancias interiores y con ello hizo más habitable la totalidad.

Aportó al Instituto de Filosofía la instauración de las lecciones inaugurales de los semestres académicos y la proyección de la filosofía hacia la ciudad en las Lecciones de Noviembre. Le dio visibilidad en la comunidad filosófica al trabajo reflexivo que se realizaba internamente al crear la revista *Estudios de Filosofía* y dirigirla durante su primer periodo.

Participó intensamente en las actividades gremiales como coordinador del claustro de profesores del Instituto de Filosofía y en cuanto tal fue nuestro representante casi vitalicio en los ateneos de la Asociación de Profesores. En esa misma dimensión, fue durante muchos años representante de los profesores ante el Consejo de Instituto y en muchas ocasiones se encargó de la redacción final de nuestros comunicados.

Fue miembro del Comité Editorial de la Revista Universidad de Antioquia y vivió intensamente los logros y las dificultades que

marcan la vida de las publicaciones cuando se debe decidir sobre los textos que se proponen. En vez de asumir la tarea como una labor rutinaria que no produce emociones, en muchos casos se angustiaba al considerar que se estaba cometiendo un error o una injusticia y buscaba remediarlos cuanto antes.

Más allá de lo que ya he enunciado, que podríamos considerar situaciones puntuales por estar circunscritas a un ámbito bien delimitado, fue un profesor comprometido con sus estudiantes más allá de una acción restringida a la transmisión de contenidos académicos. Aunque tenía una gran erudición, lo más significativo de su trabajo docente fue la orientación humanista de su acción y su compromiso con una formación que trascendiera los datos y permitiera el desarrollo personal según las propias elecciones. Fue en ese papel un amigo y un confidente inolvidable para muchos de sus estudiantes. Muchos recuerdan un pequeño gesto que simbolizaba ese compromiso: en las ceremonias de graduación elegía repetidamente encargarse de entregar a los graduandos el escudo de la universidad.

Fue un gran amigo de muchos colegas con rasgos personales e intereses muy distintos, esta amplitud de su capacidad de compartir se puso de presente muy claramente en la ceremonia de despedida institucional al revelar los contenidos tan diversos de su amistad. Y esta amistad con Jairo generaba un vínculo transitivo que gradualmente nos fue haciendo amigos a través del amigo común.

Estas palabras, que resultan ser un homenaje minimalista al colega y al amigo, aspiran a reforzar y expandir su lugar en nuestras memorias y en la memoria institucional de la Universidad de Antioquia, como una nueva corporalidad que lo prolongue en el tiempo. ■

Jorge Antonio Mejía Escobar (Colombia)
Director Instituto de Filosofía

PRIMAVERAS SILENCIOSAS

La corrupción de la tierra



CARLOS EDUARDO SIERRA C.

PERMANECE INCÓLUME Y ENHIESTA la elocuente carta dirigida en 1854 por el jefe indio Seattle al entonces presidente de los Estados Unidos, Franklin Pierce. El motivo de la misma: sentar posición frente a la oferta de compra de las tierras de los indígenas por parte del Gobierno del coloso del norte. Sin duda, se trata de un bello y profundo documento de obligada mención al abordar lo relativo a la ecología y la ética de la Tierra, máxime que dicha carta muestra el contraste entre dos cosmovisiones: la de los indígenas, para quienes la naturaleza es sagrada; y la de la industrializada civilización moderna, depredadora de natura por obra y gracia de su índole dominante. Como nos lo recuerda Iván Illich, el crítico más lúcido de las contradicciones de las sociedades industriales, en sus análisis cuidadosos de ciertos sucesos del siglo XII europeo, aquí tenemos el paso de la causa eficiente a la causa instrumental, es decir, el paso de la idea de que el mundo depende del amor de Dios, de su voluntad gratuita, a la nefasta idea del control y el mejoramiento mediante las herramientas. En otras

palabras, es el frágil ser humano erigiéndose con soberbia cual dios en miniatura, una miniatura que ha demostrado su incapacidad para entender y manejar las fuerzas de la naturaleza.

En palabras sabias del jefe Seattle:

De una cosa estamos bien seguros, la tierra no pertenece al hombre, es el hombre el que pertenece a la tierra. Todo va enlazado, como la sangre que une a una familia. El hombre no tejió la trama de la vida. Él es sólo un hilo. Lo que hace con la trama se lo hace a sí mismo. Ni siquiera el hombre blanco, cuyo Dios pasea y habla con él de amigo a amigo, queda exento del destino común.

Corría el año 1854, pero tan sabio líder indígena hablaba en términos holísticos como los que más, en clave de complejidad. De aquí que sea certero diagnosticar el marasmo civilizatorio actual como una corrupción de los elementos aristotélicos. Y, claro está, la tierra no tuvo escapatoria al respecto, una cuestión puesta en evidencia por la bióloga y conservacionista estadounidense Rachel Louise Carson en su dramático libro publicado en 1962, con un título rico en imágenes: *Primavera silenciosa*. Ahí, ella destapó lo que los dioses en miniatura querían ocultar merced a sus juegos de tronos: el envenenamiento de la tierra gracias al uso irresponsable de biocidas de índole diversa, comenzando con el insecticida DDT (dicloro difenil tricloroetano).

Es más, ese libro, junto con la obra magna de John Ronald Reuel Tolkien, *El Señor de los Anillos*, inspiró el movimiento ecológico.

Con anterioridad, la buena ciencia ficción ya había abordado la problemática de la tierra. Botón de muestra, en su relato titulado *Clientela restringida*, aparecido en 1951, Kendall Foster Crossen plantea un escenario distópico a más no poder: en el siglo XXII, la humanidad se ha extendido por toda la galaxia, pero los dueños de todos los planetas y demás mundos son apenas medio centenar, los Inversores. A raíz de esta situación, los científicos, conscientes de que, a lo largo de los siglos, han sido meros instrumentos para acrecentar las riquezas de unos pocos a expensas de la explotación de las mayorías, urden un astuto plan para encerrar por siempre a los Inversores en el asteroide Ceres y así terminar con su explotación. Por supuesto, aunque solo a escala de nuestro planeta... por ahora, esta es en esencia la situación real. Buena parte de la tierra y la riqueza está en unas pocas manos. He aquí un mal terrible cuyas raíces se hunden en el lejano pasado. En efecto, la historia de la economía comprende los últimos 800.000 años, un período que, durante su mayor parte, contó con el trueque como actividad económica básica, lo cual significa que la gente tenía más o menos los mismos bienes, que no había grandes diferencias, sobre todo si eran comunidades nómadas. O sea, no se podía decir que había ricos y pobres en esos días prehistóricos. Empero, unos ocho mil años atrás, la cosa cambió a causa de la revolución agrícola, la que posibilitó la acumulación de grandes excedentes de alimentos. Así, entró en escena en la historia de la economía un rasgo que no se había conocido para efectos prácticos: el egoísmo, cuya expresión fue y es el deseo de unas minorías en querer acaparar los excedentes para sí mismas. Ese fue el inicio de los juegos de tronos y los choques de reyes.

En lo que a Latinoamérica concierne, la concentración de la tierra en pocas manos

Como lo dice con tino un amigo mío, Waldemar de Gregori, investigador brasileño en cibernética social proporcionalista, Europa llegó a ser lo que es gracias al Fondo Indoamericano Internacional.

procedió con extrema rapidez, en unos cuantos años, en pleno siglo XVI. Es justo lo que demuestra la historia de la rebelión de Lope de Aguirre contra la monarquía española. Para colmo, los usos dados a la tierra no fueron los mejores, sobre todo en el caso de la minería, de la que hay un ejemplo notable en el caso de las minas de Potosí, con una explotación infrahumana de la población indígena merced a la institución de la mita. Estamos hablando de jornadas de hasta quince horas diarias cavando túneles, lo que convirtió el célebre Cerro en una especie de gigantesco queso gruyere, para así extraer la plata en forma manual o a pico. Claro está, no faltaban los derrumbes y otros accidentes, por lo que pueden haber muerto en esa explotación unos 15.000 indígenas entre 1545 y 1625. En todo caso, lo más irónico de la explotación de las riquezas americanas por parte de la nobleza castellana radica en que los principales beneficiarios de estas fueron los banqueros europeos. En el caso de Felipe II, se dice que con una mano recibía esas riquezas y con la otra las distribuía a la banca europea para sacar adelante sus empresas bélicas. Como lo dice con tino un amigo mío, Waldemar de Gregori, investigador brasileño en cibernética social proporcionalista, Europa llegó a ser lo que es gracias al Fondo Indoamericano Internacional.

Desde luego, Colombia no ha sido la excepción al respecto, como lo demuestra la biografía de Jorge Isaacs, el autor de *María*, quien también descubrió las hulleras de nuestra

costa Atlántica. Por desgracia, Isaacs no consiguió en vida ni un mísero peso gracias a esto. Para colmo de torpezas, el gobierno de la época le dejó la explotación de las minas de Cerrejón a la *Pan American Investment Company*. Años después de muerto Isaacs, sus herederos lograron por fin contar con algún dinero gubernamental gracias a las gestiones de Rafael Uribe Uribe. En fin, al pasar revista a la situación mundial, salta a la vista que estamos *ad portas* del fin mineral de esta civilización ante el agotamiento cada vez mayor de diversos minerales claves, dejando de paso daños irreversibles a la tierra, ejemplificado de forma distópica por la tecnología de la fracturación hidráulica para extraer con frenesí gas y petróleo del subsuelo, con la contaminación consecuente de acuíferos y de la atmósfera, junto con la contaminación sonora, la migración de gases y sustancias químicas empleadas hacia la superficie del terreno, la contaminación en la superficie a causa de vertidos y los inevitables efectos en la salud fruto de todo esto. Del mismo modo, no ha faltado el aumento de la actividad sísmica. Como vemos con este ejemplo, los minidioses hacen de las suyas al dañar, más que a la tierra, a la propia Gaia.

Volvamos con la ciencia ficción. Entre un amplio diapason de obras que tratan de los grandes daños hechos al planeta, cabe destacar la película estadounidense *Total Recall* (*El vengador del futuro*), aunque no la versión clásica de 1990 dirigida por Paul Verhoeven y protagonizada por Arnold Schwarzenegger, sino la nueva versión de 2012 dirigida por Len Wiseman y protagonizada por Colin Farrell. Por supuesto, la trama correspondiente es de lo más distópica: en el año 2084, la guerra química ha devastado buena parte del planeta, cual especie de refrendación de las denuncias de Rachel Louise Carson de 1962, por lo que queda poca tierra habitable, dividida en dos territorios: la Federación Unida de Bretaña y la Colonia (Australia), conectadas por medio de un tren gravitacional que viaja

a través de la Tierra pasando por su centro. No se trata de un escenario desdeñable habida cuenta de que pende sobre nuestras cabezas la espada de Damocles de los arsenales de armas nucleares, químicas y biológicas, como tampoco cabe desdeñar el escenario más extremo planteado en el filme de 2013 titulado *After Earth*, protagonizado por Will Smith y su hijo, Jaden, en el que el planeta ha quedado inhabitable para la humanidad y esta ha emigrado a un sistema extrasolar. En suma, la humanidad no tiene el menor respeto por Gaia, salvo por aquellas culturas para las que la naturaleza es sagrada. La Tierra ya no resiste los pueriles juegos de tronos de esta civilización demencial.

El cambio climático en curso, de origen antropogénico, dada la insensatez de los dioses en miniatura, pese al negacionismo pertinaz de Donald Trump, hará desaparecer grandes extensiones de tierras emergidas, no tanto como la ficción propuesta por otra realización de la ciencia ficción, el filme de 1995 que lleva por título *Waterworld*, protagonizado por Kevin Costner, pero sí lo bastante como para que nos angustiemos. Al fin y al cabo, somos una especie que ha evolucionado con los pies sobre la tierra. Propiamente, se prevé la desaparición o inundación de ciudades como Venecia, Londres, Barcelona, Lisboa y Roma en Europa, junto con la inundación de Holanda y Dinamarca; Nueva York, Washington, San Diego, San Francisco, Los Ángeles, Miami —con la península de la Florida sumergida por completo—, Buenos Aires, Lima, Montevideo y Río de Janeiro en América; Seúl, Manila, Pekín, Shanghái, Hong Kong y Tokio en Asia, amén de países insulares como Singapur y Japón, y varios países constituidos por islas pequeñas; Túnez, El Cairo y Dakar en África; Melbourne, Sídney, Adelaida, Wellington y Christchurch en Oceanía, además de países insulares como Palaos, Tuvalu, Fiyi, Micronesia y las Islas Salomón. Sin duda, no es un panorama grato. En Colombia, Cartagena

es la ciudad más vulnerable a tal cambio. Y el golfo de Urabá podría convertirse en un gran golfo.

En especial, de las localidades antedichas, el caso de Florida es de lo más dramático, no solo por la amenaza de quedar bajo el agua, sino por otro problema no menos grave: las dolinas o hundimientos, que son depresiones superficiales del suelo que aparecen cuando un vacío subterráneo debilita el apoyo de la tierra que está por encima. De facto, esto amenaza los suministros de agua y puede causar daños estructurales e inestabilidad debajo de las edificaciones, carreteras y puentes. Este problema ha crecido sobremanera gracias al aumento de población, pues, entre fines del siglo XIX y la actualidad, la población de dicha península ha aumentado en un millar de veces. En otras palabras, las dolinas de origen humano resultan de las malas prácticas de uso de la tierra, sobre todo el bombeo y la construcción, a lo que cabe añadir causas como los tanques sépticos abandonados, la descomposición de material orgánico enterrado y las minas colapsadas. Es un ejemplo relevante de la pésima relación del ser humano con la tierra, de su desconocimiento de la trama de la vida, de su carácter sistémico.

Para colmo de males, esta desconexión ha quedado magnificada por las novísimas tecnologías de la información y la comunicación. Como señala a este respecto Jeremy Rifkin, uno de los artífices del concepto de Tercera Revolución Industrial, la interacción con la naturaleza resulta esencial para fomentar el pensamiento crítico, pues, la mente infantil en desarrollo observa de manera continua los fenómenos naturales y trata de entender cómo afectan al mundo en el cual crece, lo que permite situarse en el mundo. Así, natura hace las veces de fuente de admiración y asombro sin la que la imaginación humana no podría existir. Y la imaginación es menester para que no se atrofie la conciencia. En otros términos, según sostienen los nuevos educadores de la biofilia, el afán del hombre

de esta época por abrazar la realidad artificial lo ha llevado a perder el contacto con la naturaleza, un hecho que sugiere un futuro inquietante para la evolución de la conciencia humana. Recordémoslo: nuestra especie evolucionó con los pies sobre la tierra. Somos polvo de estrellas. De esta suerte, las tecnologías de marras le han reducido la visión al ser humano a una mera pantalla diminuta. En cambio, las grandes ideas nacieron de la contemplación del cosmos, ideas como las de cero e infinito. Por su parte, Iván Illich concluyó que los sistemas modernos de la era electrónica simulan la aparición de entidades intrínsecamente desprovistas de carne, o “concretudes desplazadas”, las cuales son cosas “que por no estar en los sentidos no sabrían tener carne”. Esto es, el hombre medio de hoy se mueve entre una miríada de fotografías tomadas mediante microscopios, telescopios y cámaras, además de seres maquillados merced al artificio de las industrias de la belleza, de gráficas, de cuadros estadísticos, de mapas meteorológicos, que pretenden visualizar lo invisible. El hombre de hoy no sabe estar en el mundo con autenticidad. Mira a lo sumo, pero no ve al no estar presente en realidad. El jefe Seattle sabía muy bien lo que decía. ■



LA RELIGIOSIDAD POPULAR Y LA CULTURA DEL AUTORITARISMO



H. C. F. MANSILLA

DESDE TIEMPOS REMOTOS EL concepto de religión admite varias significaciones. El sentimiento religioso puede ser entendido como la unión mística del creyente con la divinidad y la aspiración a ser partícipe de la gracia de Dios. Todos los credos engloban la esperanza de dilucidar cuestiones fundamentales, entre las que se halla en primer lugar el designio de comprender el origen y el destino final de los seres humanos. En este contexto lo divino emerge como el intento de percibir la unidad de todas las cosas en medio de la diversidad del mundo. Actualmente, el genuino sentimiento religioso es visto en la fraternidad cotidiana de los mortales ante los avatares del destino. Por ello, la religión es percibida como el impulso universal del amor al prójimo y de la caridad sin segunda intención.

Paralelamente a estas connotaciones positivas y virtuosas de la religión, hay que mencionar algunos fenómenos que han acompañado desde un comienzo remoto a casi todas las manifestaciones del sentimiento religioso. La intolerancia, el dogmatismo y el desprecio del Otro han sido los más frecuentes y los más dañinos de esos aspectos, y los que han dejado la huella más profunda en numerosas sociedades, como en el Nuevo Mundo. El factor religioso es fundamental para

comprender la situación contemporánea de la cultura política en América Latina. Durante un tiempo muy largo, tanto en la época colonial como bajo los regímenes republicanos, la mayoría de la población estaba sometida a pautas de comportamiento que favorecían una identificación fácil de la sociedad respectiva con los gobiernos y los sistemas culturales imperantes. Estas normativas no fomentaban la formación de conciencias individuales autónomas con tendencia crítica.

A partir del siglo XVI, en la entonces América hispana y particularmente en la región andina, México y América Central se expandió una forma relativamente dogmática y retrógrada del legado cultural ibero-católico, que se destacó por su espíritu autoritario, burocrático y centralista en el ámbito institucional. Estas aseveraciones críticas no se refieren a la esfera de las artes plásticas y las letras, las que, como se sabe, tuvieron un inusitado florecimiento sobre todo en la Nueva España. A causa del llamado *Patronato Real*, establecido en 1508 por una bula papal, la Corona castellana y luego el Estado español ejercieron una tuición severa y rígida sobre todas las actividades de la Iglesia Católica en el Nuevo Mundo. La Iglesia resultó ser una institución intelectualmente mediocre, que irradió

pocos impulsos creativos en los ámbitos específicos de la teología, la filosofía y el pensamiento social. Durante la colonia el clero gozó de un alto prestigio social; la Iglesia promovió un extraordinario despliegue de la arquitectura, la pintura y la escultura. Esta institución respetó de modo irreprochable el *modus vivendi* con la Corona y el Estado. Toleró sabiamente rituales y creencias sincretistas. Sus tribunales inquisitoriales procedieron, en contra de lo que ocurría en España, con una tibieza encomiable. Pero esta Iglesia no produjo ningún movimiento cismático; le faltaron la experiencia del *disenso interno* y la enriquecedora controversia teórica en torno a las últimas certidumbres dogmáticas. Debido a la enorme influencia que tuvo la Iglesia en los campos de la instrucción, la vida universitaria y la cultura en general, todo esto significó un obstáculo casi insuperable para el nacimiento de un espíritu crítico, científico y cosmopolita. Todos estos aspectos son pasados por alto generosamente por los defensores contemporáneos del catolicismo barroco.

Hoy en día se puede afirmar que el catolicismo en América Latina muestra manifestaciones polifacéticas. Desde un principio fue tanto inquisitorial como tolerante, extirpador de idolatrías por un lado y favorecedor de mixturas rituales y doctrinarias por otro, cercano a las élites y próximo a los pobres, al mismo tiempo inclinado a la civilización europea y promotor de las culturas indígenas. Ha sido un catolicismo integrista y militante pero, simultáneamente, una fe religiosa anti-intelectual, pobre en la producción de teología y filosofía, rica en la generación de artes plásticas y música. Ha sido, en suma, un sistema disperso de creencias, profuso en fiestas, procesiones, santos, milagros, experiencias místicas, vivencias extáticas, prácticas adivinatorias y rituales de todo tipo... y escaso en bienes intelectuales. Esta atmósfera colectivista de ritos y fiestas, con presencia de un misticismo atravesado de sensualismo elemental, no fue y no es proclive al surgimiento de una personalidad autocen-

trada individualmente, que pueda guiarse por la llamada elección racional entre opciones de comportamiento y por el sopesamiento meditado de elementos pragmáticos en los campos ideológico, político y hasta propagandístico.

Hasta la primera mitad del siglo XX la Iglesia Católica promovió esas actitudes con la fortaleza que le brindaba su autoridad y su prestigio culturales. Se puede afirmar que la atmósfera general estaba impregnada por enseñanzas dogmáticas de origen religioso, que poco a poco han cedido su lugar a ideologías políticas de distinto contenido, las que, sin embargo, rara vez han abarcado una orientación racional, pluralista y tolerante. Aunque el orden social respectivo haya experimentado paulatinamente desde comienzos del siglo XX la importación de tecnologías modernas de variado tipo, la llamada *inercia cultural* contribuye a preservar una continuada vigencia de esos valores conservadores de orientación. En este contexto de poca información y mucho adoctrinamiento lo usual es la reproducción de las prácticas políticas tradicionales. La más habitual ha sido el culto del hombre fuerte, el pastor que guía sabiamente a su grey, el caudillo que gobierna sin mucha consideración por el Estado de derecho... y con la aquiescencia de gran parte de la población. Este consentimiento y sus tendencias serviles se derivan parcialmente del infantilismo de las masas, las que al mismo tiempo temen y aman a sus gobernantes, como muchos hijos llegan a querer a los padres que los han castigado severamente en la infancia.

Considerando este trasfondo se puede entender mejor cuán expandida y profunda resulta ser la resistencia popular en América Latina a las formas modernas de la democracia liberal y pluralista. Hay que considerar la alta posibilidad de que una creación fundamentalmente racionalista, como es la democracia contemporánea, sea extraña a segmentos sociales que solo han recibido influencias culturales muy convencionales y de carácter

prerracional, como han sido los valores religiosos colectivistas en la época colonial española y las normativas conservadoras y provincianas de buena parte de la era republicana. Es probable

que los procesos modernos de autodeterminación humana y sus mecanismos organizativos e institucionales sean difíciles de comprender para las masas y que, en situaciones críticas, lleguen a ser odiosos para las mismas. Elementos irracional-románticos, como la sangre y la ascendencia común, se convierten entonces en instrumentos explicativos de amplia aceptación popular para entender una realidad que, en el transcurso de los procesos modernizadores, es percibida como insoportablemente compleja e insolidaria. Esta constatación trae consigo, en general, la renuncia a elementos y procedimientos racional-deliberativos.

Esta situación ha sido conformada por varias herencias culturales, entre las cuales sobresale la ya mencionada religiosidad popular que se arrastra desde los tiempos coloniales. A causa de sus implicaciones sociopolíticas, el sentimiento religioso del periodo barroco es considerado ahora como la gran creación espiritual y social de la Iglesia Católica. Este sentimiento colectivo sería la expresión más fidedigna de los valores e ilusiones de los estratos populares. Su naturaleza comunitaria, ajena a planteamientos filosófico-teológicos, y sus inclinaciones místicas y utópicas habrían acercado esta religiosidad a la sensibilidad de las clases populares y la habrían contrapuesto, exitosamente hasta hoy, al liberalismo individualista, egoísta y cosmopolita de la cultura occidental.

En este ambiente básicamente religioso —aunque tenga la apariencia de un ámbito ya secularizado— surge el mito de la redención política mediante acciones casi siempre heroicas y revolucionarias, dirigidas por el hombre providencial, acciones que tratan

Los caudillos son vistos como los seres llamados por Dios para corregir por cualquier medio a una sociedad que habría perdido sus genuinas normas de justicia.

de conducir a un nuevo paraíso, es decir: al tiempo ideal de la fraternidad ilimitada, que es, en el fondo, el retorno al presunto orden primigenio de una igualdad fundamental. Este orden idealizado estaría exento de las alienaciones modernas y las perversidades del individualismo egoísta.

Los creyentes en esta fe suponen que la verdadera evolución política es idéntica a la voluntad de Dios o, en términos seculares, a la voluntad de la historia universal. Esta última, para convertirse en manifiesta, requiere de la interpretación auténtica de una iglesia o de los intelectuales que hablen a nombre de ella. Pese a estos aditamentos de intelectualismo racionalista, el resultado final es similar a los impulsos religiosos y a los mitos tradicionales que prevalecen desde hace siglos. Y para encarnarse en la realidad estos mitos suponen la acción de los auténticos redentores, los grandes héroes que llevan a cabo una misión trascendental para la cual están dotados del fuego divino. Desde el siglo XIX la función y las características de estos superhombres han variado poca cosa. Distinguidos pensadores de muy diferente proveniencia ideológica —como Carlos Cullen, Enrique Dussel, Orlando Fals Borda, Ezequiel Martínez Estrada y Leopoldo Zea— han celebrado sus virtudes: los caudillos son vistos como los seres llamados por Dios para corregir por cualquier medio a una sociedad que habría perdido sus genuinas normas de justicia. Ellos tienen el trágico destino de cargar con los pecados de su pueblo y, guiados por los imperativos de la tierra y por el genuino espíritu latinoamericano, cumplen con la sagrada misión de combatir el “imperialismo” del Norte y sus valores de naturaleza egoísta y foránea.

Como toda creencia dogmática, los credos políticos de contenido redentorio carecen de la proporcionalidad de los medios. A

menudo predicán un “odio intransigente al enemigo” que puede transformarse fácilmente, como lo propugnó Ernesto Che Guevara en su conocido *Mensaje a la Tricontinental*, en una “fría máquina de matar”. Estas construcciones de ideas muy populares en un medio impregnado por una religión casi absolutista reproducen un esquema evolutivo simple, pero muy arraigado en la consciencia colectiva. El desarrollo humano empieza en un paraíso de la igualdad, la fraternidad y la prosperidad, adonde hay que regresar después de pasar por el valle de lágrimas que representa la sociedad clasista e individualista. El ambiente en el cual florecen estas concepciones radicales y estos líderes heroicos adopta un carácter apocalíptico: la certidumbre de que la revolución total es inminente. El camino al calvario puede estar acompañado de violencia extrema —la “cuota de muerte y sus tragedias inmensas”, como dijo Guevara—, cuya responsabilidad reside en los otros, en los explotadores. Aquellos que nos muestran el sendero correcto son una especie de mártires, a quienes corresponde nuestra admiración y gratitud, y de ninguna manera nuestra distancia analítica o nuestra desconfianza ética. Por ello los redentores políticos están a menudo por encima de toda crítica.

Muchas doctrinas redentorias e ideologías progresistas han sido inspiradas por el amor al prójimo y por la santa ira que ocasionan las innumerables injusticias de este mundo. La compasión es, sin duda alguna, una de las virtudes más nobles del ser humano. La praxis de la misma es una de las mejores formas de elevarnos sobre las mezquindades de la vida cotidiana. Pero, como lo expresó Hannah Arendt, la compasión debe referirse siempre a un individuo concreto. La conmiseración con respecto a un colectivo es algo abstracto que puede desembocar en actos inhumanos. Cuando este sentimiento abarca a toda una comunidad, es muy arduo el comprender la magnitud y los detalles del sufrimiento: uno tiende a concebir soluciones

radicales para terminar con el mal social lo más pronto posible, y estas soluciones resultan insensibles ante las especificidades de los casos individuales. Uno se inclina a sacrificar a los individuos en aras del bienestar colectivo. El resultado es conocido, sobre todo teniendo en cuenta los resultados efectivos de los experimentos socialistas a partir de 1917.

Como conclusión es indispensable retornar a un lugar común: la filosofía y las ciencias sociales harían bien en practicar una reflexión crítica en torno a la *vida cotidiana* de los sistemas políticos que intentan estudiar. Establecer una vinculación razonable entre la esfera de la teoría y el terreno de la praxis diaria ha sido uno de los impulsos y diseños más antiguos del pensamiento filosófico y científico, pero hoy en día se puede observar que nuevamente las doctrinas reputadas como progresistas se consagran con un notable ímpetu intelectual y moral a celebrar las bondades de los experimentos socialistas a nivel mundial y de los regímenes populistas en América Latina, dejando a un lado el análisis de la calidad de la vida cotidiana en los mismos. El estudio de esta última nunca ha sido el fuerte de los intelectuales progresistas. Como estos modelos sociales gozan de una considerable popularidad expresada a menudo mediante procesos electorales, hay que criticar ese *common sense* favorable al populismo todavía tan expandido y aparentemente tan sano y claro. ■



JORGE VALENCIA JARAMILLO



¿ES POSIBLE UN ACUERDO GENERAL que resuelva las profundas inequidades del mundo actual?

ALGUNOS TEÓRICOS SOCIALES, ENTRE los que quizás aparecen los sociólogos como los más sobresalientes, y también pensadores de otras disciplinas, mencionemos a los economistas, reflexionan permanentemente alrededor del mundo entero, afirmando que existe una gran desigualdad en las distintas sociedades y que, además, crece de manera constante a través de los tiempos y que por lo tanto es imperativo, sin más, resolver cuanto antes tan injusta situación.

Desde hace muchos años he venido meditando sobre los posibles caminos que nos pudieran llevar a alguna o a varias soluciones a tan grave problema, y con frecuencia me quedo pensativo entre dos disyuntivas: ¿será posible lograrlo a nivel global? Y, si lo fuera, ¿sería ello lo más conveniente para Colombia?

De entrada, uno tendría que aceptar que una fórmula general, digamos acogida por las Naciones Unidas, sería también obligatoria para nosotros. Pensemos, por ejemplo, en un impuesto mundial para los grandes capitales aunado con una drástica decisión, la de acabar, definitivamente, con todos los paraísos fiscales.

Pensándolo con la mayor tranquilidad creo que desafortunadamente

esta solución jamás será aceptada, pues los intereses económicos son inmensos y además representan principalmente a los países más desarrollados y que, por lo tanto, la idea, sin más y tristemente, se puede clasificar de utopía. Nunca será una realidad.

Entonces, se podría concluir que la desigualdad social, la de los patrimonios total e infinitamente diferentes, se mantendrá en el tiempo, sin solución posible, lo que nos lleva a suponer que algún ajuste o modificación habría que hacerle al sistema de la economía de mercado o sistema capitalista. Pero cuál, la verdad, a pesar de todos los ensayos, no se ve en el horizonte.

La humanidad en su difícil y complicada evolución y desarrollo ha llegado a la conclusión de que no existe un sistema mejor que aquel que combina la democracia liberal, con partidos políticos, con oposición, con equilibrio de poderes y todas las demás libertades y la economía de mercado o capitalismo. Se han intentado muchas otras opciones, con toda clase de desafueros y millones y millones de muertos para saber dolorosamente, sí, dolorosamente, que todos ellos son peores o muchísimo más malos que lo que hoy tenemos en la mayoría de los países del mundo. Democracia y capitalismo. Los sueños de Marx, para cambiar esta realidad, llevaron el mundo a excesos de terrible e ingrata memoria, que ojalá nunca se vuelvan a repetir.

Arriba, en este escrito, mencioné a los paraísos fiscales y quisiera retomarlos para comen-

tar que tal vez es esta una de las peores causas que determinan la gran desigualdad que hoy viven buena parte de los habitantes de este planeta. Existen hoy, con cálculo a mano alzada, unos 73 de ellos que son utilizados tanto por personas naturales (artistas, deportistas) como jurídicas. Impresiona, además, la clase de países que hacen parte de la lista. Suiza, Irlanda, Hong Kong, Países Bajos, Singapur, Luxemburgo, Curazao, Chipre, Mónaco, Líbano, Delaware, en Estados Unidos, y muchos más de gran importancia económica, política y social.

Dichos paraísos se usan, como bien se sabe, para esconder capitales y también para moverlos en forma semiclandestina. Allí, en general, no hay normas de control de movimientos, origen y destino, lo que facilita el blanqueo y reciclaje de tales capitales.

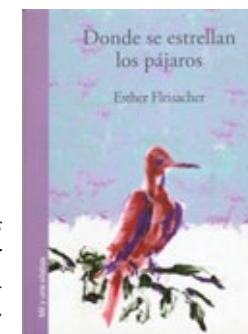
La evasión y la elusión fiscal por parte de las grandes multinacionales en estos paraísos tienen, obviamente, grandes repercusiones fiscales. Diversos cálculos han llegado a la conclusión de que los países pobres dejan de recibir en impuestos al año unos 100.000 millones de dólares con lo cual podrían tener acceso a la educación unos 124 millones de niños en el mundo. Estas cifras lo dejan a uno perplejo.

Esta práctica de evasión de impuestos fomenta, además, un sistema económico profundamente desigual y tiene, igualmente, un efecto perverso pues muchos países reducen la tributación a las grandes empresas como una manera de competir con los paraísos fiscales y atraer así inversión extranjera. Ante esta realidad los gobiernos reducen el gasto y la inversión y aumentan el IVA que es un impuesto discriminatorio pues afecta por igual a las personas de menores recursos.

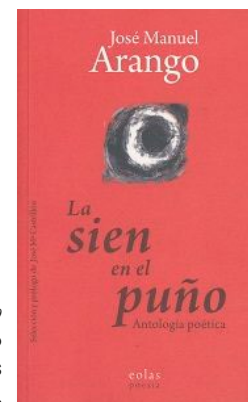
De todas estas reflexiones concluyo que vivimos en un mundo cuyas grandes desigualdades difícilmente podrán corregirse y que el horizonte no muestra opciones que nos devuelvan el ánimo. No sé pues qué pensar, ni hacia dónde mirar, pues me queda claro que el hermoso paraíso de los sueños jamás existirá. ■

{Novedades}

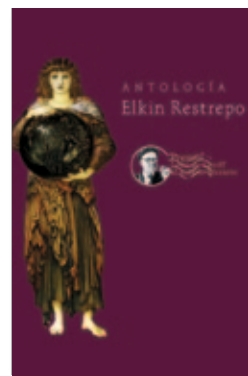
Donde se estrellan los pájaros
Esther Fleischer
Sílabas
124 p.



La sien en el puño
Antología José Manuel Arango
Eolas Ediciones
156 p.



Antología Elkin Restrepo
Editorial EAFIT
125 p.



ELLAS

ESCRIBEN

pecial

El presente *Especial* de la Revista Universidad de Antioquia está dedicado a autoras, que no sólo hablan de lo suyo propio, ¡y de qué manera!, sino que con sus libros y trayectoria, han enriquecido y dan un carácter muy particular a un presente cultural que ya no puede concebirse sin ellas. Hijas de su época, propicia a luchas y reivindicaciones de su condición social, hacen oír hoy su voz, en este caso, en la voz y el poder de la literatura.

Todas ellas viven en Medellín, y sus cuentos, ensayos, relatos y poemas, son medida de un ejercicio de la libertad y la imaginación que viene en bien de un país frente al que urge un actuar y un soñar conjunto. A diferencia de otros días, donde era la excepción la que primaba, hoy el número de escritoras es cada vez mayor, y mayor la posibilidad de lo que quieren ser. Aquí dejan testimonio de ello.



De sermones y piedras

Lina María Aguirre Jaramillo



El movimiento por el voto femenino en Gran Bretaña tenía como lema “Hechos no palabras” (*Deeds not words*) pero la verdad es que las palabras fueron determinantes en toda la campaña, en discursos, libros, periódicos, manifiestos, obras de teatro, poemas, canciones, panfletos, estandartes y parafernalia variada distribuida por sufragistas, como aquel botón propagandístico que decía, citando a la líder más prominente del grupo militante dentro del movimiento, Emmeline Pankhurst: “Confianza en Dios, Ella proveerá”.

De la célebre líder, viuda de Richard Pankhurst, un abogado socialista, arduo defensor de los derechos de las mujeres, también provienen los llamados a la causa “Yo incito esta reunión a la rebelión”, “... el camino de la reforma siempre ha pasado por la prisión”, replicados por distintos medios durante y después de su tiempo de activismo. Ciertamente, la lucha por el voto femenino se libró en buena parte en las manifestaciones, desfiles, en recintos cerrados, bien fueran imponentes y públicos, como el Royal Albert Hall en Londres, o discretos y privados, como salones de casas amigas o trastiendas de negocios en los cuales se dio cobijo y primeros auxilios a cofrades perseguidos, se fraguaron escapadas, disfraces, acciones de emergencia o, simplemente, se tomaba una taza de té para recobrar el aliento y recomponer el sombrero: sí, Pankhurst y muchas de sus correligionarias vestían a menudo los sombreros propios de las eras victoriana y eduardiana, y en su vestimenta se distinguían los colores insignes del movimiento: púrpura por dignidad, blanco por pureza y verde por esperanza.

La calle fue el escenario de múltiples demostraciones de convencimiento, persistencia y enérgico compromiso, el cual se volvió, para una corriente del movimiento, en un impetuoso

“llamado a las armas”, con protestas que involucraron vandalismo contra almacenes y propiedades, y otras acciones bastante notorias en Londres como las de las simpatizantes del movimiento Edith New y Mary Leigh, quienes lanzaron piedras contra la ventana del Primer Ministro, Herbert Henry Asquith, en el número 10 de Downing Street, el 30 de junio de 1908, advirtiéndole que “la próxima vez serían bombas”; o cuando otra mujer, Mary Richardson, entró a la National Gallery el 10 de marzo de 1914 y rasgó la pintura *The Rokeby Venus* (Venus del espejo) de Velásquez con un cuchillo de carnicero. Ella protestaba por el arresto a Pankhurst el día anterior. En julio de ese año, tras otro arresto, la seguidora Anne Hunt (el nombre real era Margaret Gibb) hizo lo mismo en la National Portrait Gallery con el retrato del fundador de este museo, Thomas Carlyle, un original del pintor John E. Millais.

Aquellas fueron dos de las numerosas veces que Pankhurst fue enviada a prisión, un lugar convertido en otro campo de batalla, física y psicológica, que la líder describió plagada de peste, sometida a la “tortura civilizada del confinamiento en solitario y en silencio absoluto”, llevando el

uniforme de interna, sintiéndose como “un ser humano en el proceso de ser convertido en una bestia salvaje”. Aunque no lo hicieron con ella, a muchas militantes presas que iniciaron huelgas de hambre en las prisiones se les aplicó además otro castigo: alimentación forzada por vía nasal para poder sacarlas de la cárcel temporalmente y arrestarlas de nuevo. En 2015, la organización Ancestry digitalizó los materiales disponibles en los archivos nacionales Kew de Londres que permite consultar los registros de más de 1300 arrestos hechos a sufragistas como Pankhurst y sus tres hijas, Christabel, Adela y Sylvia, así como de más de cien hombres que fueron encerrados en algún momento por la misma causa.

Una causa que también se defendió desde el aire, como cuando Muriel Matters sobrevoló, en febrero de 1909, en un dirigible que tenía en un lado la leyenda *Votes for Women* y en el otro, *Women's Freedom League*, lanzando volantes propagandísticos. Igualmente, en el hipódromo de Epsom, cuando la prominente activista Emily Wilding Davison irrumpió en la pista el 4 de junio de 1913 y chocó violentamente con el caballo de Rey, produciendo la caída del jinete, Herbert



Postal fotográfica “La sra Pankhurst arrestada, Victoria Street, Londres, Feb 13 1908”.
FUENTE: Biblioteca Bodleian, Oxford.

Jones, quien sobrevivió (aunque se suicidó en 1951) y sufriendo ella una caída fatal, muriendo en un hospital de la localidad cuatro días más tarde. Aparentemente, Davison intentaba poner una bufanda insigne del movimiento en las bridas del caballo.

Aquel intento fallido se convirtió en una de las estampas más vívidas de toda la historia del movimiento, la cual puede trazarse en el tiempo desde comienzos del siglo XIX, cuando expresamente se prohibió el voto femenino en el Reino Unido mediante las leyes parlamentarias de 1832 y 1835, situación que buscaron cambiar las organizaciones sufragistas National Society for Women's Suffrage, fundada en 1872, la National Union of Women's Suffrage Societies NUWSS en 1897 y Women's Social and Political Union (WSPU) fundada en Manchester por Emmeline y su hija Christabel Pankhurst, en 1903. La historia sigue hasta bien entrado el siglo XX, pasando por el momento culminante cuyo centenario se conmemora este año 2018: la promulgación de la "Ley de representación del pueblo" que recibió el asentimiento real el 9 de febrero 1908 y que permitió votar en las elecciones de diciembre de ese año a todos los hombres mayores de 21 años y a una parte de la población femenina: aquellas mayores de 30 años, propietarias o esposas de propietarios de tierra o viviendas avaluadas en más de 5 libras esterlinas o que fueran graduadas de una universidad británica.

En este dilatado trayecto, las palabras fueron un instrumento primordial en el pensamiento, discurso y acción que, en perspectiva, deja ver las afinidades y contradicciones del movimiento, el cual finalmente fue impulsado por grupos diversos que aunque favorecían el voto femenino, diferían ampliamente sobre asuntos importantes como los criterios de participación, las tácticas empleadas, las posturas ante la guerra, el socialismo, las relaciones entre política y libertad, las relaciones entre virtud moral y militancia, y los cuestionamientos apremiantes de las luchas de los trabajadores en el contexto internacional.

Una expresión de la novelista, dramaturga y activista Elizabeth Robins (1865-1952) nacida en Kentucky pero que vivió en Inglaterra la mayor parte de su vida, "sermoneos en piedras" (tomada de la obra de Shakespeare *As You Like It*), resume

la génesis del discurso como componente en la que podría llamarse 'guerra de palabras' sufragista: los 'sermoneos' (verbales, escritos) como artefactos que golpean con fuerza y causan impacto en la sociedad: mediante obras de ficción, relatos confesionales, crónicas y otras formas literarias y periodísticas. Cuando en 1908 se formó la Liga de escritoras *Women Writers' Suffrage*, las



Souvenir de la primera gran reunión "Women's Sunday", el peregrinaje a Londres organizado por el WSPU el 21 de junio 1908. Miles de hombres y mujeres viajaron desde todas partes del país para la manifestación.

FUENTE: Biblioteca Bodleian, Universidad de Oxford.

fundadoras declararon su propósito de usar "los métodos propios de escritores: el uso de la pluma". Un convencimiento sobre el poder transformador de la literatura alentaba a estas mujeres e inspiró a muchas otras.

Robins, que tuvo una destacada carrera y se codeó con autores como Oscar Wilde y George Bernard Shaw, defendió la causa feminista hasta el día de su muerte, pero abandonó la WSPU cuando esta adoptó tácticas violentas. Ella fue la autora de una de las obras de teatro clave del movimiento: *Votes for Women!* estrenada en 1907 en el Royal Court de Londres.

Desarrollada en tres actos, la obra incluía elementos políticos, una recreación de una manifestación con arengas memorables en la central plaza Trafalgar en la capital, y que causó un muy buen impacto entre los críticos (aunque algunos de ellos advirtieron que nunca había habido un nivel tan elevado en los discursos reales). Un cierto tono melodramático no impresionó tan bien: el final en el cual un ex amante perverso que había obligado a un aborto a la protagonista se convertía en favor de la causa de los derechos de las mujeres era implausible. "Excepto para quienes llevan la causa en el corazón... es una conclusión débil e impotente", dijo el crítico del periódico Stage, y el del Times objetó el atuendo muy glamuroso de la actriz principal, Edith Wynne-Matthison que hacía el papel de Vida Levering, "¿Por qué, a propósito, tiene que poner tanto cuidado en aprovechar su buena apariencia y hermosa figura y usar esos vestidos encantadores? ¿Es acaso para complacer a otras mujeres? La causa tendría mucho más éxito si todas sus seguidoras fueran tan bonitas a la vista y tan bellamente vestidas como la señorita Wynne-Matthison". Con todo, las regalías le permitieron a Robins donar una cuarta parte para grupos sufragistas y llevar su obra a Roma y Nueva York, cosechando un número de aplausos y de nuevos adeptos.

La irlandesa Francis Power Cobbe, escritora y reformadora social es otro nombre de referencia. Ella, que formó una relación homosexual con la escultora Mary Lloyd en Gales entre 1864 y 1896, escribió y presentó en 1886 la conferencia *Duties of Women* en la cual explicó el sentido feminista que se agitaba en el periodo victoriano, la definición de la 'Nueva Mujer' de final de siglo para la cual era necesaria dirección moral y una advertencia sobre sus deberes. Tanto censuró la 'Mujer Vieja' que se adhería a la sociedad tradicional patriarcal e inamovible como a

Tanto censuró la 'Mujer Vieja' que se adhería a la sociedad tradicional patriarcal e inamovible como a la "pseudo Mujercilla Nueva inmoral dada a distorsionar el llamado feminista de independencia con una *carte blanche* para la indulgencia sensual".

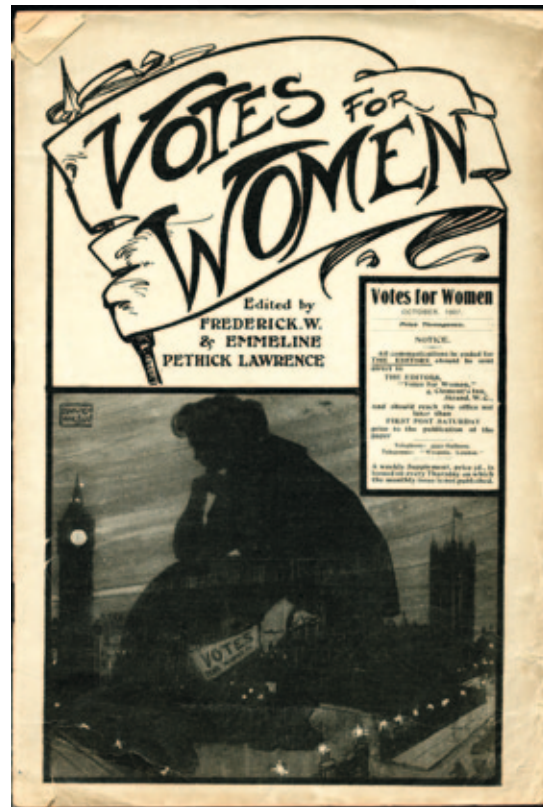
la "pseudo Mujercilla Nueva inmoral dada a distorsionar el llamado feminista de independencia con una *carte blanche* para la indulgencia sensual", como lo explica la investigadora Ann Heilmann en uno de sus textos sobre los debates alrededor del tema, y añade: "Cobbe reclamó el feminismo para la Nueva Mujer moralmente virtuosa y con consciencia social que, equipada con un fuerte sentido de responsabilidad personal y de entendimiento claro de su deber cívico hacia la comunidad, era llamada a ser ejemplo para sus hermanas menos favorecidas". Como ha analizado la investigadora Susan Hamilton en su libro sobre Cobbe, esta abogó por la "feminista femenina" que también podía hacer de su hogar su 'cuartel' en favor de sus derechos y deberes.

Por su parte, la escritora, sufragista y 'emancipada' activista Dora Marsden (1882-1960) no estaba interesada en la retórica moral de Cobbe. En lo personal, estaba en el grupo del feminismo militante que encontraba precisamente en el hogar el centro de la explotación. Como señala Heilmann, "Marsden la radical sexual y defensora de la autoindulgencia ejemplificaba la categoría de Cobbe de inmoral, mientras que, a los ojos de Marsden, el purismo social de las *suffragettes* tenía relación con las cruzadas de la Vigilancia Victoriana". Heilmann la llama la *enfant terrible* del movimiento sufragista, que un día criticaba ácidamente las posturas del mismo, y al otro lo acusaba de replicar la dominación amo-esclavo social en la estructura altamente jerarquizada de la organización. Marsden tuvo frecuentes disputas y altibajos con la dirección del movimiento, y para ello se valió, también, de las palabras. En lo literario, estaba interesada en explorar las vanguardias, y luego de crear las revistas *The Freewoman* (1911), *The New Freewoman* (1913), pasó a *The Egoist* (1914) para concentrarse en las nuevas creaciones del simbolismo artístico, poético, la anarquía y el posterior modernismo. Marsden finalmente abandonó el movimiento y con sus publicaciones, específicamente,

quiso “abandonar el ‘sentimentalismo’ de las sufragistas”, como afirma la investigadora de la Universidad de Cambridge, Lucy Delap.

Mientras tanto, en otras regiones del Reino Unido, se cocían textos que daban cuenta también de las tensiones políticas y nacionalistas. El país de Gales ha sido tradicionalmente visto como anti-sufragista pero investigaciones como las de Kirsty Bohata en la universidad de Swansea muestran cómo, en muchos casos, la reacción percibida era más bien en contraposición a la violencia del movimiento militante en Inglaterra y sus tácticas extremas, con lo cual el objetivo de muchas personas simpatizantes con la causa fue también el de mostrar a Gales como un epicentro pacífico y civilizado, alineado con los grupos que actuaban conforme a la ley (“*law-abiding*”). Bohata menciona, por ejemplo, la novela utópica *Lady Gwen* (1891) “acerca de una república galesa gobernada por una presidenta que demuestra ser el parangón de la virtud y bellezas femeninas”. En Escocia, muchas mujeres hicieron del género epistolar un nutrido y eficaz mecanismo de participación y movilización. Investigaciones de Sarah Pedersen sobre la correspondencia en periódicos de la ciudad de Aberdeen entre 1900 y 1914 dan cuenta de la creciente atención de muchas mujeres en los debates sobre temas sociales y políticos, incluyendo la causa del voto, apoyando las campañas de candidatos políticos locales que estaban en favor y catapultando a la primera plana del interés público las necesidades de lo que Heilmann, a su vez, resume como una mayor “visibilidad y resonancia de las voces sufragistas” en toda Escocia.

Los eventos sucedidos en Gran Bretaña no estaban aislados de otros países europeos y excolonias británicas. Nueva Zelanda ya había aprobado el voto femenino en 1893, en Australia el proceso había empezado en 1894 y se completó en 1902. El Gran Ducado de Finlandia, entonces parte de Rusia, en 1906. En los Estados Unidos, la enmienda constitucional fue aprobada en 1920 y el intercambio de ideas y literatura sufragista fue bastante fluido con el Reino Unido. Pankhurst hizo una gira en el otoño de 1913 por el país americano para recoger fondos, y también para avivar el sentimiento en favor de la libertad asociada a la emancipación total de la mujer, que incluía el reconocimiento como ciudadana y como



Portada del periódico, primero mensual y luego semanal del WSPU. Los editores, Emmeline y Frederick Pethick Lawrence fueron arrestados en 1912 y sentenciados a 9 meses de prisión debido a las acciones cada vez más militantes de la organización. FUENTE: Biblioteca Bodleiana, Universidad de Oxford.

votante. Voces autóctonas dentro y fuera de la audiencia venían abonando el terreno literario que ya agitaba el National Women's Party. Inez Haynes Irwin, autora, periodista, miembro del partido, es uno de los muchos ejemplos. Escribió la novela *Angel-Island* (1914) inspirada en las fábulas de Esopo, *Los viajes de Gulliver* y otros escritos de Jonathan Swift. Imaginó un grupo de hombres que naufragan y llegan a una isla desierta, en donde encuentran hermosas criaturas aladas, mujeres, a quienes les cortan brutalmente las alas e intentan someter a un régimen masculino, mientras ellas no pueden moverse. Sin alas (sin votos), las mujeres están impotentes.

La llamada “poeta laureada de la causa”, Alice Duer Miller, se destacó por sus numerosos escritos en los cuales experimentó con distintas formas literarias para elaborar su mensaje

político: crítico, humorístico, sarcástico, poético, acusatorio. Decidió, por ejemplo, hacer unas réplicas en rima a discursos de políticos, artículos y editoriales periodísticos anti-sufragistas que se convirtieron en una manera de hacerse a un espacio de debate que era negado en numerosas publicaciones; así mismo reescribió pasajes de textos de autores como William Blake, Robert Louis Stevenson, Henry Cuyler Bunner, salpicando escenas y lenguaje cotidianos con peso sufragista. Como expone la investigadora Claire Delahaye, “las producciones literarias de las sufragistas funcionaron como modos compensatorios de expresión política para afirmar el poder femenino. Desarrollaron sus voces, puntos de vista y argumentos”. El uso variado de formas humorísticas hizo que muchos de estos textos entraran prontamente a la corriente cultural popular, extendida, de la sátira.

Delahaye menciona también novelas como *The Convert* (1907), de Elizabeth Robins y *A Woman for Mayor: A Novel of Today* (1909), de Helen Winslow, las cuales llamaron la atención en las redacciones de los periódicos como el *New York Times*, que dedicaron a menudo artículos para criticar negativamente estos aparentes ‘tratados de ficción’ como disfraces de lo que era, a su juicio, ‘simple’ propaganda sin méritos literarios. Pero el movimiento persistió, en las letras y en la calle. El desfile organizado en noviembre de 1912 en Nueva York fue memorable: las manifestantes marcharon lanzando confites a los espectadores, y cada envoltorio tenía inscrito un verso sufragista. En 1911 se había convocado un concurso con el atractivo premio de 100 dólares a quien compusiera el mejor himno poético, “majestuoso y apasionado”, que cautivara el espíritu de la causa y fuera “entonado por las masas”. Cuando Margaret Deland publicó en 1916 *The Rising Tide*, una buena parte de los periódicos ya reconocía el género de “novela sufragista femenina” con considerables dosis de realismo. La implicación era que el sufragio era inminente.

“Estamos aquí no por querer romper la ley sino por querer hacer la ley”, declaró Pankhurst en un juicio en su contra en 1908. Y la ley se hizo: el 2 de julio de 1928 recibió el asentimiento real la Ley del Sufragio Igualitario, que amplió la de 1918, extendiendo el voto a todas las mujeres mayores de 21 años sin restricciones. Pankhurst

no alcanzó a verlo, había muerto días antes, el 14 de junio. En general, actos y palabras conformaron, a veces atropelladamente, el siempre heterogéneo movimiento sufragista que hoy todavía puede narrarse empezando por releer a la filósofa y escritora Mary Wollstonecraft (1759-1797), esposa del filósofo pionero anarquista William Goldwin y madre de la autora conocida como Mary Shelley, en su tratado *A Vindication of the Rights of Women* (1792): “No deseo que ellas [las mujeres] tengan poder sobre los hombres; sino sobre sí mismas”. ■

* Imágenes de la exposición *Sappho to Suffrage: women who dared*. Biblioteca Bodleiana, Universidad de Oxford, 2018

Referencias principales

Todas las fuentes disponibles en línea fueron consultadas por última vez el 23 de julio 2018

- Atkinson, D. (2010). *The Suffragettes in Pictures*. Stroud: The History Press.
- Bohata, K. (2002). “For Wales, see England?” Suffrage and new woman in Wales. *Women's History Review*, 11(4), 643-656.
- Delahaye, C. (2016). “A Tract in Fiction”: Woman Suffrage Literature and the Struggle for the Vote. *European Journal of American Studies*, 11(1).
- Delap, L. (2002). “Philosophical vacuity and political ineptitude”: the freewoman's critique of the suffrage movement. *Women's History Review*, 11(4), 613-630.
- Ellis, S. (2003, 19 de marzo). Votes for Women!, Royal Court, April 1907. *The Guardian*.
- Heilmann, A. (2006). Words as Deeds: debates and narratives on women's suffrage. *Women's History Review*, 11(4), 565-576.
- Pankhurst, C. (1987). *Unshackled: Story of How We Won the Vote*. Londres: Ebury Press.
- Pankhurst, E. (2016). *Suffragette - My Own Story*. Londres: Hesperus Press.
- Pedersen, S. (2002). The appearance of women's politics in the correspondence pages of Aberdeen newspapers, 1900-14. *Women's History Review*, 11(4), 657-673.
- Robins, E. (1913). *Sermons in Stones, Way Stations*.
- Wollstonecraft, M. (2015). *A Vindication of the Rights of Woman*. Londres: Vintage Classics.

Lina María Aguirre Jaramillo (Colombia)

Doctora en Literatura y periodista. Investiga sobre temas relacionados con literatura, arte, narrativa de viajes, ciencia y comunicación. Autora del libro *Por curiosidad* (2016). Es investigadora miembro del Grupo de Estudios Literarios GEL de la Universidad de Antioquia.



Mujeres

Ana Cristina Vélez

No, ni siquiera eran mamotretos de televisión, eran unas cajas pequeñas con antena y, por supuesto, en blanco y negro, algo que un joven de hoy ni se imagina. Y sí, como preguntaba un niño a su mamá, que si la vida también era en blanco y negro cuando ella estaba chiquita. Sí, de cierta manera, era en blanco y negro. Neil Armstrong pisó la Luna el 20 de julio de 1969. Como moscas, al frente de la televisión revoloteaban adultos y niños esperando ver a Armstrong bajarse de la nave y pronunciar la frase que se oyó como por entre un tubo: “Un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad”.

¿Quién no esperó con ansias ese momento estelar de la humanidad? Nada como haber presenciado el despegue de un cohete que sube verticalmente y atraviesa la atmosfera para llegar a la Luna, esto fue, es y será un momento sublime de la vida sobre la Tierra; un momento de verdadera fe puesta en la ciencia. Tan salido de lo normal para la época, que muchos niegan que haya sucedido.

Haber visto el *Eagle* alunizando y, en un escorzo dramático, la escalera y las botas blancas que bajan y pisan la arena pulverizada; imaginar la oscuridad y pensar en el silencio absoluto por la falta de un elemento en el cual se desplacen las ondas sonoras; mirar con asombro los saltos ingravidos de canguro enyesado que daban los astronautas sobre la superficie gris mate, ver las fotos del momento en el que el punto de vista se modifica por primera vez en la historia, pues pasamos a ser observados desde afuera de la Tierra: al frente de los tres astronautas y sobre el horizonte lunar ascendía nuestro planeta azul, esfera bañada de agua, una mota de azul pálido, como dijo Carl Sagan. Esa Tierra que está en el cielo de la Luna, como dijo Ernesto Cardenal.

de ayer y de hoy

450 millones de personas estaban oyendo por radio lo que pasaba allá arriba en el cielo. La población mundial era de 3.600 millones y ya casi somos 8.000 millones. El mundo se ha transformado en estos 49 años, no solo con ese pequeño paso para un hombre, sino también con los cientos de pequeños pasos que hemos dado las mujeres aquí en la Tierra, aquí en Colombia.

El año entrante se cumplirán cincuenta años de la llegada del hombre a la Luna, y los hombres seguimos soñando con conquistar el Universo. Ya aterrizamos una aeronave en Marte y se gastan cruelmente billones de dólares en viajes interestelares. La ciencia ficción ha dejado de ser ficción. La ciencia supera la comprensión y la imaginación de la mayoría de los mortales, que simplemente miramos sus resultados y productos con asombro y espanto. Y es que un hombre ya no puede abarcar todo lo que se sabe de un solo campo en el que se meta. Para dar un ejemplo, la herramienta que usamos todos los días, el Internet, no la conoce a fondo nadie; nadie la entiende por completo; comprenderla no está en el cerebro de un ser humano, sino fragmentada en el conocimiento de muchos. En estos cincuenta años las mujeres colombianas no hemos soñado con conquistar el espacio, pero hemos soñado con la conquista de una vida propia, de un mundo para nosotras mismas, impulsadas por el movimiento feminista que cogió fuerza en los sesenta y que pudo crecer gracias al control natal.

Recordemos que desde hace solo 61 años la mujer es verdaderamente ciudadana en Colombia, pues nadie lo es si no tiene derecho a votar, y esto no ocurrió hasta el 1° de diciembre de 1957. Pero, volvamos a la vida cotidiana de 1969. La televisión se veía en familia, pues solo había una en casa, en un cuarto designado para esta o, muchas veces, en la sala para recibir las visitas. La variedad de programas era mínima: los domingos, *Animalandia*, con Pacheco; los *Sábados felices*, en la aburrida tarde de los sábados; cada noche, el noticiero de las siete; y por supuesto, algunos “enlatados”, como *Hechizada* y *Perdidos en el espacio*. El personaje más interesante de la televisión era el Dr. Spock, de *Viaje a las estrellas*, hombre frío y calculador que no conocía las emociones. El sueño de los niños era montarnos en el desintegrador de partículas que podía trasportarte de un planeta a otro en cuestión de segundos. Mirábamos escépticos esas escenas en los *Supersónicos*, en las que se hablaba por teléfono mientras se veían unos a otros en una pantalla, como lo hacemos hoy en los teléfonos inteligentes y sin inmutarnos por ello. Estamos mal diseñados los humanos, pues damos por sentado lo que tenemos, como si por tenerlo dejara de ser milagroso.

En las casas, las dimensiones de los espacios hablaban por si solas sobre el uso y valor de estos. Los baños parecían habitaciones: eran amplios, salpicados aquí y allá con unos cuantos objetos comparativamente pequeños: el bidé, el inodoro, el lavamanos con su espejo y mueble para los

cepillos y la crema dental, y la ducha con cortina plástica, en una de las esquinas del espacioso espacio. Entre el inodoro y la ducha había suficiente distancia como para acomodar una silla con escritorio, entre el inodoro y el lavamanos se podían contar más de seis baldosas. No se entiende la finalidad de este derroche. La ropa se organizaba en pequeños clósets, insertados en la pared; y su tamaño revela que teníamos si acaso una cuarta parte de la ropa que tenemos hoy, y ni qué decir del número de zapatos. Con la desgracia que es la eficacia del *marketing*, ahora consumimos cuatro veces más de lo que consumíamos en esa época. Pensamos que necesitamos 400% más de ropa que hace cuarenta años. La cocina, pequeña y cerrada, indirectamente señalaba que quienes estaban en ella no debían ser vistos. Las neveras eran pequeñas comparadas con las de hoy, y en el congelador solo se ponía la cubeta para hacer hielos. Los diseñadores se han devanado los sesos buscando la manera más práctica y directa de sacar los hielos de las cubetas, cuando hasta de la manera más difícil es bastante fácil. Las familias eran más grandes, pero no se congelaban alimentos, pues cada día se iba a la tienda del barrio por lo que hiciera falta. La estufa ha tenido convencionalmente cuatro puestos, desde hace tiempos. Unos pocos electrodomésticos yacían sobre el poyo de baldosines esmaltados de blanco, las ranuras siempre esperando el cepillo de dientes viejo, para ser limpiadas. Se trabajaba duro en la cocina, empezando porque las arepas se hacían en casa. Esas otras mujeres de la casa: las empleadas domésticas, eran tratadas como esclavas. Vivían internadas hasta los domingos en la tarde, sin descanso; con horarios infames que empezaban a las cinco de la mañana y terminaban a las diez de la noche, sin vida propia, sin pago justo, sin pensión de jubilación ni seguro médico. Sonaba la música de los Beatles, todavía maravillosa, los boleros, y la música de aplanchar de Sandro, Roberto Carlos, Piero, Palito Ortega, Leonardo Favio, Óscar Golden. El *gogó* estaba en su furor. Se oía la radio como forma de entretenimiento. Inolvidable: el teléfono negro con disco de marcar; uno por casa. Cogíamos turnos peleados para hablar.

En Colombia había virtualmente dos clases sociales: los pudientes, una exigua minoría, y el pueblo, la mayoría. La minúscula clase media estaba en vías de desarrollo. La gente del grupo social alto, que tenía varios hijos, aunque rara vez más de seis

o siete, buscaba todos los medios visuales posibles de marcar la diferencia con los del pueblo. Las mujeres “de modo” se acicalaban exageradamente. El maquillaje era dramático, no solo por la raya oscura sobre las pestañas sino por los colores vibrantes sobre el párpado y los rosados y rojos intensos sobre los labios y uñas. El vestuario se parecía en colorido a las flores. Las mujeres no parecían temerle al amarillo, ni al fucsia, ni al verde loro, o al naranjado, al rojo, a los azules eléctricos, y llevaban sus peinados altos, muy altos y elaborados. Si se piensa bien, el pelo se trataba casi como si fuera una peluca, se le daba forma con tubos, marrones, y una vez estaba definido y quieto, se le ponía mucha laca para que se quedara muy majo y muy tieso en la cabeza, como un casco de motocicleta. El peinado se protegía como se protege un objeto frágil: se cubría con una pañoleta, del viento, del polvo, del sol y, sobre todo, de las manotas del marido.

Las mujeres se ponían faldas y tacones, principalmente, como si fuera necesario resaltar una feminidad entendida de una manera exagerada, y debajo se usaban medias veladas y enaguas. Llevaban la incomodidad a cuestas, como se lleva la virtud. Se conoce muy bien la relación proporcional que hay entre atuendo incómodo y alto estatus. Los zapatos puntiagudos y de tacón altísimo o los de plataforma, amén de las fajas, faldas estrechas y guantes hasta en climas benévolos lo mostraban a la perfección. Hablando de medias veladas, hay que reconocer que merecen un capítulo en la historia de la moda. Qué invento: mostrar las piernas pero sin desnudarlas, darles color, esconder sus blanduras, estrías y venas. No hay que olvidar el suplicio que era el cuidarlas, pues la fragilidad del tejido hacía que se rompieran ante el mínimo contacto con una superficie de distinta dureza. Casi se puede decir que duraban o duran una postura. Dan calor y hacen sudar, pero no aíslan del frío, y para colmo, rascan. Como tejido, son un invento que se quedó sin resolver; todavía se venden, pero pocas mártires las usan.

En el afán de diferenciarnos de los hombres (en eso también hemos cambiado, pues ahora nos interesan

Las mujeres no parecían temerle al amarillo, ni al fucsia, ni al verde loro, o al naranjado, al rojo, a los azules eléctricos, y llevaban sus peinados altos, muy altos y elaborados.

más las similitudes) los botones de blusas y camisas se ponían al lado opuesto del de ellos; creo que la costumbre todavía se conserva, como un fósil cultural. Otro fósil es la faja. La idea de tener la cintura muy bien marcada y el estómago adentro obligaban su uso. Y qué incómodas las minifaldas que había que estar tirando hacia abajo constantemente y limitaban las posturas. Todavía se ven pantalones con el cierre a un lado de la cadera. Qué cosa absurda eso de cerrar un pantalón por el lado, qué tontería son los botones y cierres que van por la espalda, ¡necesitas ayuda para vestirte! Pero esas incomodidades son lo de menos, la principal es la de ni siquiera darse cuenta del papel que se juega en el mundo, de la propia esclavitud, de las limitaciones que se habían aceptado sin cuestionamientos. Pero consideremos que sin el desarrollo de buenos métodos anticonceptivos pocas revoluciones se podían incubar.

La mayoría de las mujeres de esa minoría con recursos económicos, nacidas entre los treinta y los cuarenta en Colombia, terminaban si acaso el bachillerato, no se cultivaban intelectualmente. Aunque siempre había excepciones. La meta de sus vidas era casarse bien y tener una gran familia. Pensar en un proyecto personal o querer aportar al conocimiento del mundo, no, eso no estaba contemplado por casi ninguna. Las mujeres contribuían al cuidado de la familia y del marido. Nada que deje más claro las metas de cada día que los consejos que se encuentra uno en revistas como *Buenhogar* o *Vanidades*. Aquí una lista:

Ten la casa arreglada para cuando llegue tu esposo. Cuida que haya un buen olor y silencio,

que los niños hayan hecho sus deberes y estén limpios. No descuides tu apariencia física, debes estar arreglada y que no se te note el cansancio del día. Si es necesario darte una ducha, hazlo. Prepárale una deliciosa cena y crea un ambiente confortable. Hazle muchas preguntas y tú habla poco, no te quejes ni le cuentes los inconvenientes del día. Él ya ha tenido suficientemente duro como para que lo recibas con lamentos. A los hombres les gusta hablar ellos, no hables tú. Ha llegado el HOMBRE a su reino y tu deber es hacer que todo sea placentero; tu papel es ser adorable.

Esas mujeres no podían pensar en ningún tipo de independencia. El marido era el proveedor económico, y en todas las relaciones, quien pone el dinero pone las condiciones. A la mujer le quedaba ser adorable y obedecer. Qué más remedio tenía una mujer sin educación, incapaz de entender qué hacía el marido ni saber cómo era el mundo en el que se movía. Las finanzas de la casa también las llevaba el señor. Él vivía en una especie de caja negra y ellas, en la caja muy blanca de las paredes del hogar. El machismo era desproporcionado, si es que hay machismo proporcionado. En las películas del Agente 007, James Bond (Roger Moore) les pega cachetadas a las mujeres, y estas son bellas y tontas. Los hombres pensaban en la mujer como un ser inferior, sin cuestionamientos; además, a la esposa se la consideraba, un poco, propiedad del marido, como lo es todavía en sociedades que tienen seiscientos años de atraso cultural, y como todavía se pide en los votos matrimoniales católicos: jurando obedecer. Ser gay era inadmisibles, y se ocultaba como se ocultaban los hijos mongólicos.

Veinte años después, la casa de la gente de modo y de la creciente clase media se había transformado. En cada una había varios teléfonos. Se gastaba más tiempo frente al televisor que junto a la radio, y aquel estaba por convertirse en un artículo personal. Cada miembro de la familia veía sus propios programas, aislado, en su cuarto. La mujer contaba con la ayuda de más aparatos para sus tareas domésticas. Las arepas ya no siempre se hacían en casa, empezaron a venderlas en los mercados. Los baños se redujeron en tamaño y desapareció el bidé. Me pregunto si el bidé existía porque se consideraba que la mujer

Los aparatos electrodomésticos siguen en aumento, los robots nos remplazan, afortunadamente; hasta los hay que barren y aspiran.

quedaba sucia después de la relación sexual o para estar más limpia antes de esta, aunque se sabe que en sus orígenes fue usado como método contraceptivo. O si estaba relacionado con alguno de los tabúes que sobre la menstruación todavía existen subrepticamente. El humorista antioqueño Elkin Obregón decía que su mamá (nacida a principios del siglo veinte) nunca había hecho pipí. Las mamás de la generación de su madre solo se podían dar el lujo de tener alma, no cuerpo. Toda función que fuera exclusivamente femenina se escondía con vergüenza.

Las otras mujeres del hogar, las empleadas domésticas, se quedaban sin educación. Muchas eran analfabetas. Una minoría se podía ir por la tarde, después de diez horas de trabajo, casi en la noche, y el salario había aumentado algo, relativamente, pero todavía estaba por debajo del mínimo. Como hoy, contaban con el sábado en la tarde y el domingo para descansar. Pero se consideraba justo dejarles los platos sucios del fin de semana para que a su regreso pusieran las tareas al día; o sea, se les guardaba el trabajo del tiempo de descanso. Todavía, los seguros para estas jóvenes, marginadas por las otras más afortunadas, no se habían vuelto obligatorios, como lo son hoy, con reglas y e instituciones que están para protegerlas.

Para muchas mujeres pudientes, nacidas entre los setenta y sesenta, era importante hacer una carrera, y muchas la hicieron, más como adorno, pues solo una proporción pequeña ejercía y ocupaba el mundo laboral. Sin duda, estaban mejor preparadas para el mundo, pero todavía con muy poca autonomía y libertad, digo, en Colombia. El hogar seguía siendo para muchas, digamos, suficiente como aspiración. Casarse bien, tener un buen marido, cuidar a los hijos (dos o tres), y en caso de trabajar, hacerlo parcialmente. El hombre seguía siendo el señor de la casa a quien se le debía todo, pues seguía poniendo casi todo el dinero. Sin embargo, la diferencia en la educación permitió un diálogo y una relación más equilibrada, antes impensable. Una mujer que ha

estudiado entiende lo que hace el marido, el mundo que la rodea, y participa en él. La educación y los métodos anticonceptivos hacen casi toda la diferencia.

Es bueno dar un vistazo al arreglo físico, pues una imagen vale más que mil palabras. Se empezaron a ver más pantalones, menos vestidos, y el uso frecuente del bluyín como prenda necesaria. Zapatos todavía incómodos, pero ropa más holgada en la cintura, de colores atenuados. El pelo más largo y con caída natural, pero todavía un uso extenuante del secador y el cepillo. La necesidad de ir a la peluquería y el uso de múltiples accesorios muestran un gasto importante de tiempo en cosas superfluas. El tiempo es limitado; el tiempo empleado en la superficie es tiempo dejado de emplear en la profundidad. Como dice un hombre que conozco: que gracias a Dios no lo hizo mujer, pues con solo pensar en la lista de arriba para abajo que las mujeres gastan en el arreglo personal se siente cansado. Una mujer que se cree la tontería que nos meten las empresas de belleza para vendernos más productos, tiene que teñirse, peinarse y recortarse el pelo con expertos, luego seguir con las cejas, depilarse los pelos que están fuera de lugar, los de las axilas, seguir con el bigote, si lo hay. Luego, ocuparse de las uñas de manos y pies, y más tarde, ponerse aretes, pulseras, collares, bufandas y, además, quitárselos antes de ir a dormir. ¡Ay, es extenuante! Para la mayoría de mujeres de esa generación la administración de la casa y muchas labores con los hijos recaía en sus manos exclusivamente. Algunos maridos “ayudaban” con las tareas del hogar: abrían los frascos de las tapas que estaban pegadas y sacaban la caja de Coca-Cola, unas raras veces lavaban o lavan los platos en las vacaciones, o hacían el desayuno el día de la madre. Los hombres siempre han ido al taller de mecánica a hacer los arreglos del auto, eso no ha cambiado. Las mujeres seguimos sin tener idea de lo que hay dentro del capó de un carro. Ante el aumento de las separaciones matrimoniales, cada 15 días hacían parcialmente las funciones femeninas.

Veinte años después, en el siglo XXI, la casa se sigue trasformando. El teléfono

celular y el computador son los objetos más indispensables de la casa, de la vida. La cocina es incluyente, no hay cocinas para esconder a nadie detrás de sus muros; en muchos casos está abierta hacia la sala. Los aparatos electrodomésticos siguen en aumento, los robots nos remplazan, afortunadamente; hasta los hay que barren y aspiran. Hay una televisión plana e inteligente y un teléfono celular por persona. Todos en la familia más conectados virtualmente, pero más solitarios físicamente. Las neveras crecen en tamaño, así como los congeladores. La gente va menos veces al supermercado, pero compra más comida cada vez que lo hace. Los clósets se han convertido en cuartos, cada día más grandes. La gente compra más y acumula más, y los cuartos útiles y despensas se agrandan. Los carros han aumentado en número, en las familias. No hay casi tiendas de barrio, se merca en supermercados y se pide a domicilio. Se depreda el planeta sin miedo al futuro.

El maquillaje se ha atenuado bastante, pero los procedimientos cosméticos crecen y se multiplican, los gimnasios y clínicas dermatológicas y de cirugía plástica se vuelven negocios millonarios. El vestuario es práctico: uso de pantalones y camisas, más que de vestidos y faldas. Uso de zapatos confortables, con tacones menos altos y más anchos y, sobre todo, no de aguja, para el uso cotidiano. A las jóvenes de hoy les parece bien usar tenis con faldas, algo impensable en otras épocas; aunque, desafortunadamente siguen siendo obedientes a los dictados de la moda, pero la moda se ha vuelto más ecléctica, lo cual ayuda a complacer distintos caprichos. Curiosamente, las clases altas imitan a las clases bajas al usar pantalones rotos y tatuajes. Los hombres y las mujeres se visten más parecido, se arreglan más parecido, pues muchos hombres se afeitan el cuerpo y se depilan las cejas. Muchas mujeres se cortan el pelo con estilo muy masculino.

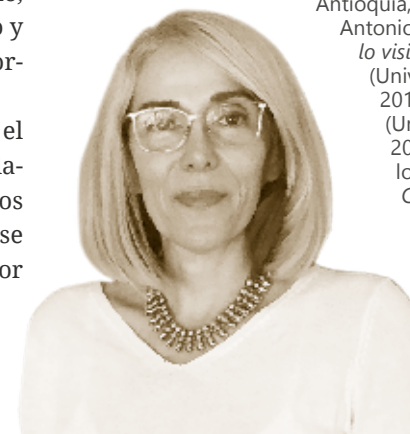
Son dos generaciones desde que el hombre pisó la Luna y ya hay una gran clase media y media alta en el país. Y ambos miembros en la pareja trabajan, ambos se educan, ambos se consideran pares. El valor

de la mujer ha subido claramente. Los dos sostienen la economía del hogar y los dos se reparten las labores de la casa, aunque aún no en porcentajes iguales. Las empleadas de servicio se vuelven un lujo, pues cuestan, y, por tanto, tienden a desaparecer. Los apartamentos son cada vez más chicos. Muchas parejas deciden no tener hijos o, si acaso, uno. James Bond se da patadas y puños de igual a igual con la beldad de turno. Los hijos son responsabilidad casi igual de ambos padres. Y en el primer mundo, donde las opciones de estudio y laborales son mayores, las mujeres optan, en su mayoría, por carreras cuya práctica les deje más tiempo libre. La participación de la mujer en las ciencias duras e ingenierías es minoritaria, y esto ocurre también en las sociedades más educadas. La razón es que las mujeres, cuando pueden escoger, prefieren tener una vida social y familiar más activa. Muchas mujeres deben retirarse del mundo laboral o trabajar parcialmente durante la crianza de los hijos. Los resultados en pruebas de inteligencia hoy ponen a la mujer por encima del hombre, pero la naturaleza pesa y la lucha principal para participar en los distintos campos es buscando vencer las tendencias “naturales” y educando más a las hijas para que sueñen con hacer cosas grandes e importantes.

Pero... todavía hay mucho por hacer para construir una sociedad más justa para la mujer. No hay que volver a la Luna, y menos ir a Marte, pero hay algo urgente que no se previó hace 50 años: cuidar el Planeta, antes de que sea demasiado tarde y pierda todo el sentido el hacer más conquistas. ■

Ana Cristina Vélez (Colombia)

Es diseñadora industrial, con maestría en Historia del Arte, se desempeñó como artista plástica durante veinte años y hoy en día escribe sobre distintos temas. Entre otras obras, ha publicado: *Creatividad e inventiva. Retos del siglo XXI*, (Editorial Universidad de Antioquia, 2013), coautora con Antonio Vélez; *Los invisibles de lo visible. La imagen explicada* (Universidad de Antioquia, 2018); *Amor en la Nube* (Universidad de Antioquia, 2018). Escribe cada semana, los domingos, en el blog *Catrecillo de El Espectador*.



Cuatro ensayistas colombianas

idea y fábula

Juan Felipe Restrepo David

Para Juan Manuel Cuartas Restrepo

Las voces femeninas en el ensayo colombiano del siglo xx hay que buscarlas en la crónica. Es en el mundo del periodismo, especialmente en las columnas, donde tuvieron su mayor despliegue. Ahí mostraron que una de las más potentes maneras de pensar es narrando las propias historias y las de los demás, que en el discurrir de la anécdota aparecen las relaciones y paradojas que son las hipótesis de interpretación de la realidad; o sea, que las ideas no son privativas de las elaboraciones abstractas, sino que nacen y se entienden también en la cotidianidad, la común a todos. El desarrollo de los argumentos y los estudios de las más variadas áreas del conocimiento, las más cautivantes y desatadas especulaciones, las quejas y lamentos como escritoras y mujeres, los dardos y las ironías sin piedad, construyeron, por decirlo así, la presencia del “ensayismo” de su escritura.

Me explico: de alguna manera, el siglo xix cuenta con la imponente obra de Soledad Acosta que tiene mucho de ensayística en sus viajes, notas, diarios, cartas; y en pleno siglo xxi podemos hacer un acopio importante de bibliografía ensayística escrita por mujeres, muchas ellas de filiación académica y, por supuesto, periodística: una mirada detenida a los catálogos de las editoriales universitarias y a las columnas de opinión de algunos periódicos y revistas culturales y literarias, mostraría la vitalidad del ensayo (Piedad Bonnet, Carmen Elisa Acosta, Judith Nieto López, Margarita Valencia, Marina Lamus Obregón, Patricia Aristizábal, Lina María Aguirre, Paloma Pérez, Carolina Sanín, Andrea Mejía, Marda Zuluaga, Daniela Londoño...).

Lo que sucede es que tal mirada no puede restringirse a una categoría de género literario,

clásica y tradicional. Antes que ensayo, como un escrito con unas condiciones y características específicas y fácilmente distinguibles (circunscritas por lo general en un sentido argumentativo), hay que ampliar la perspectiva y más bien flexibilizar los términos: comprender y deleitarse con la naturaleza ensayística de muchos tipos de textos que necesitan de la hibridación para poder ser; por eso hay tantos artículos, reseñas, tesis, columnas, crónicas, reportajes, prólogos, entrevistas, dramaturgias, permeados de ensayo, o viceversa, tantos ensayos invadidos de una y mil formas de expresión escrita y visual. De entrada, todo esto supone algo aún mucho más complejo y fascinante: al ensayo no lo define solamente una forma “discursiva” como tal. El ensayo puede ser un estilo pero es también un pensamiento y una búsqueda: la de las propias concepciones del mundo en que vivimos y la voz con que las expresamos. Ensayo como actitud vital que afirma la posibilidad de múltiples certezas: pluralidad y diferencia.

No es de extrañar, entonces, que las más importantes, por citadas y consultadas, antologías de ensayo colombiano —y de las latinoamericanas que incluyen a Colombia— y de los estudios y ensayos sobre “ensayo colombiano” rara vez, pero muy rara vez, incluyan a una ensayista. La mayoría han privilegiado formas muy definidas del género, fácilmente identificables y poco conflictivas. En *Ensayistas colombianos* (1946), selección de Guillermo Hernández de Alba, se menciona de pasada en el prólogo a Francisca Josefa del Castillo y Guevara (1671-1742) y su *Vida y sentimiento espirituales*, aunque se la menosprecia por no tener la altura de Juana Inés de la Cruz. En *Ensayistas colombianos del siglo xx* (1976), antología de Jorge Eliécer Ruiz y Juan Gustavo Cobo Borda, ni por



De izquierda a derecha: Sofía Ospina de Navarro, Emilia Paro Umaña, Elisa Mújica, y Valentina Marulanda.

las sombras aparece el nombre de alguna ensayista, ni en los escogidos ni en el prólogo. En *Antología del ensayo en Colombia* (1997), Óscar Torres Duque, compilador y prologuista, incluye por primera vez a una mujer: Elisa Mújica (1918-2003); se terminaba el siglo y solo una ensayista ingresaba a un canon creado por ensayistas hombres, y, como los anteriores cánones, oficial y caprichoso. En *El ensayo en Antioquia* (2003), Jaime Jaramillo Escobar, encargado de la selección, escoge a unos cuarenta ensayistas, todos hombres (de la más variada fauna social, cultural, política, artística); ni una mujer es nombrada, ni siquiera en una nota al pie.

De otro lado, en el larguísimo capítulo de Javier Arango Ferrer dedicado al ensayo colombiano, en sus *Horas de literatura colombiana* (1978), se menciona, en un rápido listado de ensayos “antropológicos”, a Virginia Gutiérrez (1921-1999) y su *Organización social de la Guajira* (1950); no hay un comentario, tan solo una mención entre páginas y páginas dedicadas a ensayistas hombres. En el célebre *El ensayo: entre la aventura y el orden* (2000), Jaime Alberto Vélez, un formidable ensayista y pensador del género, tiene en cuenta tres o cuatro nombres en la tradición colombiana (Luis Tejada, Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón, Baldomero Sanín Cano...). En *La poética del esbozo* (2014) de Efrén Giraldo, quizás el más inteligente y exhaustivo estudio sobre ensayo colombiano realizado hasta hoy, no hay dedicación a alguna ensayista colombiana; en todo caso, el centro de foco, se explicita siempre, es la obra de Sanín

Cano, Téllez y Gómez Dávila. Ahí termina la lista para Colombia, suficientemente ilustrativa para el caso de las ensayistas. En *Latinoamérica bastarían dos ejemplos*: en *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (1991) de José Miguel Oviedo y en *El ensayo hispanoamericano del siglo xx* (1981) de John Skirius no hay una sola colombiana.

En todo caso, con la nula o rara presencia de mujeres en el ensayo colombiano, o lo que conocemos o nos han divulgado como tal, lo que sí es cierto es que ensayo escrito por mujeres en Colombia ha habido, y no poco, en el siglo xx: el problema ha sido de perspectiva de géneros literarios. Estamos acostumbrados (perjudicialmente en exceso, diría) a aceptar que aquello que se etiqueta como poesía, cuento, novela, crónica, dramaturgia, ya lo es y punto, sin posibilidades de cuestionar o considerar que la dramaturgia puede ser narración o ensayo, o que el cuento y la poesía se alimentan del ensayo, a pesar de las modas de los géneros “híbridos” y de las “aperturas” de las formas artísticas y literarias (piénsese en las obras de Borges, Cortázar, John Berger, María Zambrano, Susan Sontag, Rosa Montero...).

El lugar de esas ensayistas, repito, no fue el género definido y encuadrado que se ha denominado ensayo, y que por evitar muchas veces enredos de “deslindes” genéricos se le dieron ciertas categorías que las antologías, entre otros, se han encargado de promocionar; por ejemplo, aquella idea equívoca de que el ensayo únicamente piensa y no narra —mírese a Montaigne: no son pocas las anécdotas e historias de las que se sirve para reflexionar un tema o simplemente para entretenerse. Fue la crónica el lugar de ellas, o al menos de la mayoría. Cronistas-ensayistas que promulgaron una obra atrevida, auténtica, aún fresca, incluso agresiva y de ideas contrastantes y contradictorias. Justo porque se permitían

relatar lo mínimo, cotidiano y familiar en tanto emocional, descriptivo y honesto, lograban un estilo que como forma les ofrecía la oportunidad de moverse entre la discusión y la negociación, entre lo obvio y lo secreto. Eso, muchas veces, les evitó la pose y la presunción: por lo general, no se encuentra en su escritura algún tipo de competencia o de ansiedad por la visibilidad, al contrario, hay continuas excusas por esa escritura que las hace públicas, que las expone en sus posturas estéticas, políticas, culturales, pero esa es una discusión para otro momento.

Un caso ejemplar ha sido el de Rocío Vélez de Piedrahíta (1926): sus crónicas, híbridos entre relato, opinión y ensayo, se reunieron en el título *Entre nos* (1959, tomo I; 1973, tomo II). Y aunque no exclusivamente cronistas pero vinculadas al mundo del periodismo de alguna manera, o de la academia y la vida cultural, también hay que citar los casos de Magda Moreno (1900-1964), y su *Dos novelistas y un pueblo* —Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón— (1960); de María Helena Uribe de Estrada (1928-2015), y su *Fernando González: el viajero que iba viendo más y más* (1999); de Helena Araújo (1934-20015), y sus *Signos y mensajes* (1976) y *La Scherezada criolla* (1989); de Monserrat Ordóñez (1941-2001), *De voces y de amores* (2005), reunión de su obra crítica y ensayística; de Aura López Posada (1933-2016) y su *Mujer y tiempo* (2009), selección de sus crónicas entre 1979-2004, publicadas en *El Mundo* y *El Colombiano*. Ahora bien, quisiera detenerme en cuatro ensayistas: estoy convencido de que su obra representa algunos de los momentos más fascinantes de nuestra tradición ensayística colombiana. Traerlas al presente, volver a ellas, es mantener vivo su diálogo.

Sofía Ospina de Navarro (1893-1974)

Si uno tuviera en cuenta su casta presidencial conservadora (nieta de Mariano Ospina Rodríguez, sobrina de Pedro Nel Ospina y hermana de Mariano Ospina Pérez), podría dejarse llevar fácilmente de algún prejuicio de pensamiento católico intolerante, por ejemplo; pero nada más lejano a Sofía. Las tres reuniones en libro de sus crónicas y relatos, *Crónicas y cuentos* (1926), *La abuela cuenta* (1964) y *Crónicas* (1983), son un dechado del más agraciado estilo y del más delicioso humor que la crónica y el ensayo colombianos hayan presenciado,

semejantes a Luis Tejada y Julio César Londoño. Su escritura breve, maliciosa, juguetona, imprudente, lanza las ideas como carbones encendidos para que a veces estallen como pólvora o para que se olviden en medio del camino. Si algo no preocupa a Sofía es algún propósito de trascendencia. En ella, la escritura nace y quiere regresar a la fuente de la conversación: el sentido digresivo de lo oral, su ligereza e impredecibilidad. En sus palabras a veces parece verse su gesto, su mirada y manoteo de señora curtida en las lides y mañas de su clase social pero, al mismo tiempo, con su percepción muy bien puesta en todas las capas de la realidad que vivió. Ella es retrato de una época por la riqueza de sus ideas y descripciones, pero sobre todo es una lección de cómo una verdadera obra necesita de un sello único, personal.

Emilia Pardo Umaña (1907-1961)

Había nacido un 9 de diciembre, y años después, un 19 del mismo mes, un infarto la sorprendía en su apartamento de Bogotá, donde vivía sola; Emilia, de un metro cuarenta y nueve, moría a los cincuenta y cuatro años cumplidos, y legaba la obra de la que había sido quizás la periodista, columnista y cronista colombiana más importante de la primera mitad del siglo XX, como lo demuestran Lina Flórez y Pablo Pérez, dos periodistas que, como pocos, conocen y divulgan su vida y obra (“Emilia Pardo Umaña: memorias de la primera columnista colombiana”, 2012). Sus hondas filiaciones conservadoras no le impidieron colaborar en los más importantes periódicos de las décadas del treinta y del cincuenta. Algunas de sus crónicas y columnas fueron recogidas en el libro *La letra con sangre entra* (1984); lo demás, una obra ingente, aún dispersa, permanece en hemerotecas. Su estilo no tardó en hacerse notar tan pronto entró en el ruedo: su mordacidad, mezcla de un toque de crueldad y burla infantil, era candente; Emilia era una inteligentísima lanzadora de dardos, sabía dónde estaba la herida y apuntaba directo a ella. Tenía el poder de encantar y de alarmar, le gustaba la contracorriente y los desvíos, y para ello se inventó a dos personajes, envolventes y cautivantes, que de cuando en cuando firmaban columnas: “Ki-ki, la doctora en amor, consultorio sentimental”, todo un deleite de cinismo y sentido común; “Ruperta Cabezas, diario de una empleada doméstica”, parodia de problemas sociales en el

registro tierno y coloquial de una necesitada. La obra de Emilia recuerda que una de las maneras de descubrir el estilo es escribiendo sin buscar el agrado de los demás, ni su aplauso ni complacencia: siendo honesto con el propio decir.

Elisa Mújica (1918-2003)

Elisa bien podría ser la escritora colombiana más importante del siglo XX. Sus cuentos, novelas, literatura infantil, su diario y cartas, son el testimonio de una pasión férrea, indeclinable. Y en ella sucede que su ensayística es una especie de autobiografía intelectual: las dos primeras partes de su “Introducción a Santa Teresa” (1981) son una brújula para la misma obra de Elisa; entre otras cosas, allí se arriesga a responder a la pregunta por la escritura femenina, que para ella fue esencial, como una distinción y una creada autorrepresentación, y por su lucha social, política y espiritual de la mujer en Colombia. Y su introducción, “Raíces del cuento popular en Colombia”, a su libro de relatos *Las altas torres del humo: con catorce cuentos de Margarita* (1985), es una larga exposición y reflexión sobre lo que significa narrar, sus implicaciones culturales e ideológicas, en tanto sujetos de una cultura, en este caso, popular. La obra ensayística de Elisa comienza a conocerse en su plena madurez literaria: su escritura es una lección de paciencia, de cómo las ideas y los intereses se decantan, pasando por los íntimos filtros, hasta que llega su momento; esa paciencia la hizo precisa y poética, independiente y soberana. Su oficio se sustentó en una confianza que sabía esperar la esquivada llegada de las respuestas.

Valentina Marulanda (1949-2012)

Su escritura y su percepción es la de quien ha visto, sentido y escuchado la realidad por medio de los lentes de la literatura, la filosofía y la música. Sus dos libros, *Primera vista y otros sentidos* (2004) y *La razón melódica* (2012) dan cuenta de una singularísima intuición, que a su vez es una postura estética: la contemplación detenida que revela una propia voz, por eso su obra, con ser tan breve, fue labrada idea por idea; como si llevara las palabras consigo, cada día, hasta hacerlas transparentes, sencillas, pero dejándoles su misterio. No hay una escritura impulsada por el mero oficio del escritor que produce; su palabra surge cuando hay un decir que la soporta y la anima, como la actitud del poeta, y eso lo demuestran a cabalidad dos de sus

magistrales ensayos: “De filosofía y fábula” (2012) y “Del valle de lágrimas al mar de la felicidad” (2012). Un estilo se edifica con las decisiones y especialmente en los desaciertos, pero, ante todo, se impone (como lo decía Barthes). Y esa imposición, inevitable, tiene su arraigo en la vida que se elige, en la época en que se nace, en los miedos y secretos confesados o silenciados. Y esa es la huella de Valentina: la escritura ensayística es la necesidad de un pensamiento creador.

El ritmo que puede percibirse en la escritura de estas cuatro ensayistas —así como en las muchas mencionadas— se alimenta en una vivencia de la intimidad (tan reconciliada como conflictiva consigo misma) que no teme mostrar los contornos y fisuras de su realidad, precisamente porque allí están las raíces de su creación y pensamiento; ese gesto de honestidad es como un sacrificio: como pocos géneros literarios (entre ellos, la crónica), el ensayo es esquivo a las máscaras, exige una entrega de sí en tantos niveles e intensidades que admite poca negociación en lo que se decide dar y ocultar; por más racional que sea el género, hay gran cantidad de movimientos en su escritura que escapan a la obsesión del control. Vida y obra son una potente confluencia de belleza y reflexión; separarlas es herirlas, despojarlas de verdad, abandonarlas a la orfandad de la incompreensión y la infertilidad. ¿Que esto sucede con la escritura ensayística en general? Claro que sí. Solo que en ellas no hay imposición, tan solo opciones y posibilidades: la modulación narrativa de sus voces recuerda, a cada momento, que ampliar el mundo de la vida es un viaje de interminables espejos en los que se nos devuelve el reflejo de los otros: los que negamos u olvidamos, los que no hemos sido capaces de ver o escuchar. Ellas corroboran que el ensayo es también una escritura de los sentidos. ■

Juan Felipe Restrepo David (Colombia)

Nació en Chigorodó en 1982. Es filósofo de la Universidad de Antioquia. Mestre em Letras de la Universidad de São Paulo. Colabora para la *Revista Universidad de Antioquia* desde 2005. Publicaciones: *Voces en escena: dramaturgia antioqueña y conversaciones desde el escritorio: siete ensayistas colombianos del siglo XX*. Actualmente, es editor de la Editorial de EAFIT y Candidato a Doctor en Humanidades en la misma institución.



La aventura demorada de Elisa Mújica

Julia Escobar Villegas

La santa carmelita se había convertido para mí en uno de mis personajes entrañables, como únicamente son aquellos a quienes veneramos por su superioridad incuestionable, pero en los que a la vez presentimos una secreta e increíble afinidad.

Elisa Mújica

Tres viajes aparecen especialmente importantes en la vida de Elisa Mújica: uno en Colombia, otro en Ecuador y el siguiente en España.

El primer viaje fue la mudanza de Bucaramanga a Bogotá en los años veinte, cuando todavía era una niña. En la capital se nutrió del teatro, del cine, de las librerías. Allí también comenzó a trabajar siendo apenas una adolescente, a consecuencia de la muerte de su padre. Lo que le brindó Bogotá fue el terreno fértil donde se construyó a sí misma. A esto, por cierto, ella respondió con generosidad. Amó a Bogotá como segunda ciudad natal, convirtiéndola en uno de los soles de su obra, alrededor del cual giran, por ejemplo, la novela *Bogotá de las nubes*; el ensayo, los cuentos y la guía histórica sobre La Candelaria, y una reconocida edición crítica de *Reminiscencias de Santafé de Bogotá* de José María Cordovez Moure.

El segundo viaje fue a Ecuador en los años cuarenta, al integrarse a la Embajada colombiana en Quito. La carrera que forjaba como secretaria tenía antecedentes en el Ministerio de Comunicaciones y en la oficina de Carlos Lleras Restrepo. A partir de este viaje, su escritura comenzó a concretarse, apareciendo, al final de aquella década, las primeras publicaciones: el cuento “Tarde de visita” en *El Liberal*, el ensayo *El Indio en América: síntesis de obras*



Foto: El Tiempo.

americanas sobre el problema indígena y la novela *Los dos tiempos*. Esta obra temprana, donde late una preocupación de tipo social, refleja el impacto que tuvieron para Elisa Mújica el descubrimiento del vecino país y el diálogo que sostuvo con sus intelectuales, volviéndose afín al comunismo.

El tercer viaje fue a España en los años cincuenta, para desempeñarse como corresponsal. Ya había empezado a escribir en diferentes medios colombianos, oficio que continuó ejerciendo durante varias décadas. Sumergiéndose en el ambiente cultural de Madrid como hiciera en los de Bogotá y Quito, tuvo la oportunidad de relacionarse con algunos de los más ilustres escritores españoles de la época, muchos de ellos pertenecientes a las llamadas Generación del 98 y Generación del 27. Por ejemplo, se sabe que conoció a Pío Baroja y a Azorín, y el trabajo fotográfico de Rafael Baena que acompaña la semblanza de Elisa Mújica escrita por

Nelly Rocío Amaya Méndez la muestra en compañía de Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre, también de Camilo José Cela.

En España, además de realizar su trabajo periodístico y de establecer importantes contactos entre los círculos literarios madrileños, Elisa Mújica publicó el primero de sus libros de cuentos, *Ángela y el diablo*. La Editorial Aguilar lo acogió, así como la edición crítica de la obra de Cordovez Moure e incluso su segunda novela, *Catalina*, distinguida por el Premio Esso en 1962. Elisa Mújica continuó cultivando el género del cuento, dejando asimismo un legado valioso en el campo de la literatura infantil; por ejemplo, a los niños contó la Expedición Botánica de José Celestino Mutis. Su disertación al ingresar a la Academia Colombiana de la Lengua en 1984 como miembro de número —primera mujer en obtener este puesto en aquella institución—, trató sobre las raíces del cuento popular en Colombia. Tan solo días después, se convirtió en miembro correspondiente hispanoamericano de la Real Academia Española.

Ahora bien, si el período en Ecuador impulsó a que Elisa Mújica se inaugurara como escritora y abrazara el marxismo, la estancia en España enriqueció y marcó profundamente, y para siempre, no solo su carrera literaria, sino también su pensamiento. De cierto modo, la delicadeza del gesto con que cambió su apellido de palabra grave a esdrújula está presente en su paso de marxista a católica. Hay quien observó en ese detalle musical un signo de aquella transformación íntima.

En el último capítulo de su ensayo *La aventura demorada*,¹ Elisa Mújica relata minuciosamente esa conversión, o bien, ese intenso proceso de reflexión, basándose tanto en sus propias experiencias y visiones como filocomunista como en numerosas lecturas literarias y filosóficas. Deslumbrada con los místicos españoles, San Juan de la Cruz y, ante todo, Santa Teresa de Jesús, encontró allí la fuente de exploración espiritual de la que tanta sed tenía y la cual no abandonó jamás. Su agua, luz y profundidad la acompañaron el resto de sus días.

Aparte de los artículos, los cuentos, la edición crítica y la novela, de aquel tercer viaje germinó entonces *La aventura demorada*, un espléndido ensayo sobre Teresa de Ávila, así como una bellísima radiografía intelectual y espiritual de Elisa Mújica, escrita hacia la mitad de su vida. A principios de los años ochenta, una nueva versión de este libro se editó en Colombia, *Introducción a Santa Teresa de Jesús*, preparada íntegramente por la misma Elisa Mújica, en la que incluyó un prólogo y una síntesis comentada de *El castillo interior o Las moradas* de la monja carmelita. Esta segunda edición es interesante porque muestra en qué medida las inquietudes e intuiciones de aquel ensayo primero seguían presentes muchos años después en el pensamiento de la escritora bumanguesa y bogotana.

Una década más tarde, salió a la luz su libro sobre Sor Francisca Josefa de Castillo, la mística y escritora neogranadina. Este estudio introductorio y antología de textos de la monja clarisa de Tunja, que brilla en la constelación de los clásicos colombianos, consolidó otro aspecto del carácter polifacético de Elisa Mújica — el didáctico— y ahondó en uno de los asuntos fascinantes de su obra: la relación entre mística y literatura. Justamente, el paralelo entre mística y arte atraviesa el ensayo *La aventura demorada*. Elisa Mújica señala

1. Dedicado a Teresa Santamaría de González, sobre quien Daniela Gómez Saldarriaga escribió hace pocos años el libro *Cómo te olvidan*.

como algo fundamental que en ambos ocurre la conversión del propio yo en otro o la creación de otro. Por vía contemplativa o por vía artística, lo que acontece es una transformación del ser.

Respecto a la etapa de aprendizaje, cuando analiza las lecturas juiciosas que la avilense realizó —por ejemplo, la obra de Francisco de Osuna—, Elisa Mújica comen-

Las crisis son otro punto en común. La más destacada por Elisa Mújica es aquel momento donde ya se ha logrado algo, pero pensar en continuar abrumba.

ta: “Del mismo modo que un joven poeta procura absorber el estilo de su autor favorito y dominar sus recursos, le pasaba a ella en su afán de asimilar las enseñanzas de su nuevo amigo” (24-25). Como los escritores, la mística española dialogó con una tradición, con personajes afines que la precedieron, antes de proponerse crear algo distinto, forjando su propio lenguaje, su característico estilo literario.

Las crisis son otro punto en común. La más destacada por Elisa Mújica es aquel momento donde ya se ha logrado algo, pero pensar en continuar abrumba. Quizás se han establecido las bases de la empresa con mucho esfuerzo, y la conciencia contundente de la dificultad de lo que sigue, de la cantidad de trabajo que implica día a día, aturde e incluso inmoviliza. A propósito, Elisa Mújica escribe:

En esta época, que abarca de sus 23 a sus 42 años, Santa Teresa se parece a uno de estos artistas que, adormecidos por un triunfo inicial, prefieren descuidarse y abandonar la lucha. Pero, si para quienes han emprendido la carrera del arte y se detienen, ningún suceso logra compensarlos efectivamente de su

frustración, en los que han subido los primeros escalones de la santidad y le vuelven la espalda debe ser pavorosa la catástrofe. A la monja carmelita le originó un conflicto psicológico. Por un lado, había forjado una imagen de ella misma a la que tendía a aproximarse, como hacemos todos con lo que constituye nuestra vocación. Por otro, aplazaba cada día, cada semana y cada año, ponerse a la obra. Eso la llenaba de remordimientos. No tenía paz, pese a las disculpas que se daba para tranquilizarse. (p.29)

Sin embargo, la zozobra no es exclusiva de la etapa inicial. Una vez se rompe la inercia, no hay descanso ni garantía de éxito. Elisa Mújica menciona cómo Teresa de Ávila, incluso en un mismo día, podía pasar de la luz a las tinieblas. El místico, al igual que el artístico, se vislumbra como un arduo camino que mientras más se recorre, más se alarga, quedando solo la promesa de nuevos paisajes en el horizonte. Continúa entonces la lucha de la persona con su propia vocación, la cual José Ortega y Gasset consideraba de un interés mayor que el de su lucha con el mundo. De acuerdo con Elisa Mújica, el tesón y la autocrítica caracterizan este conflicto interior:

Igual que un gran artista que al realizar su obra pasa por angustias, dudas, disminuciones de confianza, retrocesos y conquistas, les sucede a los religiosos contemplativos. Su tarea es de creación también y necesitan una tensa y enorme continuidad en el esfuerzo. Hay instantes en que no saben si se han dejado engañar por una inspiración falsa y otros en que sufren por no aprovechar bien el material precioso adivinado a su alcance. Como el verdadero artista, renuncian a los efectos fáciles. Huyen del orgullo como del peor enemigo. (p.129-130)

A los resultados, Elisa Mújica los considera un don, de modo que no basta el empeño si no son concedidos: “Aun a riesgo de abusar de los símiles del arte y el amor profanos vemos que estos tampoco dependen de nosotros. Nos es posible ejercitarnos en una disciplina, pero sigue fuera de nuestro alcance enamorarnos o ser artistas” (p.31). En Teresa de Ávila, percibe que estos privilegios no son motivo de orgullo; por el contrario, son asumidos con humildad:

Santa Teresa temía los elogios como si fueran la voz de la serpiente... únicamente se es un medio, una especie de espejo en el que se refleja la divinidad con el objeto de hacerla perceptible a quienes, de otro modo, nunca la percibirían. (p.35-36)

Es como si le hubiera sido confiado un inmenso jardín para descubrir y cultivar. El esplendor cosechado es tanto para ella como para los demás. Elisa Mújica subraya la fe de Teresa de Ávila en sus escritos, a saber, en su utilidad o servicio. Oraba y escribía, poniendo todo su ahínco en revelar lo que a su vez le era revelado. Elisa Mújica apunta al respecto que “su actitud frente a lo divino se basa en la comunión que implica comunicación” (“Introducción a Santa Teresa”, p.10).

Estas observaciones de Elisa Mújica, además de delinear el magnífico carácter de uno de los personajes sobresalientes tanto de la Iglesia católica como del Siglo de Oro español, dejan traslucir sus propias inquietudes sobre el arte; específicamente, sobre la vocación literaria. Como escritora, puede considerarse que sus apuntes sobre el arte corresponden a las reflexiones que mantenía como artista. Quizás sea significativo que haya escrito *La aventura demorada* durante uno de los períodos más cruciales para su pensamiento y más prolíficos para su obra en varios géneros.

Sobre la escritura mística propiamente, a Elisa Mújica la maravillaba la inquietante constancia de lo inefable en los textos de la Madre Castillo que, de acuerdo con ella, es inigualable en el ámbito de la literatura mística española (“Sor Francisca Josefa de Castillo”, 30), y cómo el lenguaje de Santa Teresa “abre de golpe la puerta sobre el misterio” (“La aventura demorada”, 36). Estudió con rigor y, a la vez, con la alegría producida por un buen vino, la escritura de ambas, sobre todo la de Santa Teresa. A su análisis le subyacía una pregunta clave de Aldous Huxley: “¿Cómo podían describir los místicos fenómenos enteramente distintos de la existencia conocida, en un lenguaje inventado para pintar esta?”.

Ahí reside el prodigio de la santa carmelita a ojos de Elisa Mújica: en haber comunicado su vida contemplativa, en haber abierto una puerta hacia el corazón de la mística. De su estilo, por ejemplo, Elisa Mújica resalta la pasión con la que

Santa Teresa rastreaba en lo visible la huella dejada por lo invisible (“La aventura demorada”, p.98). Esto responde a su amor por lo concreto o, dicho de otro modo, a “su horror a las generalizaciones, como si estuviera convencida de que son los detalles contados por los viajeros los que dan idea de los países visitados por ellos” (“La aventura demorada”, p.95).

Elisa Mújica no pasó por alto que mientras Teresa de Jesús narraba su viaje místico, compatriotas suyos relataban exploraciones muy lejos de España. Ninguno de los territorios, sean interiores o anclados al mundo, tenía menos belleza y misterio. Tampoco ahora, en los textos que los describen y que así permiten visitarlos, son menos asombrosos.

A menudo, en sus páginas sobre Santa Teresa, Elisa Mújica insiste en que, por más fascinación que produzca la lectura de los místicos, leerlos por curiosidad intelectual o placer estético no basta para comprenderlos verdaderamente; es menester que el lector tenga la firme voluntad de unirse con lo divino. Su ejemplo por excelencia es el de un alumno que se propone aprender un idioma, y que solo lo logrará si estudia a conciencia el libro de texto, practicando y ejercitándose lección a lección.

Al menos una de las recompensas de sumergirse a fondo en la obra teresiana, según Elisa Mújica, es aliviar el miedo a la muerte. De hecho, el interés de Teresa de Ávila en la muerte radica no solo en la certeza de su unión con Dios, sino en “su convencimiento consolador de que la muerte del cuerpo no separa a quienes se aman, que en el más allá vuelven a encontrarse y reconocerse” (“La aventura demorada”, p.70). Esta fue una de las cosas que ganó el corazón de la colombiana, quien en su búsqueda espiritual ansiaba un amor que la uniera con sus seres queridos para siempre. La dicha de esa confianza debe ser, ciertamente, muy grande.

Tal vez uno de los más bellos privilegios de Santa Teresa de Jesús haya sido haber amado ambas cosas, la muerte y también la vida. Reveladores son los numerosos detalles que transmite Elisa Mújica sobre la vida diaria de la mística y escritora española: el sentido del humor, incluso para burlarse de sí misma; el gusto por la comida, el gozo con la naturaleza o el profundo amor por sus amigos. A la luz de esto, cobra un valor especial la descripción de su partida:

La antigua enamorada de la muerte no manifestó externamente su alegría al hallarse frente a frente con esta... en el instante del encuentro guardó silencio. Es que el minuto de esta antesala no puede parecerse a ningún otro. El país que se ha suspirado largamente por abandonar debe destacarse de repente a los ojos con todo su valor tremendo. (“La aventura demorada”, p.122)

Al largo camino espiritual y literario de Teresa de Ávila, Elisa Mújica lo denominó “la aventura demorada”. Escribiendo con gran admiración y gratitud sobre el viaje de la santa española, la autora colombiana escribió, tanto de forma directa como entre líneas, el suyo propio, íntimamente tocado por el de ella. Habría de culminar en Bogotá en 2003, habiendo iniciado en Bucaramanga en 1918, hace ya un siglo. ■

Referencias

Mújica, E. (1965). *La aventura demorada*. Bogotá: Presencia.

Mújica, E. (1980). Un ensayo de Elisa Mújica: Santa Teresa. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, 17(1), p.81-125.

Mújica, E. (1981). *Introducción a Santa Teresa*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

Mújica, E. (1991). *Sor Francisca Josefa de Castillo*. Bogotá: Procultura.

Julia Escobar Villegas (Colombia)

Graduada en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Profesora de español y estudiante de doctorado en el Departamento de Literatura y Lenguas Romances de la Universidad de Cincinnati, en Estados Unidos.



ELLAS narran



N Sobras NUCLEARES

BEATRIZ VILLEGAS O.

En el hotel español en La Habana hay un barman que se esmera en su tarea y me prepara mojitos de colores, que va designando según las horas del día; el del amanecer es claro, con un amarillo tímido, el mojito del mediodía es rojo brillante y en el atardecer, los violetas y naranjas se mezclan en el vaso. Mientras trabaja, conversamos de su vida en la isla, de su trabajo y sobre todo de sus hijos. Pregunta con curiosidad; en su actitud hay algo que intenta palpar el mundo de afuera con mis palabras y yo quiero hurgar su mundo desde mis oídos. Me invita a visitar a su familia después de que yo enviara en un gesto de solidaridad unos chocolates para sus niños. En esto no hay nada de extraordinario, pero el hombre se conmueve y propone que vamos de paseo hasta su provincia. Aquel hombre, una mezcla racial española y caribe: ojos muy claros y piel morena, y buena contextura. Al principio de mi vacación lo vi detrás de su mostrador, permanecía callado, con una prudencia temerosa y de sumisión, su voz cálida, íntima, nada agresiva, buen lenguaje como corresponde a su formación profesional: ingeniero naval educado en Rusia, chelista de conservatorio y políglota.

Acordamos visitar su casa para conocer a los niños y a su mujer en la provincia de Granma hacia el oeste del país, no es sitio turístico, allí los ciudadanos viven entre el trabajo comunitario y la agricultura, sostenidos por madre Revolución y papá Fidel, pero no se habla con

rencor, solo con resignación, cada vecino es escudero de su milagro de sobrevivencia. Los sucesos inusitados obligan a la reseña de la presencia de personas ajenas a su entorno; se obliga a su divulgación y todos son informantes para preservación de su pequeño prodigio.

Por eso mi presencia es la curiosidad de los parroquianos y su escrutinio velado me hace sentir incómoda.

Dejamos la estación de autobuses sucia y pobre, y nos dirigimos a una zona de casas de madera que alguna vez gozaron de un color en sus paredes y los herrajes de las puertas y ventanas no tuvieron óxido. Se percibe el calor insoportable del verano que es cálido y lluvioso, aquí en el entorno tropical de las plantaciones alrededor de las casas veo plátanos y caña dispuestos en hilas refinadas, las palmas reales regadas por todas partes como mujeres embarazadas con su vientre abultado y su follaje en pequeños océanos verdes por doquier.

Me llama la atención un vallado de madera despulida rematada en alambradas en redondo, como una amonestación velada y arrogante que pasa desapercibida para sus vecinos habituales, pero a mí me parece que se esconde algo siniestro detrás de esa fortaleza burda e hiriente.

Pegunto qué hay detrás y el barman muy serio, evade con una respuesta

—Unos terrenos del gobierno —dice.

Continuamos bordeando la propiedad y alcanzo a ver una construcción con aspecto de sanatorio o quizás de manicomio o hasta de cárcel, me distraigo y observo a través del seto. Unas figuras asomadas a las ventanas que nos siguen con los movimientos de cabeza, avisto con insistencia; el hombre me hala de la mano y comienza a hacer bromas en tono nervioso que más tarde supe interpretar.

Conozco su casa: modestísima, el piso de baldosa antigua, limpia y casi honorable en su desgaste. Sus hijos bellos y refinados en sus modales, a pesar de la pobreza, se respira un aire de superioridad y decoro.

Los chicos me entretienen mientras tocan perfectamente el violín y la flauta, leen en sus partituras ajadas que colocan en el respaldo de una silla despulida y avejentada por el uso. Su mujer se comporta dulce, con un dejo costero y entusiasta en su voz, no da mínima señal de celos o de inquietud por mi presencia, recibe unos chocolates y algunas cosas de maquillaje con alegría pueril. Los chicos siguen tocando mientras la mujer destapa los regalos tan inusuales por aquellas veredas lejanas, las manos nerviosas y muy delgadas destapan un perfume; se mira coqueta en el espejo de los polvos faciales, alisa el paquete y vuelve a guardar los obsequios ultramarinos. Los niños se desconcentran hasta el punto de que yo interrumpo y les permito una licencia para atacar los comestibles que nunca habían probado hasta hoy.

A través de un resquicio del seto alcanzo a ver una familia en el corredor de la casa: madre pálida, padre gris y dos criaturas enjutas y verdosas con la piel de camaleón, sus pelos ralos, sus figuras de duende me dejaron pasmada.

Es hora de cenar y me apena tomar una porción de su comida tan exigua, pero insisten en que reciba y lo hago con la misma cordialidad con la que me ofrecen una sopa de lejano sabor a maíz, con unas tortas de harina y pequeños fríjoles negros; luego tomamos una bebida aromática que no conozco, pero me sabe a los jazmines que vi en el diminuto jardín de la entrada.

Al caer la tarde, voy a dar un paseo con los niños, quiero saber más de la casa grande de la vereda. Pregunto sin emoción:

¿Qué hay del cerco hacia allá?

—Es la casa de los rusos.

—¿Cómo así? —indago.

—Los que enviaron de Ucrania Chernóbil porque están enfermos, por algo que explotó y les dañó el cuerpo. Nunca pueden salir, miran por las ventanas y salen a tomar el sol solo en la tarde, papá dice que están podridos por dentro.

Noto turbación en el niño mayor que intenta callar a su hermano.

—Recuerda que papá prohíbe hablar de eso.

—No importa, la señora es solo una turista y olvidará rápido.

Pasamos por el borde y en la semipenumbra de la tarde se ven unas luces mortecinas que vienen del segundo piso que advierte la ruina. De la casa, sale un niño al portal, tiene unos diez años, camina lento hacia el jardín, se cubre con una bufanda en pleno trópico; al vernos, sale en un intento de carrera hacia adentro. Una mujer da un alarido histérico y lo hala con brusquedad.

Volvemos a la casa no sin antes prometer a los niños que no hablaría del asunto con sus padres, que al vernos ponen una cara de circunstancia y mandan a los niños a la cama. Quedamos los tres adultos en un silencio pesado, me despido para irme a dormir.

A esta hora ya no es posible devolvernos hasta la ciudad pues el camino es largo y la guagua solo circula en las horas de sol porque se dañaron las farolas y no se consigue el repuesto. Me quedo a dormir en su casa y los chicos se privan de su cama para que yo esté cómoda.

Hay un solo bombillo para las áreas comunes que llena de sombras la estancia pequeña que hace de cuarto, el colchón es de paja dura y la madera se balancea y amenaza ruina en la más mínima rotación de mi cuerpo. La cobija delgada huele a malva. La almohada en nudos recibe mi cabeza que también está hecha un nudo. Afuera los grillos trabajan en su melodía.

En la mañana, temprano, salgo sola y camino hacia el sanatorio; a través de un resquicio del seto alcanzo a ver una familia en el corredor de la casa: madre pálida, padre gris y dos criaturas enjutas y verdosas con la piel de camaleón, sus pelos ralos, sus figuras de duende me dejaron pasmada. Me congela la sangre escuchar que hablaban en un dialecto ininteligible, son un trasplante, un cuerpo extraño en el trópico, desarraigados de su familia, su mundo y sus costumbres vienen a morir a América con el sol del que hay que ocultarse porque no los besa sino que los muerde. No hay vínculos con los niños en su misma vereda que corren, tocan música y van a la escuela, Sus padres van a morir en corto plazo; escondidos de todo pero no a salvo de la enfermedad y la muerte por radiación.

Introduzco mi cabeza literalmente en la cerca e intento una sonrisa de conmisericordia que me sale como una mueca ridícula, muevo mi mano como un saludo y uno de los niños escupe el piso y lo pisotea con furia, sentí ese gesto para mí. Pasa un buen rato y veo a otras personas que se desplazan como fantasmas por el jardín y hacia las habitaciones oscuras. No parece haber lazos más que cada uno con los de su familia, no se hablan entre ellos. Es tan apocalíptico que me estremezco.

Siento un brazo fuerte en mi hombro. Un hombre delgado y moreno, desdentado, me invita a salir de allí sin preguntas, sin explicaciones, me veo al cabo de un rato sentada en la guagua de madera deshacer el camino a mi hotel de cinco estrellas.

El cielo de La Habana es un coctel rojizo que en la tarde esconde un misterio, oculta una pregunta y una pena me embriaga como un mojito vespertino de mi barman favorito. ■

BEATRIZ VILLEGAS O.
(COLOMBIA)



Médico. Sus cuentos han sido publicados en las revistas Agenda Cultural Universidad de Antioquia, ASMEDAS y ODRADEK, el cuento, y en los libros *Antología del cuento* por Mario Escobar Velásquez, *Historias de mi barrio* (Alcaldía de Medellín) y *Autores antioqueños* recopilado por el IDEA. Ganadora en la modalidad de cuento del concurso Palabras por la paz convocado por ASMEDAS Y ASDEAN, Antioquia.

Una ciudad

SANDRA ELENA CASTRILLÓN CASTRILLÓN

Montevideo era una ciudad que no conocía, en un país que nunca había visitado. Atravesar el Río de la Plata aquella mañana se le parecía a ese cuento de Clarice Lispector en el que una mujer un día sale de casa resuelta a dejarlo todo.

Cruzar el Río de la Plata en ese buque a todo vapor era ya como beberse un tango a la hora del café. En la ventana Buenos Aires se alejaba cada vez más, en una continua murmuración de espuma, mientras que Montevideo empezaba a insinuarse en un concreto aún muy lejano.

La embargaba la sensación de neutralidad en un territorio donde nadie podía señalarla con el dedo y reconocerla, donde, sobre todo, la mudez imperaba sin la prisa de las palabras.

El final del zumbido de los motores y los altoparlantes indicaron el final del viaje. En la puerta del buquebus, sosteniendo la maleta que ya iba llenándose de libros, avistó un país envuelto en neblina y llovizna a principios de noviembre, donde aún el verano se rezagaba a aquel vendaval.

—Un hotel cercano a la *Rambla*, por favor —le pidió al taxista— y luego se acomodó para aspirar esa novedad de edificios y calles con nombres ominosos donde el pavimento, el aire y el fragor de los árboles traían en realidad el mismo ritmo de la vida de cualquier paraje del mundo. Eran sus ojos los que enaltecían las señales del tránsito, los titulares de los periódicos en un puesto de la esquina, la majestuosidad de la *Puerta de la Citadella* en un extremo de la plaza. La ciudad antigua, sin duda, enlazaba conexiones antiquísimas en su

psiquis confusa, pero portar el estigma de expatriada, aunque fuera por elección, le daba a esos objetos y a esas formas la luz requerida para el ritual de la reinención.

Descendió del taxi, una pierna después de la otra, caminó por el recibidor del hotel, escuchó sus pisadas y la voz propia al registrarse como si fuera seguida de cámaras y micrófonos en una producción donde ella era el personaje estelar de ella misma, estupefacta y absorta en su próximo movimiento. Por toda esa emoción de preámbulo de no se sabía muy bien qué, excepto la exaltación de disponerse a conocer aquella ciudad, le costaba comer, le costaba el arribo del hambre tan fantástica y humana cuando han pasado horas sin probar bocado. Le costaba el sueño y así mismo el sosiego, el descanso. Por eso, en cuanto llegó a la habitación, se cruzó de inmediato el pequeño bolso de cuero con los documentos y el dinero suficiente y se echó a la calle antes de que la tarde diera comienzo a ese célebre atardecer desde la *Rambla*.

Caminando, frente al río, la hipnótica visión del agua ondulante le traía a Adriana Varela a colación. No recordaba todavía la canción, aunque la evocación sobre los labios, a punto de ser tarareada, se asemejaba a un rastro de azúcar emergiendo. Enceguecidos los ojos, por el despilfarro de oro, los párpados cerrados se rindieron al sol vigilante, ese sol que exhibía toda la luz de la que era capaz. Ese sol dio unos saltitos, como un nadador antes de hacer su mejor zambullida, para calentar su verdadero salto e iniciar el descenso. “Ya llovió suficiente”, pensó ella, y entonces recordó todo el resto de la canción.

Caminando y cantando se produjo el efecto que ella no había esperado.

No se percató de que cada paso suyo bordeaba Montevideo y que al otro lado Buenos Aires la esperaba una vez más, con Corrientes y un café. Caminaba y cantaba la canción: “no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió” y acurrucó el oído en el hombro, gratamente lastimada por el bandoneón. El agua restallando en la orilla, el frío asaltando los poros, alguna vez caminó de esta manera con ese hombre a la orilla del calor del mar. Una vez, ese hombre, en el atardecer, pudo mostrarle en los párrafos de un vallenato la queja del amor que se arrastra lánguida en el acordeón. Todo sucedió alguna vez, así que su nostalgia no tenía que ver con lo no sucedido, todo lo contrario, el viento despejaba el croquis de las huellas de un amor. Muy reciente y aún ardiendo en las junturas, muy cercano y prematuramente muerto, pero ineludible como la mariposa que se da el lujo de ser extraordinaria en el único día de su existencia.



Se trataba de lo que sucedió, de ahí que fuera imperioso el bandoneón y su persecución.

Los edificios perfilándose sobre el cielo extraordinariamente azul, a pesar del frío, de la ventisca y del oleaje vertiginoso, las fotografías persiguiéndose en torrente, unas detrás de otras, como esas instantáneas haciendo finalmente la imagen fílmica. A qué venían esas impresiones, a propósito de qué se rehacían, cómo se entrometían en ese paseo de la Rambla en plena capital de Uruguay. Era tan histórico para ella ese trasegar sin más, con las manos en los bolsillos en cuyo fondo podían tantearse unas monedas en pesos uruguayos, algunos pesos argentinos y el encendedor para cuando urgiera como nada en el mundo ese cigarrillo palpitante, obcecado, listo para hacer parte del ritual. Las frases que él había dicho en los últimos días, siempre hirientes y no obstante tan capaces de figurar como inocentes en aquellos labios que alguna vez amó. Cómo no vio por tanto tiempo a ese hombre metamorfoseado lentamente, pasando de ser un marido a un enemigo silencioso que siembra el destierro en aquellas habitaciones, que pervierte el sentimiento permitido de entregarse, esa suerte de inocencia al ir a ciegas a la penumbra señalada.

Tenía una pregunta en la punta de la lengua desde el principio del viaje: ¿A dónde se había dejado desde que todo eso empezó?

Estaba recordando la pregunta en el preciso instante en que las gaviotas pasaron raudas y atrevidas, algunas de ellas descansaron un momento sobre el concreto que formaba la rambla.

Quedarse allí, por horas y horas, escuchando algo, descifrando lo que tenía que decir ese Río de la Plata, esas aguas que parecían traer consigo el desciframiento del destino. ¿Cuál destino? ¿Cuál habría de construirse en adelante?

Mejor trazarse ese plan sobre un porvenir borroso a deleitarse con la sucesión de momentos que dieron giro a la historia.

No valía la pena pensar en ello, pero no era posible elegir el torrente de pensamientos gracias a esa luz del ocaso extrayendo toda su fuerza para agonizar. Para qué recordar al hombre que jugó sucio y se creyó una a una sus verdaderas mentiras. Probablemente

Quién está
preparado para
dejar de amar,
quién dice a partir
de ahora renuncio
al objeto que me
hacía universal,
quién puede tirar la
primera piedra a este
río azul plata.

hubo un punto donde él se extinguió a medias y no pudo reencontrar su mitad, su valentía, las palabras que vinieran en su ayuda cuando la flaqueza fue revelándose ante ella. Es posible que verse tan desnudo lo decidiera a emprender la huida.

Ella se pregunta —el cabello tercamente devuelto a los ojos, impidiendo sopesar el próximo paso, dificultando la visión de la estrella luminosa que ya tocaba con uno de sus reflejos aquellas aguas azul oscuro, aguas de río, donde los límites besaban respetuosamente la orilla extranjera— ella se pregunta: ¿qué es lo que tienen sus ojos, los ojos de ella, que le han revelado a él los puntos flacos de su estoico ego? También vuelve a preguntarse —paso tras paso, alguna vez aprendió de nuevo a caminar tras un accidente infantil— ¿y cómo fue a parar allí su deseo?

Está lejos de casa en esta tarde, cierto desamparo la llena de una dicha ambivalente. El camino recorrido le ha hecho elaborar su pregunta que ya existía a medias. Y juega con ella mientras camina, como un felino aguzado jugando con su esfera de lana, el ovillo presto a desenredarse, la punta deshilvanada del montón. Para su suerte, la punta de ese hilo también es tocada por la ferocidad del viento, magnífico y revelador. El sol sabiéndose en declive la enfrenta y le pide sus propias revelaciones.

Lleva en sus manos la punta del estambre, que no es más que ese discurso que se dicta y se explica, la historia arrebuñándose insistente, pidiendo explicaciones ante un fin que es ilógico. Quién está preparado para dejar de amar, quién dice a partir de ahora renuncio al objeto que me hacía universal, quién puede tirar la primera piedra a este río azul plata y gritar que la renuncia no daña, no destroza, no hace rodar por una cúspide hasta deshacerse.

Y a pesar de ello, quién no sabe que luego del abismo aparecen unas alas de seda, que no obstante tienen la contundencia del hierro. Unas alas que ahora se abren —saca las manos de los bolsillos, la introspección empieza a cansar— y le permiten al viento descubrirla a su antojo, sacudir los rastros de ceniza que ensuciaban las alas nuevas, soplar esas briznas de dolor que ocultaban las vértebras que precisan de este alimento de río, de este aire de libertad. No es posible divisar a Buenos Aires desde aquí, pero sabe con certeza que yace del otro lado. Ya lo sabe: sus movimientos deciden lo que advendrá.

Ya puede avistar la playa, las gentes apostadas en la arena aguardando la puesta del sol. Conoce esta fotografía que ahora ella misma elabora a medida que sus pasos van armando la filigrana del acto. El crepúsculo le ayuda a recordar el cuento de Clarice Lispector, va apareciendo como la canción de Adriana Varela, como si el declive de la luz ofreciera otras claridades más profundas. El personaje de ese cuento efectivamente sale de casa dispuesta a dejarlo todo, una resolución que esa mujer lleva

a cabo con todo su cuerpo: deambula por la ciudad hasta que llega la hora de embarcar. Allí, la dubitación la hace presa de la angustia, así que la mujer de ese cuento se devuelve a casa, incapaz de tomar el tranvía, o el tren o el barco, no lo recuerda con exactitud. Regresa a casa con la cabeza gacha y se acuesta en completo silencio junto a ese hombre del que huyó en la mañana.

Para ella, en cambio, es imposible devolverse. Las dubitaciones no son ahora el tema en cuestión. Por algo sus manos, fuera de los bolsillos, coinciden con el viento en armarse una historia nueva en la dermis, una nueva versión de sí misma en el lenguaje, recreando la antigua leyenda que fue.

Regresará a Buenos Aires, por unos libros que todavía no encuentra, dejará que la pesque el final del día en el Ateneo y luego buscará la cena en la Avenida de Mayo, mientras contempla a Borges, bocado a bocado, vino a vino, inmóvil para la memoria.

Luego tomará un avión que la lleve a casa. Será otra la que se marche a casa y será otra casa la que la reciba. Habrá de ingeniar todo con el lujo y la gracia que requiere la imaginación.

Construirá la casa que se parezca a la casa de sus sueños, esa donde exista la ventana y su mesa de trabajo mirando al poniente. Una casa donde los únicos fantasmas sean los que nazcan de su inventiva.

Así que nuevamente adviene la espectadora de sí misma, para presenciar su acto central, donde la neutralidad elegida fue hecha en pos de hacer un nido para empollar sus alas. Le gusta imaginar que desde esa playa en la que por fin se sienta puede divisar Buenos Aires, a kilómetros y kilómetros de río desde allí.

Olfatea la fuerza de ese momento que la alimenta y la resucita. ■

SANDRA ELENA CASTRILLÓN CASTRILLÓN (COLOMBIA)

Es escritora, psicóloga y profesora de la Universidad de Antioquia. Ocupó el primer puesto en la séptima versión del Concurso Nacional de Cuento Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia en 2005, con el libro de cuentos titulado *Odios*, publicado ese mismo año. *Odios* fue reeditado por la Editorial Universidad de Antioquia en 2007. En 2016, el Fondo Editorial Universidad Eafit publicó el libro de cuentos *Ellos*.

[Ir a Contenido >>](#)



ESTHER FLEISACHER

Don Elías me llamó. Su nieta Marta Lucía, estudiante de Literatura, le había hablado de una escritora en la ciudad que contaba historias de la guerra en Europa, de separaciones, de inmigrantes, de entierros... Y él quería que alguien contara su vida.

—No puedo ayudarlo, señor —le contesté—, no escribo por encargo. No sé hacerlo...

—Niña —me sentí un poco ridícula, pues voy por los cuarenta—, no sea descortés, hágame el favor de escucharme. La espero el domingo a las tres en mi casa.

Llegué puntual al barrio Laureles. Era una casa unifamiliar de fachada amplia; en el centro, la puerta de madera tallada; a la derecha se destacaba un gran ventanal que llegaba casi hasta el piso del antejardín; y en el ala izquierda, encima de una puerta de garaje doble, un balcón inundado de plantas que se derramaban sobre la baranda. Era una de las pocas casas que no había sucumbido aún a la arremetida de los edificios. Don Elías en persona abrió la puerta. Era un

* * *

señor mayor, de piel trigueña, alto y robusto, vestía traje informal; su rostro, iluminado por el azul celeste de su chaleco, se desbordó en una sonrisa cuando me vio. Entre amable y autoritario me invitó a pasar. En el vestíbulo, sobre una consola antigua con su respectivo espejo ovalado, llamaba la atención una réplica de María Auxiliadora tallada en madera con vistosos adornos dorados en su capa. Atravesamos un corredor que cruzaba entre la sala y el comedor, suntuosos, por decir lo menos, con cortinas cerradas y luces apagadas, se advertía allí una penumbra intocada. El corredor se abría a otra sala frente al jardín y la luz entraba espléndida. Allí estaban su mujer, doña Adela, y su nieta, Marta Lucía. Hicimos las presentaciones de rigor, don Elías agradeció mi puntualidad y precisó:

—No sé si la parca me visitará en unos días, meses o años; por eso, voy a depositar mis recuerdos en su memoria, como si los pusiera en una caja de seguridad.

Pasé la tarde entera con ellos y no me aburrí ni un momento. Él sacaba y sacaba vivencias como si su voz estuviera acoplada con sus recuerdos, y yo ávida trataba de guardarlas con fidelidad, así no supiera si podría hacer algo con ellas. Me inquietaba no saber si estaría a la altura de las expectativas, pero no podía prometer nada. No controlo la sinrazón ni el tejido de los relatos que escribo.

Las atenciones fueron continuas y deliciosas: sándwich de queso fundido; galletas de mantequilla con dátiles y albaricoque; almendras, nueces, pistachos y arándanos; y chocolates de distintos sabores. De tomar: jugo de guanábana, café y aromáticas. Doña Adela, sin interrumpir a su marido, nos consentía. La simpatía de don Elías, la serenidad de doña Adela y el cariño paciente de Marta Lucía por sus abuelos hicieron de esa tarde un recuerdo inspirador.

Al final la situación se tornó embarazosa, don Elías quería pagarme el tiempo que estuve allí.

—Usted habló de un regalo y yo me llevo sus recuerdos, eso no tiene precio. Ahora debo esperar que las palabras salgan de adentro y eso toma su tiempo.

He narrado situaciones relacionadas con la Segunda Guerra Mundial, de la que aún hay sobrevivientes; pero los recuerdos de don Elías empiezan en la Primera Guerra, hace poco más de un siglo; eso ya me creaba interrogantes, ¿realmente me concernía?, ¿era mi tema?, ¿sería capaz? No sé casi nada de esta guerra y menos de la participación de Turquía en ella, conozco algo de la expulsión y exterminio de los armenios por *El libro de los susurros*. Nombro a los armenios por complicidad, porque cualquier tipo de exclusión y genocidio nos concierne a todos.

No volví a saber nada de la familia Aruj. Los recuerdos depositados por don Elías entraron en una especie de limbo del que rara vez salían para hacerse presentes en mis pensamientos. Hasta que la lotería conectó la historia.

* * *

Mi abuela compraba lotería cada semana. Incluso, así ella no estuviera, el lotero se la dejaba; y ella, a su regreso, me mandaba con urgencia al parque de las Palmeras a pagarle a don Efraín. Traía mala suerte deber el billete en el momento del sorteo.

—¿Abuela, irías a Rumania si te ganaras la lotería?

—¿Y qué haría yo en Rumania? Allí son Rojos y los Rojos no quieren a los judíos. Seguramente no me dejarían ni subirme al avión.

—¿Rojos? —y los ojos se me pusieron chiquiticos, como sucedía cada vez que quería saber algo.

—Así les dicen a los comunistas, su bandera es roja. Además, allá no quedó nadie de la familia, quienes no fueron entregados a los nazis fue porque lograron escapar. ¿Te imaginas nosotros con primos Rojos?

—¿Entonces, para qué quieres ganarte la lotería?

—Para vivir de la renta y no tener que vender colchones.

—Pero cantas mientras los haces...

—Me gusta hacerlos, no venderlos. Desde la muerte del abuelo la gente se volvió mala paga.

La abuela nunca se ganó la lotería.

Mi papá también compraba lotería a escondidas de mi mamá, pues ella decía que era la manera más tonta de botar el dinero. Yo sabía que mi papá nunca se iba a ganar la lotería, a cada rato quedaba debiendo el billete.

Los hermanos mayores, de diez y once años, intentaron desesperadamente que no los apartaran de su hermanito de dos, pero en tiempos de guerra nadie podía hacerse cargo de tres bocas más.

Tanto la abuela como mi papá aseguraban que había gente que se había ganado la lotería y la vida les había cambiado; sin embargo, yo estaba de parte de mamá. Han pasado muchos años y estoy del lado de los que no tentamos la suerte con el azar: no compro lotería ni chance, tampoco voy a casinos.

Don Elías se ganó la lotería en 1968. En ese año yo ya había nacido; tal vez si lo hubiera conocido en mi niñez sería ahora una clienta entusiasta de un lotero que me contaría historias de felices ganadores. Como lo hacía don Efraín, el lotero de la abuela.

* * *

Don Elías Aruj se ganó el premio mayor de la lotería. Estaba seguro de que era un regalo enviado por su madre, para cumplir ese anhelo que llevaba en su corazón hacía más de cincuenta años: viajar a Estambul, restablecer el lazo fraternal que en él era un reclamo incesante, volver a estar juntos los tres hermanos, los huérfanos.

Durante la Primera Guerra Mundial el padre murió en combate y la madre seis meses después fue enterrada en Estambul a causa de la debilidad y la tristeza, o tal vez del desamparo. Los hermanos mayores, de diez y once años, intentaron desesperadamente que no los apartaran de su hermanito de dos, pero en tiempos de guerra nadie podía hacerse cargo de tres bocas más. Jacob, el menor, fue acogido por una familia que ya tenía dos hijos. A Elías y a Samuel los mandaron a Cuba, donde un tío, hermano del padre muerto, quien se enteró de lo sucedido a través de una carta de la Embajada en la que se le informaba que los niños llegarían el 28 de mayo; es decir, ya estaban atravesando el océano.

Llegaron a trabajar, hablar ladino les permitió una transición fácil y rápida. Ayudaban en las ventas puerta a puerta, modalidad que el tío iba imponiendo en el incipiente comercio de la Habana,

sustentado en el florecimiento azucarero del país. Los niños, que por los empujones de los acontecimientos ya eran unos muchachos despiertos, se acoplaron a su destino y pusieron todo el empeño en aprender las artes y artimañas del negocio; comprendieron pronto que en algún momento tendrían que independizarse, pues los hijos pequeños del tío crecían, daban codazos y reclamaban sus lugares en el negocio. En 1933, con el golpe de Estado que subió al poder a Fulgencio Batista, el tío tuvo miedo de la sombra de la tiranía y decidió emigrar con su familia, sobrinos incluidos, y radicarse en Bogotá, Colombia.

Ya mayores, los hermanos vieron en ese movimiento la oportunidad de hacer rancho aparte. Con los ahorros decidieron probar su propia suerte en Antioquia, no querían ser competencia para el tío, a quien tenían en alta estima, pues los había acogido y les había enseñado a trabajar, aunque con cierta impaciencia y rudeza. Siempre hizo una clara diferencia con sus propios hijos, con quienes utilizaba métodos colmados de paciencia y cariño.

Más rápido de lo que se imaginaron, la venta de telas y misceláneas les daba para vivir y ahorrar. Hablaban de traer a Jacob a vivir y a trabajar con ellos, pero la vida no daba tregua: ya tenían sus propias familias a las que había que sacar adelante. Posponían cualquier iniciativa, nunca tenían la liquidez necesaria para un movimiento como ese.

La comunicación con el hermano era esporádica y de saludos sin trascendencia. No lograban imaginarse la vida de Jacob durante esos años. Para Elías era una deuda consigo mismo, sentía la manito del hermano en la suya durante el entierro de la madre como una llamada permanente. Soñaba con ir a Estambul a proponerle una buena vida en Colombia.

Fueron muchos años de trabajo duro hasta alcanzar la situación boyante que disfrutaba con su familia. Y cuando él se refería a su familia no eran solo su mujer y sus cuatro hijos, sino también la numerosa parentela de su hermano, pues había tenido once vástagos. Don Elías era el gran padre, velaba por el bienestar de hijos y sobrinos. Y aunque a todos les iba bien, él no abandonó la costumbre de comprar lotería los martes; costumbre adquirida en Cuba gracias a un vecino. Compadecido de las penurias y soledad de los dos hermanos, les aconsejó que lo hicieran porque era necesario tener una esperanza; un

pasamanos que los llevaba de jueves a jueves, el día del sorteo.

La esperanza se cumplió, cuando los hermanos estaban bendecidos por la abundancia y rodeados de seres queridos. Pensaron que don Elías invertiría el dinero en sus negocios, eran su interés permanente; creyeron que abriría, por fin, el almacén de electrodomésticos que planeaba desde hacía años. Los sorprendió con su decisión: viajaría a Estambul con su hermano Samuel a visitar a Jacob. Había llegado la hora de reunirse; era el deseo de su madre, insistía.

* * *

Jacob, adoptado legalmente a los dos años, se apellidaba Saban y siempre sintió que su familia verdadera era la que tenía en Estambul; y sus hermanos, los que habían crecido con él. Se consideraba turco y era practicante de un judaísmo ortodoxo, llevaba una vida por completo ajena a la de estos hermanos remotos, quienes embebidos en el trabajo, no dieron prelación a las creencias de sus padres, pues ese Dios los había dejado demasiado pronto a la deriva; si bien asumieron la vida con su propio pulso, fue una dura marca que rebasaba la idea de la devoción. Este fue otro de los motivos que los distanció del tío, les reprochaba su desapego de Dios y de la tradición. Se casaron con mujeres no judías y fueron ellas quienes dictaron las costumbres en el hogar; los hijos fueron bautizados y educados en la fe católica. Elías y Samuel no practicaban ninguna religión, no asistían a la sinagoga ni a la iglesia. Su vocación más sagrada era velar por la estabilidad y el bienestar de la familia.

Jacob se mostraba extrañado con esta visita. ¿Hermanos vestidos como gentiles y ajenos a las exigencias de una religión que consideraba imprescindible? Sobre pasaba su entendimiento que llegaran de la nada a proponerle dejarlo todo y hacer un viaje a lo desconocido, a una forma de vida que reprobaba. No albergaba ningún sentimiento de unión o nostalgia por esos intrusos, fue insensible a sus historias y argumentos de la rudeza y soledad de la vida en Cuba y de la incertidumbre recién llegados a Colombia. Se negó incluso a ver las fotos de esposas, hijos y nietos; no podía concebir la idea de tener parentela no judía. Tampoco quiso presentar estos infieles a su propia familia, a quienes no podía ver como sus hermanos. Los consideraba una vergüenza.

Ya desde el intercambio de cartas los hermanos Aruj habían presentado orillas diferentes; no podían creer que el hermanito, al

que siempre imaginaron abandonado, fuera ese personaje cerrado e implacable. El desconcierto fue enorme cuando sintieron el caparazón religioso que Jacob interponía, les costaba creer que fuera más importante la fe que la sangre. Sin embargo, los tranquilizaba saber que tenía familia y una destacada situación social y económica. De alguna manera apaciguaba la conciencia, había sido una inquietud constante pensar que pasaba necesidades y ellos de manos cruzadas.

Poco a poco la aflicción que habían cargado toda la vida empezó a desvanecerse. Como si ganarse la lotería no tuviera que ver con volverse millonarios y, mucho menos, con recuperar al hermano, sino con perder el sentimiento de traición por haberlo abandonado en Turquía. El llanto y los gritos de Jacob cuando fue entregado a la familia que le convenía, porque lo iba a cuidar y a querer, dejaron de taladrar la memoria. Comprendieron que esa ramita que se quebraba una y otra vez en sus cabezas, se había caído hace años.

Elías y Samuel se miraban con sorna, parecía un mal chiste del destino, pero, al fin y al cabo, un chiste liberador. Y ya en Turquía, se dedicaron a los negocios. Llevarían mercancía novedosa para ampliar la oferta en sus almacenes. ■

ESTHER FLEISACHER (COLOMBIA)



Nació en Palmira. Desde 1965 vive en Medellín. Su obra incluye cuento, novela corta y poesía. Libros publicados: *Donde se estrellan los pájaros*, *In einer Kirche hast du nichts verloren*, *Gestos hurtados*, *Canciones en la mente*, *La risa del sol*, *La flor desfigurada* y *Las tres pasas*.

B R O M E L I A

EMMA LUCÍA ARDILA

Compró la planta que le recomendaron para adornar la mesita de luz de la biblioteca. Para ella era importante; allí transcurría la mayor parte del tiempo.

—Una bromelia es lo adecuado, no exige mucha atención y es perfecta para interiores le —dijeron.

Le pareció hermosa; las hojas del centro semejaban una flor y era verde y roja a un tiempo. La puso en el sitio previsto y recorrió con la mirada los anaqueles. La armonía del conjunto la satisfizo.

Vivía sola, sola y complacida con su soledad. Cuando necesitaba pensar, cuando el cansancio le impedía seguir trabajando, se levantaba de la silla, estiraba las piernas y contemplaba la planta, atraída por sus colores que pasaban del verde al rojo de forma casi imperceptible y por los minúsculos dientecillos que bordeaban las hojas.

Y en las mañanas, cuando abría las puertas de madera que daban paso a su estudio, un efluvio suave la envolvía. Ignoraba que las bromelias tuvieran algún perfume, pero se felicitó por aquel excedente a su satisfacción y esmeró los cuidados con la planta. Incluso, contra su costumbre, empezó a subir la cortina durante un rato en las mañanas, para que el vegetal recibiera un poco de luz y conservara su tinte granate. Siempre llenaba el cono rojo del centro de la flor con el agua suficiente para varios días. La planta, al parecer, lo agradecía, porque su aspecto era cada vez más fuerte y las hojas brillaban con los rayos de sol que la iluminaban durante las primeras horas.

Los brotes nuevos, que al cabo de varios meses de cuidados continuos aparecieron, la llenaron de entusiasmo; sacó del cajón una lupa que usaba para observar a los insectos y descubrió que las hojas más jóvenes mostraban en su nervadura un tejido de filigrana

asombroso. Acercó el rostro para detallarlas, eran de un color verde más claro, casi transparente. No satisfecha todavía con esta observación, se inclinó aún más para observar el envés de las hojas: estaban recorridas a todo lo largo por diminutas pelusas: —No sabía que a la bromelia le salieran pelitos —pensó sorprendida—.

Quería tocar aquellas minúsculas espinas de las hojas nuevas. Sin embargo, esta intromisión le costó un pinchazo, aunque mínimo. La púa era tan pequeña que no podía verse a simple vista, pero la sentía. Y ni con la lupa logró sacársela. Continuó rascándose distraídamente mientras leía, tratando de sacársela. Y en la noche, nuevamente con la lente y ayudada por unas pinzas de depilar, siguió infructuosa con el intento.

En la mañana la despertó un latido insistente en la mano; la tenía irreconocible: hinchada, enrojecida y caliente. El dolor era continuo. Recordó una de esas historias que la asustaban de niña: cualquier espina que se enterrara en el cuerpo podía viajar por la sangre y luego se instalaba en el corazón. Sintió miedo. Es irracional, se dijo, riendo de sí misma. Hurgó nuevamente por toda la superficie del dedo, con cuidado, detallando cada parte de su piel, en busca de la espina y esta vez tuvo la convicción de haberla extraído; se tomó una aspirina, se lavó a conciencia y se aplicó desinfectante. Al bajar al estudio, abrió como de costumbre la ventana y se sorprendió al ver el tamaño que iban adquiriendo las hojas nuevas; sin embargo, notó que la planta necesitaba agua; —apenas ayer la regué y lo normal es que baste con dos veces a la semana —pensó extrañada.

Le habían asegurado que los cuidados requeridos por la planta eran mínimos, pero, a medida que crecía, esta se iba volviendo más y más demandante.

Empezó a sentir ominosa su presencia,



ahora interfería con su trabajo; el latido insistente en su mano no la dejaba concentrar. Decidió devolverla al día siguiente al vivero y reclamarle al muchacho que se la había vendido, sin duda se trataba de algún vegetal semejante, no de una bromelia. Pero, como no podía evitar un sentimiento de responsabilidad, fue en busca de la jarrita con agua para alimentarla.

Con las horas el dolor de la mano había aumentado. Abrió el grifo del agua. Temblaba,

—Debo de tener fiebre —pensó. Porque además sintió un leve vahído—. —Me estoy volviendo hipocondríaca, lo que me faltaba.

Regresó a la biblioteca y se acercó a la planta para regarla. Al inclinar la jarrita con el agua, se le soltó de la mano. Instintivamente trató de asirla para evitar el reguero y se pinchó nuevamente, esta vez en varias partes. Entonces, enfurecida, agarró la matera con violencia para arrojarla al patio, pero al salir de la biblioteca se tropezó con el quicio de la puerta y la planta salió despedida del matero. La tierra se desparramó por el piso.

Las raíces, de un rojo tan intenso como las hojas del centro, quedaron expuestas; de ahí asíó a la planta y la arrojó al patio de atrás, a la parte más enmalezada, con la esperanza de no volver a verla. Torpemente, toda temblorosa, recogió como pudo el destrozo. La hinchazón de su mano le impedía el movimiento.

Fue a lavarse y vio en el espejo un rostro tan congestionado que no parecía el suyo. Tomó un antialérgico del botiquín. La dificultad para respirar seguía. Sin fuerzas para nada, dejó la puerta del estudio abierta y se acostó en el sofá tratando de robarle al aire todo el que le faltaba en su pecho. Mientras tanto, en el patio, la planta mostraba su raíz como una mano roja, abierta al sol. ■



EMMA LUCÍA ARDILA
(COLOMBIA)

Magister en filosofía,
escritora y docente.
Publicaciones:
novelas, *Sed y Los
días ajenos*; libro de
cuentos, *Nos queremos
así*; cuentos infantiles, *La
cazadora casada*, *El
gran temblor*, *Luisa
Juegalabras*, *Arañas
en el pelo*; poesía
infantil, *Raserito*, *rastrerito
en el suelo hay un bichito*.

Ir a Contenido >>

Fábrica de galletas y confites



ANA MARÍA CADAVID

Busco un álbum con dibujos del colegio, es de cuando tenía cuatro años. Lo quiero ver porque recuerdo que pinté una cruz negra; dos líneas en crayola, con una serpiente abajo. Lo hice para ilustrar una historia que las monjas nos contaron de una misionera en el Amazonas. En ese momento, yo quise ser misionera. Después, cuando vi *Hechizada*, quise tener poderes mágicos y más adelante, al ver al Capitán Costeau, quise ser buceadora. Abro los cajones. Busco y busco, pero no encuentro el álbum y cuando estoy a punto de renunciar abro una caja y descubro mi vieja colección de estampillas. Y en ella, un sobre de manila con una inscripción: “Accidente aéreo”. Lo abro. Adentro hay un sobre de carta. Lo miro. El papel, que alguna vez fue blanco, es café claro. Leo un sello en tinta azul marino: “Demorada la entrega por haberse transportado con el avión von Krohn...”. hasta ahí puedo leer porque lo que sigue está desleído y solo se alcanza a descifrar un mil novecientos treinta y... otro borrón. Ese sobre me lo había regalado Nena, la tía soltera de mi mamá, junto a una pequeña colección de estampillas. Me dijo que había sido rescatado de un accidente aéreo. Yo, muy emocionada, recibí todo para ser filatelista por un día.

Leo quién era el destinatario de esa carta: Fábrica de galletas y confites Noel. Y arriba veo que está membretado el remitente: Compañía Nacional de Chocolates. Agencia de Popayán. Nada íntimo.

Pero, tía, ¿de qué murió? De vértigo azul. Eso parece un tango, ¿cierto? Apenas tenía veintiséis años.

Recuerdo que Gardel cayó en el año 35, el mismo año en que murió mi abuela Leonor. El corazón se me acelera. Mi mamá tenía siete meses. Corro a llamarla y le pregunto la fecha exacta de la muerte de su

mamá, pero no sabe. Me cuenta que ella heredó el nombre, porque antes se llamaba María Ángela, pero tras la muerte de su mamá la llamaron Leonor. Me sugiere que le pregunte a su hermana mayor, la que vive en Santa Marta. Me dice: “Lía es como tú, le fascinan esas historias”.

Llamo y al principio me habla con la voz pausada y temblorosa, pero cuando le pregunto por su mamá aviva el tono diciendo que se acuerda perfectamente. Que ella tenía seis años y un día antes las llevaron a la casa de la abuela Berta, a las cinco niñas juntas, porque a su mamá la tenían que operar. Que al otro día las tres mayores se asomaron a la ventana y vieron una fila de gente vestida de negro caminando hacia la catedral. Entre esas personas estaban los abuelos, las tías y el papá y entonces preguntaron y les dijeron que era una huelga. Pero al seguir preguntando por ese cajón que llevaban cargado las regañaron para, en seguida, acostarlas a hacer una siesta. Más tarde, cuando despertaron, Blanca Margarita, la del medio, le dijo a Mamaberta que había tenido un sueño muy bonito: “Mi mamá se despedía y me daba la bendición”. Y entonces Mamaberta se puso a llorar y le dijo: “Mija, su mamá se murió”.

¡Qué tristeza!

Pero, tía, ¿de qué murió? De vértigo azul. Eso parece un tango, ¿cierto? Apenas tenía veintiséis años. ¿Y cinco niñas? Se casó de diecinueve. ¿Cuántos años tenía Tatín en el momento de la muerte de ella? Veintiocho. ¡Un viudo muy joven! Claro, y nos descargó donde Mamaberta para volver a ser un soltero, sin mujer y sin hijas. Sin zapatos que lo apretaran. ¿Te acuerdas de la fecha exacta en que ella murió? No, mija, en este momento se me escapa ese dato. Me emocionan tanto estas historias que los números se me enredan. Es que a veces me aburro aquí, tan lejos de mis hermanas. ¿Y tus hijos te visitan? Claro que sí, Jorge vive aquí en este edificio. Espérate me voy acordando. Hagamos cuentas, Lía; mi mamá es del final de octubre y si tenía siete meses es porque murió en junio del 35 y Gardel. No, no creo que haya muerto en esa fecha, si fuera así, ya me habría acordado. Espera, tía, busco en internet la muerte de Gardel. Sí, fue un 24 de junio, hay una filmación. Están las últimas sonrisas en el aeropuerto de Bogotá rodeado de capitalinos abrazándolo. Dicen que Medellín fue una escala para abastecerse de combustible antes de llegar a Cali. Raro ese desvío. El avión, si vieras ese avión, estaba hecho en una lata que parece cartón corrugado, como un juguete sale carreteando por una pista de tierra y ¡pum!, el choque. Una humareda

y todos los admiradores salen corriendo. Totalmente documentado. Es que era una celebridad muy importante. Aquí estoy leyendo que el avión es el F-31 y espérate indago las causas del accidente. Oye esta perla: “Según algunos testigos la nave estaba ligeramente sobrecargada y con el centro de gravedad atrasado por la ubicación de dos valijas muy grandes pertenecientes a Gardel y cintas de una película en la parte trasera del compartimiento de pasajeros”. Y además dice que reconocen el cadáver por un puñal de oro que siempre llevaba con él. También está la película del funeral. ¿Dónde? Pues allá, donde a los entierros les dicen funerales, en Buenos Aires, Argentina. Qué charrura. Quién sabe cuánto se demoraron en llevar ese cadáver hasta su tierra. Imagínate que, como una canasta llena de flores, con una grúa, bajan el ataúd de la cubierta del barco y la gente, enloquecida, se agolpa y lo llevan cargado hasta una carroza tirada por ocho caballos. ¡Ocho caballos! Y dicen que Buenos Aires lo llora persiguiendo su féretro por las calles, lanzándole flores. Y más flores. Todo en blanco y negro. Espérate yo busco las palabras “von Krohn” en internet.

Y mi mamá se murió de veintiséis añitos. Mija, ¿me estás oyendo? Sí, sí, muy joven. Nosotras cinco, tan chiquitas, sin mamá y de arrimadas donde la abuela. Y un vértigo azul nos la arrebató. ¿Me estás oyendo? Sí, Lía, Medellín era un pueblo, ¿cierto? Hay un tango que se llama “Cardo azul”. ¿Y “Cuartito azul”? Me imagino que en esa época los accidentes aéreos eran muy comunes. Vértigo azul. De qué habrá muerto realmente. Cuando crecimos nos dijeron que fue la anestesia por una apendicitis. ¿Éter? Cloroformo. ¿Un paro cardiorrespiratorio? No sé, siempre nos dijeron que se había muerto de vértigo azul y a nosotras nos sonaba muy bonito. La inocencia. Y nos pusieron cintas negras. ¿En la cabeza? No, en el brazo, como las cintas de la primera comunión. Pero negras. Tan chiquitas y enlutadas. ¿Cómo era ella? Bonita, muy bonita. ¿Has visto las fotos? Sí, en la familia son famosas, en todas las casas hay copias. Es como esas divas que mueren en su esplendor y se convierten en un mito. Yo tengo esa foto en que ella apoya el mentón en el dorso de la mano mirando a la cámara. Es divina. Y de ella solo nos quedaron fotos. Muy triste. ¿Le gustaba el tango? No sé, pero recuerdo que antes de que se la llevaran para la operación dejó señalado en la pared el sitio donde quería que le pusieran un teléfono. ¡Pero qué modernidad! ¿Te imaginas la ilusión de ella? Un teléfono que nunca pudo contestar. Una llamada que nunca pudo hacer. Desde que ella se murió no volvimos a la casa de nosotras, pero a veces pienso que mi papá le habría dado una mala vida, que estaba mejor en el cielo... Éramos cinco huerfanitas y Mamaberta y las tías, Nena y Tita, que se encargaron de nosotras.

Y ese sobre. ¿Cuál sobre? ¿De qué me estás hablando? Mira, cuando yo era chiquita, Nena me dio la colección de estampillas y también un sobre

rescatado de un accidente aéreo, eso me dijo. ¿Sí? Qué emoción, cuéntame. Ese sobre, al parecer, iba... ¿En el avión de Gardel? ¿Por qué lo tenía Nena? Me imagino que por ser filatelista guardaba todas esas cosas. ¿Solo es un sobre o hay una carta? Dime. No, nada, está vacío. ¿Chamuscado? Viejo. ¿Qué dice? “Demorada la entrega por haberse transportado con el avión... F-31”, después un borrón y un mil novecientos treinta... y otro borrón. ¿Hay destinatario? ¿Remitente? ¿Se puede leer? Sí, tía, la carta era para... el señor Carlos Gardel. ¿Y quién remite? ...Tu mamá, Leonor Gómez.

¡Una carta de mi mamá! Ay, Dios, me dejas con la boca abierta. Me voy a caer de la silla. Eso está muy raro. ¿Y no está quemado? Un poquito ahumado. ¡Increíble! Sí, Lía, es como en la caída de las Torres Gemelas, en medio de esa nube espesa de cemento se veían las hojas de papel caer despacio, intactas. Eso es mágico, ¿cierto? El papel tiene esa virtud, es delicado y a la vez resiste los impactos en que otras cosas se desintegran. Sí. Cae un avión y cuando van a ver los cadáveres, los reconocen por los documentos. O por los dientes. O por el puñal de oro. ¡Qué extravagancia! ¡Para qué alguien carga un puñal de oro! Por lo mismo que Diomedes tenía un diamante en un diente; pues para que los reconozcan. Y esa carta rodando por ahí. Viajando con Gardel. Me dejas pensando con esta llamada, me voy a quedar rumiando eso toda la tarde. No voy a poder dormir esta noche. Una carta de mi mamá para Gardel, ¡por Dios! Me encanta oírte así de contenta. ¡Y ya me acordé! Mi mamá murió un 18 de junio, el mismo día del cumpleaños de Mamaberta. Una semana antes que Gardel. Qué lástima, hubiera sido muy bonito si se hubiera muerto el mismo día. Sí. Más importante. Sí. Más relevante. Pero qué importa, esa carta iba con él. ¿Iría en la maleta? ¿La habrá leído? ¿La llevaría en un bolsillo del saco? ¿En el pantalón? ¿Con el puñal?

Después de colgar el teléfono, leo en la pantalla: “El hidroavión Sikorsky S-38 de la scadta con matrícula C-46 y bautizado con el nombre de Von Krohn se accidentó el 10 de marzo de 1934, mientras realizaba la ruta: Buenaventura - Andagoya - Quibdó - Cartago - Medellín”. ■

ANA MARÍA CADAVID M.
(COLOMBIA)

Sus libros publicados son: *Arma de casa* (Silaba). *Anaea* (Silaba). *Bitácora de Luna* (Panamericana) y *Lenguas de fuego* (Eafit). En 2006 ganó el concurso Las 700 del ego de la revista *El malpensante*, y en 2017 fue finalista del concurso La cueva. Ha sido también publicada en diversas antologías y revistas.



Nimay, EL HINDÚ

EMPERATRIZ MUÑOZ PÉREZ

El barco parecía esperarlo aún en el puerto, allá en la lejanía del tiempo, dijeron.

No hallo reposo!

Tengo sed del infinito.

Las puertas de la casa como siempre están abiertas. Son dos alas que se baten con el movimiento del viento hecho remolino al posarse sobre la colina del largo valle. Junto a la casa, ondea pesada, en el asta de un bambú viejo, la bandera blanca raída hoy por el tiempo. Nimay la puso allí hace sesenta años y desde eso no la cambia. En ella, un barco de trazos infantiles se mece al son del viento y sobre unas aguas azules, descoloridas.

Dicen que el viejo hindú ahora solo canta un poema, y los vecinos sienten pena por no escuchar más el sonido de la rueca y el telar.

Mi alma languideciente aspira a las misteriosas lejanías.

Gran Más Allá, ¡qué profunda es la llamada de tu flauta!

Recostado sobre la estera, su cuerpo delgado, acosado por las fiebres, tiembla y se estremece. La piel, color de aceituna, se torna cada vez más oscura; pero sus ojos... sus ojos son aún más grandes y la mirada más y más compasiva.

¿Cuánta pena alberga Nimay?

1. *El jardinero.* Rabindranath Tagore.

Los relatos cuentan que llegó a América en un barco de la mano de lady Alethia, en 1946, cuando la noche en Calcuta se tornó sangrienta. Fue entregado a ella, como ocurrió con otro centenar de niños indios, que huían de la guerra entre hindúes y musulmanes, cuando la liberación de la corona inglesa fue una realidad. Sin el arbitraje inglés, los indios no superaron sus diferencias religiosas, eso se dijo. Y los trenes atravesaron ciudades y pueblos desde Peshawar hasta Calcuta, desde Assam hasta Madrás arrojando miles de cuerpos en las estaciones.

—¿Dónde el cuerpo de mi madre?, ¿dónde el de mi padre?... ¿En qué lugar habitarán mis hermanos que el barco liberó en el puerto de múltiples caminos?

Olvido
siempre, siempre,
que no tengo alas
para volar, que estoy
eternamente
atado a la tierra.

Lady Alethia no tenía respuestas. Entonces callaba y preparaba las comidas indias para que Nimay extrañara menos. Poco a poco le enseñaba al niño (de 14 años) que, aunque ella no fuera brahmán, él podía comer lo que le preparaba sin temor de contaminarse. Cuidaba de que pudiera darse sus tres baños al día con el taparrabos puesto, tal y como lo mandaban las costumbres hindúes; que usara los aceites para humectar su cuerpo e hiciera las abluciones brahmánicas durante las mañanas y, para completar su rutina, que nunca le faltara la ramita de neem para asear su dentadura.

Olvido siempre, siempre, que no tengo alas para volar, que estoy eternamente atado a la tierra.

Mi alma es ardiente y huye el sueño; soy un extraño en un país extraño.

El espíritu de Nimay, dócil y propenso a la contemplación, se recreaba en largos paseos por el valle y no era extraño encontrarlo, después de buscarlo mucho, entretenido en el largo y penoso trabajo de una araña que tejía su tela, o custodiando el nido de alguna ave que, sin explicación, le confiaba esta tarea.

Con el paso de los días se supo, entre la gente del valle, que Nimay entendía el sonido del viento y el del agua; que predecía lluvias y cosechas; y aseguraban que tenía algún prodigio en sus manos porque eran capaces de dar el mejor asiento a las huertas, y hacer familiar y de buen manejo al animal más esquivo.

Tú murmuras a mi oído una esperanza imposible.

Mi corazón conoce tu voz como si fuera suya.

¿Cuánto van a extrañar las historias que les contaba Nimay?

El paisaje sagrado de Madanapalle (su hogar), esculpido por rocas de una antigüedad difícil de precisar y atravesado por pequeños valles, cuyas sombras prodigaban los tamarindos y los mohúres dorados; cuna y

reposito de hombres sagrados, se llenaba en los labios de Nimay de dioses protectores o pastores como Krishna que cuidaban de los hombres y los dotaban de poderes curativos y talentos para entender los ciclos de la vida. En la casa de la colina, hogar ahora de Nimay, tenía el cuarto de *puja* para adorar a esos dioses y entonar los mantras vedas, y así hacer puro aquel espacio en el que las fotos y láminas, los sahumeros e inciensos daban cuenta de sus espíritus protectores. Toda una curiosidad para los vecinos adventistas con los que convivía, pero para Nimay era su realidad. Una esencia que ni el esfuerzo amoroso de lady Alethia por integrarlo a la vida en América con sus costumbres y usos, logró diezmar. Nimay siempre vestía su dhoti blanco y sandalias de trenza ajustadas a sus pies, aunque prefería caminar descalzo. Cuando oraba lo hacía en télugu, su lengua natal, y aunque aprendió el inglés, solo lo usaba para comunicarse con lady Alethia, o con los vecinos que se acercaban a él en busca de sus talentos con las huertas, los animales y en especial por las telas que confeccionaba.

Gran Desconocido, ¡qué profunda es la llamada de tu flauta!

Olvido siempre, siempre, que ignoro el camino, que no poseo un caballo alado.

Dicen que a Nimay le gustaba estar con los niños, que a pesar de los años conservó su mente infantil propensa a los juegos y a las risas. Por eso, en las tardes de los sábados, los niños del valle se reunían con él a la sombra del pimentero para escuchar la historia de Brahman, principio de los hindúes, que siempre le hacían repetir:

—De la boca de Brahman nacieron los hombres sagrados de la India, los brahmanes; de sus bíceps los chatrias, hombres guerreros; de sus caderas los vacias, que son los comerciantes; los sudras, que nacieron de sus pies, artesanos; y los nacidos de la tierra, son los intocables o sin casta...

—¿De dónde nació usted, señor Nimay? —preguntaban los niños.

—De la boca de Brahman —decía y también sonreía.

Debajo del pimentero, los niños del valle disfrutaban imaginando qué encarnarían en otras vidas, en caso de que tuvieran un buen Karma, al que los alentaba Nimay enseñándoles la generosidad y las buenas acciones como único camino para alcanzar la plenitud. Además de contarles historias, Nimay les enseñaba a tejer guirnaldas de flores, las mismas que usaban para despedir alguna vida o celebrar un nacimiento en el valle. Donde estaba Nimay había flores y algunos decían que su aliento olía a Jazmín.

No puedo hallar descanso; soy un extraño para mi propio corazón.

En la soleada niebla de las horas lánguidas, ¡qué grandiosa visión de Ti aparece en el azul del cielo!

Dos semanas lleva Nimay sin probar alimento, eso dicen, solo mira y canta el poema. A veces se queja y un nombre es dicho como sus mantras vedas:

Shaila/Shaila/Shaila

—¿Madre, eres tú?

Cuando lady Alethia murió, Nimay siguió cuidando de la casa y aunque pudo regresar a la India, no lo hizo:

—Esta es la India —decía, y señalaba el valle, el pimentero, la tierra y el firmamento.

Y frente a las aguas de un riachuelo:

—Este es el Indo y el Ganges. Todas las aguas la misma agua, todos los vientos el mismo viento.

—Tal vez así no se siente forastero —dijeron.

Y como uno de ellos, la gente del valle asumió el cuidado de Nimay en los últimos días, y cumplieron su deseo de conservar encendido día y noche el candil. Pero había que dejarlo solo, alentar la llama del candil y marcharse, esa era la tarea.

Gran Arcano, ¡qué profunda es la llamada de tu flauta!

Olvídate siempre, siempre, que están cerradas todas las puertas de esta casa en la que vivo solo.

Ahora las puertas de la casa se cerraron. La bandera que ondeaba lenta se desprendió del bambú y se elevó con el viento, igualando en el vuelo a las gaviotas que cruzan el firmamento.

Nimay ha muerto.

Los niños corren por el valle anunciando la muerte del viejo hindú.

Para el sepelio se tejen las guirnaldas, se encienden los sahumeros, algunos cantan, mientras los más pequeños imaginan a Nimay montado en el barco pintado en la bandera, regresando en un viaje muy, muy largo a la boca de Brahman, su Creador. ■



EMPERATRIZ MUÑOZ PÉREZ (COLOMBIA)

Novelista y cuentista. Algunos de sus cuentos han sido publicados en revistas y antologías. En 2008 publicó el libro *A Dios le dio Alzheimer y otros cuentos*. Sus novelas publicadas son: en 2013, *La casa en el barrio*, novela de la Editorial Universidad de Antioquia; en 2015 *El Asunto*, de Ficción la Editorial; y en 2016 *Una sombra*.

Ir a Contenido >>

Estación Niquía

MARÍA TERESA RAMÍREZ URIBE

Hola Melba:

Por fin me decidí a escribirte... es que no soy capaz de darte la cara y tengo muchos remordimientos por haber salido de tu casa sin darte ninguna explicación. El caso es que no sé por dónde empezar...

Aquella noche llegué a tu casa muy tarde como otras noches y abrí la puerta con las llaves teniendo cuidado de no hacer mucho ruido. Me quité los zapatos, subí las escalas despacio y entré en la habitación. Esa habitación que ustedes acondicionaron para que me sintiera como en mi propia casa, pero sobre todo, ¡para salvar mi pellejo de las salvajadas de Libardo! Porque esa misma semana fue cuando me rompió la mejilla de un puño y la hinchazón fue tanta que me cogió hasta el ojo y no podía ver.

Entonces, cuando llegué a mi habitación, descargué la bolsa, entré al baño, abrí la llave del agua y esperé de rodillas un rato a que la bañera se llenara hasta la mitad. Ay, Melba, ¡no sé si vas a poder perdonarme! Hasta ese momento tú estabas convencida de que yo trabajaba en una cafetería en turnos de noche, pero de eso que te dije, la única verdad es que mi trabajo era de noche y por eso yo esperaba a que todos estuvieran dormidos para que no me descubrieran.

Ya llevaba algunos días en aquel trabajo, pero te cuento que no era fácil... Sobre todo, caminar por las calles con aquella bolsa pesada, subir las escaleras del metro en la estación Hospital y llevar mi envoltorio bien tapado y disimulado. A veces, me daba hasta miedo que se filtrara el olor y los otros pasajeros pudieran darse cuenta de lo que llevaba dentro del talego. Yo sentía como que estaba cometiendo un crimen, pero cuando por fin el metro

paraba en la Estación Niquía, cerca de tu casa, sentía un alivio tremendo porque nadie había descubierto lo que había en el interior. ¡Dios mío! ¡Pero la carga de aquel día sí estaba demasiado grande y pesada!

La semana antes de encontrar el trabajo había caminado de un lado para otro por el centro y ya casi había perdido las esperanzas... Yo estaba desesperada por conseguir un trabajo, así que cuando resultó ése, no lo pensé mucho... Sí, ya sé que todo habría sido más fácil si te hubiera contado desde el principio, pero me daba vergüenza y por eso tenía que disimular tanto y decir tantas mentiras.

Fue una tarde después de andar y andar sin rumbo fijo, cuando entré a una cafetería cerca del hospital San Vicente. Al lado estaba la entrada de la funeraria “El séptimo cielo” y me dio risa pensar en ese nombre tan extravagante, pero me quedé allí quieta, mirando entrar y salir la gente mientras me tomaba un café. En una hora pude contar que llegaron como con seis cadáveres y entonces también me dio tristeza porque veía a los familiares que entraban desconsolados llorando a sus seres queridos. Uno a veces piensa tonterías y entonces me imaginé a esos mismos muertos allá adentro mientras los lavaban y maquillaban para disimular lo que les había pasado y salían después en esos ataúdes lujosos y con vestidos nuevos... y... ¡zas! ¡Se me vino la idea como un chispazo!

Me levanté, pagué la cuenta y entré a la funeraria. Había una mujer detrás de un escritorio y le pregunté sin rodeos:

—Perdone, ¿usted me puede decir qué hacen aquí con la ropa que le quitan a los difuntos?

La mujer me respondió de mala gana:

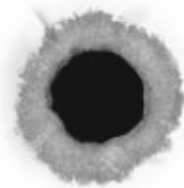
—Nosotros cada tarde recogemos la ropa del día en una bolsa y le pagamos a un hombre que se la lleva para quemarla.

—¿Y yo podría seguir haciendo ese trabajo?

Sí Melba... Yo soy consciente de que no era un trabajo como todos, pero también era una manera de sacarle dinero a esa misma muerte de la que yo estaba huyendo ¡y que me iba a alcanzar si seguía al lado de Libardo! No sé qué hubiera hecho sin tu ayuda Melba, pero no podía quedarme en tu casa sin tener un trabajo digno... ¡Qué tonta! ¡Como si todos los trabajos no fueran dignos! Pero a mí me daba vergüenza que tú y tus hijos se enteraran en qué consistía el mío.

La bañera estaba medio llena cuando estiré la mano y toqué el agua tibia, abrí la primera bolsa, vi que la ropa estaba muy manchada y sumergí la primera prenda... Era una chaqueta verde de talla mediana y de tela gruesa. El agua cristalina empezó a teñirse de rojo, un rojo oscuro y espeso y me dieron náuseas.

Saqué la camisa blanca. En el costado izquierdo tenía un pequeño roto y pensé que tal vez la bala debió haber entrado hasta el corazón



Pero esa
noche tal vez
exageré con
lo del agua ¡y
al otro día por
la mañana la
maldita tubería
de tu bañera
se rompió por
dentro!

porque allí era donde había más sangre. Tenía que sumergirla también y estregarla con fuerza para que aflojara la mancha. Después, cuando estuviera seca también tendría que remendarla o pegarle un bolsillo en ese lado para disimular el roto.

Cuando empecé a estregarla, las náuseas me acosaron y sentí unas ganas tremendas de vomitar; alcancé a dar un brinco y el café con leche y la tostada que había tomado esa tarde quedaron nadando en pedazos babosos dentro del inodoro.

¡Ay! ¡Dios! Ese día me dio mucho susto que se hubieran despertado con mis ruidos. ¡Tenía que ser cuidadosa

porque apenas estaba empezando el lavado y todavía me faltaban el pantalón y los calcetines de la primera bolsa!

El agua de la bañera estaba completamente roja cuando los saqué. No podía vaciar la bañera y llenarla de nuevo para no gastar demasiada agua, así que cogí el pantalón y lo sumergí también en la misma tinta roja. Estaba manchado de la cintura para abajo y se me vino la imagen de una puñalada en el estómago y la sangre caliente rodando por las piernas del hombre. Hice lo mismo con los calcetines y luego lo escurrí todo con las manos. Las náuseas me volvieron, pero me concentré en rezar una oración por esos muertos que me estaban dando la posibilidad de vivir.

—Señor Jesucristo Santificado...

tú que viviste el martirio de la crucifixión,

apiádate de este ser desvalido

que hoy camina por el sendero del más allá...

perdona sus pecados y extiende tu mano

para que pueda descansar en paz...

A esa hora ya estaba muy cansada, pero todavía faltaba sumergir las prendas de la segunda bolsa y el último paso que era lavar todas las prendas con jabón y ponerlas a secar. Debía vaciar la bañera de nuevo y volver a llenarla para hacer el último lavado. Cuando miré la hora era la una de la madrugada y todos dormían...

Con la vecina del piso de abajo había hecho un acuerdo para que me dejara secar la ropa en su casa. Yo se la llevaba por la mañana cuando ustedes ya se habían ido para sus trabajos y quedamos en que le pagaría 100 pesos por cada prenda cuando las fuera a recoger. Contábamos las

prendas mojadas, ella las extendía en su patio y yo las recogía dos días después. Con eso me aseguraba de que no me fuera a robar nada porque en esa ropa a veces había prendas caras, chaquetas de marca y camisas de esas que tienen pegado un cocodrilo pequeño, que son las que mejor me pagan. ¡Todo tenía que estar perfecto, porque en la plaza de mercado donde yo vendía la ropa usada no me iban a aceptar una prenda con rotos o con restos de sangre!

Pero esa noche tal vez exageré con lo del agua ¡y al otro día por la mañana la maldita tubería de tu bañera se rompió por dentro! Entonces, la tinta roja de la ropa de “El séptimo cielo” empezó a rodar por las paredes blancas de la casa de abajo... y ¡Ay Melba!, Ahí fue cuando no tuve más remedio que huir, cuando empecé a oír a la vecina de abajo gritando:

—¡¡Señor Jesús!!! ¡Perdona nuestros pecados! ¡Muchachos! ¡Apúrense! ¡Larguémonos de aquí que esta casa está endemoniada! ¡Miren, miren! ¡Está saliendo sangre por las paredes! ¡Eso seguro son cosas de Satanás! ■

Tu hermana, Soledad

MARÍA TERESA RAMÍREZ URIBE

(COLOMBIA)

Nació en Medellín. En 2007 ganó el Concurso de cuento Mil Palabras patrocinado por Editorial Planeta y Colsanitas, con el cuento *La boda de Samia*; y fue premiada en el concurso Caminos de la Libertad en México con el ensayo *Detrás del muro*. En 2008 ganó la beca de Novela Alcaldía de Medellín con *Los pasos del exilio*. Libros: *Hombre Pacho*, *La firma de Jota*, *Detrás del muro*, *Los pasos del exilio*, *Vida y obra anclada en la palabra* y *Cuentos para vaciar el crepúsculo*.



Un niño

GUAU

JUDITH LÓPEZ ESTRADA

Cuando sonaba el teléfono de mi oficina, yo quedaba atenta al reloj y tan pronto marcaba las 12 del día, salía corriendo. Era miércoles y la llamada era de mi colega fiel para invitarme al almuerzo en el Club In.

Nos instalábamos en la mesa cinco; yo pedía un Tom Collins y una entrada de palmitos, lo consideraba elegante. Para pasar desapercibida llevaba una pinta informal planeada desde el domingo.

Brindábamos antes de iniciar el análisis del obituario local, que implicaba desenmarañar el árbol genealógico de los difuntos y sus amistades, e imaginar el testamento y los asistentes al funeral. Dos amigos de la mesa tres que aportaban datos desde la distancia, terminaron haciendo parte de la cinco que evolucionó a tertulia semanal y derivó en mesa de Cacho.

Para gozar el juego tranquila, después de un postre bajo en calorías, volvía a la oficina, avanzaba en el proyecto de inventarios, ordenaba sus datos de prueba y cuando calculaba que mi ausencia pasaría desapercibida, regresaba al club. Allí encontraba al grupo de la mesa cinco despreocupado de horarios porque ellos eran sus propios jefes. Jugaban encorbatados, con los sacos en el perchero y con sus caras de chicos bien.

Una tarde de esas, al colgar el bolso, encontré además de las tres chaquetas Armani, otra de paño gallineto con

refuerzos de gamuza en los codos algo gastados. Al acercarme, el nuevo jugador se levantó con galantería para presentarse, me hizo espacio a su lado y sonrió con ojos de perro siberiano. Se llamaba Jorge Johnson, no parecía enterarse de su aspecto Roger Moore y contrariando su apellido usaba poco champú. Esa pinta inglesa algo descuidada y sus ojos oblicuos tenían todo que ver con mis ideales.

Ordenaron para mí una ginebra y un cubilete de cuero con cinco dados. Querían incorporarme a la siguiente mano de Cacho, Dudo o como la llamaran.

Que Jorge era aristocrático saltaba a la vista y que vivía de la renta lo deduje de la agenda semanal: el jueves jugarían golf, el viernes almorzarían y pasarían la tarde donde Toti Uribe y el sábado irían de cabalgata.

¡Qué vida! Pensé; impresionante para una proletaria como yo.

Proletaria no quiere decir que compre mi ropa en la cooperativa obrera o que en el baño de mi casa use “Crónica Sindical” en lugar de papel “Suave doble Hoja”, solo significa que he vivido del trabajo y no del capital. De otro lado y como se sabe, ser rentista implica asistir a banquetes, juegos y espectáculos todo el mes y, el 30, revisar los extractos de la liquidación de dividendos, para fondear las cuentas.

En el caso Johnson hablaron de su tradición minera desde la época del bisabuelo.

—Empieza Goyi —dijeron en coro.

—Gracias —aterricé de barriga y agité los dados.

—Treses de cincuenta, cincuenta pa'l que los eche y cincuenta pa'l que gane. —repitió Jorge con ánimo de lucirse.

Y se lució.

—¿Qué qué? □Miré con cara de pregunta.

Dizque era una ronda de tradición familiar cuando le daban a los dados.

El padre de Jorge era ingeniero geólogo egresado del MIT y la madre, la joven más linda de la ciudad, de esa ciudad accesible para él: la que se recorre sin riesgos de muerte, lesiones personales, atracos o contagios venéreos. En su hogar habían nacido ya dos niños cuando la reina decidió embarazarse de nuevo en búsqueda de una niña preciosa como ella. Tantos repetían solo lo malo que ella resolvió repetir lo bueno. En su momento, llegó el bebé, resultó bello como la madre y con la distinción y clase de su padre. Mejor dicho, un niño ¡guau!, pero niño. Lo llamaron Jorge. Las felicitaciones de amigos y familia tuvieron un dejo de sentido pésame.

Y a algún lugar recóndito del cuerpecito del bebé fue a parar la información que entró por sus oídos.

Entre uno y otro lance de dados intercalaron solicitudes de servicio al bar. Jorge me indagó por las direcciones de residencia y oficina, por el cargo desempeñado, el nombre de la empresa, personas a cargo,

Jorge siguió rematando farras en mi casa dos o tres veces por semana. Le gustaron el bar, el sofá y seguramente los demás servicios.

y posando de chistoso, intentó calcular mis ingresos y obligaciones mensuales. Y a mí, este interrogatorio, en vez de evocarme los formatos para solicitud de préstamos bancarios o para seguro de vehículo, como hubiera sido lo obvio, me emocionó por su interés en mi “*modus vivendi*”. En respuesta, me mostré interesada en su “*modus operandi*”. Enterada de que el sábado siguiente irían de cabalgata, al despedirme le susurré:

—El sábado te invito a la última ginebra, tengo surtido el bar.

Y allá llegó de botas inglesas y sombrero aguadeño después de haber agotado la provisión de ron que cargaba en las alforjas de La Presidenta. Mantenía su yegua en la pesebrera de uno de los compañeros de cabalgata.

Mientras yo servía los tragos, Jorge se descalzó. Al quitarse los calcetines, observé las uñas sobresalientes de los dedos como un centímetro, que acumulaban debajo lanas, hilos y materia orgánica en descomposición. Del efluvio que expelían, él ni se enteraba, quizá porque su nariz de Roger Moore le quedaba a un metro con 85 centímetros. Lo que sí parecía fenómeno reciente eran los dos dedos centrales del pie izquierdo gordos y amoratados.

—¿Qué te pasó? Vamos a que te revisen ese pie —le propuse.

—¿A qué voy a ir a una clínica ahora? Bebamos aquí tranquilos.

Y tomamos unos encima de otros, oyendo a Vicente Fernández, convencidos de que le hacíamos la segunda en los estribillos.

Que yo soy muy pesimista, me aseguró mirándose el pie.

—Volvamos a oír “Mujeres Divinas”.

Se durmió en el sofá hasta el amanecer cuando lo despertó el dolor de la fractura. La Presidenta, regalo del presidente del Consorcio Minero, había pisado a Jorge mientras intentaba desensillarla. ¿Y quién lo llevó a la Clínica de fracturas? Pues yo, que pedí permiso a la oficina para llegar tarde.

Jorge siguió rematando farras en mi casa dos o tres veces por semana. Le gustaron el bar, el sofá y seguramente los demás servicios. Al mes siguiente, llegó con una pijama y dos atuendos empacados en una mochila marcada con promoción de Ron Medellín, que se llevó vacía para volver a surtirla el mes siguiente y dejarla con el ya tradicional cepillo de dientes.

Lo pasábamos de lo lindo, me bastaban dos o tres neuronas mientras el resto de la masa encefálica se tomaba un merecido descanso. La fiesta empezaba con el aperitivo para el almuerzo, casi siempre ginebra bien servida. Era todo un barman.

A los tres meses ya había trasladado todo el clóset y solo iba los lunes a visitar a sus padres. En una ocasión los conocí a ellos y su residencia,

me parecieron finos y desgastados, tal como la chaqueta gallineta de su hijo. Además las sandalias que usaba la mamá me permitieron evidenciar que hacerse el *pedicure* no era un valor familiar.

Dos años después, cuando dejó de mencionar a La Presidenta y montaba ya en bestia prestada, supe que había tenido que devolverla con otros semovientes para cancelar el saldo pendiente con el Consorcio, al que le habían pagado casi todo con la finca Flandes, antigua propiedad familiar. Y entendí que de allá surgía la afición por cabalgar y su conocimiento del ganado. Dizque elegía las reses, cuando se trataba de surtir en Flandes.

—Yo entregué La Presidenta y mi papá tramitó la cesión de la hacienda —afirmó con la misma expresión con la que en las noches escuchábamos su himno cantado por Vicente Fernández:

*Hoy vivo millonario
Mañana mendigo
Mis penas y dolores
A nadie se los digo
Por eso nadie sabe
Cuando estoy contento
Cuando estoy herido.*

Y repitió sin mover un músculo, que estaban vendiendo una de las minas, y así quedarían todos de nuevo con plena liquidez.

—Por eso nosotros no trabajamos para nadie —y se tomaba otro trago.

—No trabajan para nadie. ¿Ni siquiera para ustedes? —y lo acompañé con otro.

Cuando lo conocí en el club, había pensado que siendo mineros habían hecho su fortuna apoyados en el azar, pero unos años después concluí que así habían perdido el patrimonio, ilusionados con el azar. Claro que la habilidad para los negocios hubiera ayudado a salvarlos, y de eso nada. O en último término, el ánimo para el trabajo, y de eso, menos.

Que dizque seguían viviendo de la renta, me aseguró tan campante. Tuve una ligera sospecha de que mi sueldo era su renta, una mañana que entró en la bañera y al aporrearse el bajo vientre, exclamó:

—¡Uy! Casi pierdo el último lingote.

—Hmmm.

Los Johnson llevaban casi un año vendiendo una de las minas y aún no se concretaba el negocio. Vender un yacimiento no es como vender huevos, había que tener paciencia, me dije.

Que con ese dinero mandaría a remontar las botas y a reemplazarle los refuerzos de gamuza a las mangas de la chaqueta, que todavía aguantaban. Aunque también disponía de camisas rayadas, azules y hasta una rosa de popelina Oxford que yo le había comprado para mi

complacencia visual; lo mismo que el blazer azul marino que pagué en cuatro cuotas. Le quedaba tan elegante y lo lucía con tanta naturalidad, nunca parecía emperifollado. Hasta yo me sentía distinguida con ese parejo. Yo, con mi masa corporal tan mal repartida y un rostro circular como dibujado con compás.

En cambio, él tan elegante con su gusto por la ginebra Gordon's, el vodka Smirnoff, las chaquetas inglesas. Tan divertido en las jugarretas de dado en el club. Pero ya no me estaba alcanzando el dinero mensual para darme este gusto.

—¡Cómo que no te alcanza la plata! Para ti pagar esto es como quitarle la capul a una calavera —me dijo con su voz un poco arrastrada.

Me reí con gana, aunque al final lloré.

Seguí meditándolo casi por un año. Por fin, le dije que debía marcharse porque no tengo plata para tenerlo más tiempo.

Que no tenía a dónde ir, me respondió, y entonces le propuse conseguir un lugar, que yo le pagaría tres meses mientras aclaraba su panorama.

Bajo estas condiciones encontró un cuarto con terraza a donde se trasladaría en dos semanas. Yo lo llevaría el domingo después del desayuno.

No le ayudé a empacar, pero sí le presté mi maleta; por deteriorada que estuviera, superaba su mochila de propaganda de Ron Medellín en la que fue trayendo aquí sus cosas, una o dos mudas cada fin de semana.

Puso la maleta en el piso y fue metiendo unas pocas camisas ya curtidas y otros trapos. Echaba uno, iba a la cocina, atendía el teléfono, echaba otro, tomaba de su jugo de naranja. Iría por la mitad de la empacada cuando empezó el partido y se sentó a verlo. Más bien a hacer de director técnico. Por suerte para el equipo, lo hacía desde su poltrona en Colombia, porque tan pronto ordenó la salida del puntero derecho, éste abrió el marcador. Pero yo me divertía más cuando veíamos películas de vaqueros. Recuerdo uno de esos *western* con el héroe oculto en unas montañas rocosas y al momento en que asoma la cabeza para otear el cerro del frente, suenan tres disparos y un grito “¡Somos amigos!” al que el héroe responde: “¿Entonces por qué me dispararon?”.

Jorge había tomado unos segundos para reflexionar y correr hasta el televisor gritando:

“Sí, sí. ¿Por qué le dispararon? ¡Muy charros!”.

En el intermedio del partido regresó a la cocina por el jugo, le rendía el desayuno. De paso tropezó con la mesa de juego, decidió llevársela porque también le serviría para armar los rompecabezas. Al plegarla para ubicarla cerca al portón, las patas produjeron un sonido herrumbroso. Antes del reinicio del partido, empacó los cubiletes de cuero y los dados de marfil para jugar Dudo o Cacho, esparcimiento clásico que le permitía lucirse aunque ya hubiera liquidado casi una botella de ron. Algo tan

importante para él, que jamás olvidaba recoger los implementos al final de la sesión, aunque de regreso a casa se durmiera en el taxi y recibiera intercalados en el vuelto, algunos billetes de monopolio.

Sí, el cerebro se reseca mientras el hígado naufraga en alcohol.

Aquí estaba el niño ¡guau! a sus treinta y seis años de edad, metiendo en la maleta sus botas inglesas, mientras el partido estaba suspendido porque sacaban en camilla al defensa central del equipo contrario.

Cuando vi las botas en el equipaje con el cuero ya por rajarse, volví a cronometrar: sí, seis años y siete meses. El incidente ortopédico había sucedido en el primer fin de semana que pasamos juntos.

—¿Te vas a llevar esos vejestorios? —dije en tono de sorpresa, aunque ya no debería importarme nada.

Al momento de empacarlas esta mañana, aparentaba ignorar su estado, aferrado a la idea de lo finas que eran y llenándose de argumentos ante la imposibilidad presupuestal de cambiarlas.

El pitazo final del partido marcó el momento de cerrar la maleta, pero el hombre amagó con regresar a la cocina y yo logré llegar antes para botar el resto del jugo de naranja a ver si así concluíamos. El jugo de su gusto era costoso para mí, entonces bebí el resto en vez de tirarlo: se trataba de un coctel ¡con vodka! Bebida espirituosa que me dio valor para arrancar por el atajo y no por los meandros del camino que Jorge había elegido para alcanzar a terminar la botella de Smirnoff. Para abreviar, decidí acomodársela en la maleta.

—Porque a mí ya qué me importa regalarte una más, con tal de que te largues de una vez.

Grité para darme valor en medio de la derrota. Saqué arrastrada la maleta, empujé la mesa de juego y logré estrujar esos bártulos en el carro, junto con el aristócrata que ahora vería con quién se rebuscaría su renta. ■

JUDITH LÓPEZ ESTRADA (COLOMBIA)

Nació en Neiva (Huila). Ha sido merecedora de varias distinciones en concursos literarios, como el segundo puesto en el IV Concurso Nacional de Cuento Jorge Zalamea, en 1988 con su obra "Mamalena". En 2002 publicó el libro *Cuentos Fáciles de Fémias Difíciles*.



Momentos

MARÍA CRISTINA RESTREPO

La fotografía fue tomada por un aficionado, tal vez un amigo. Las dos figuras están corridas hacia la izquierda. El pie desnudo del joven tendido de medio lado al borde de la piscina, se pierde en el marco de madera. Se sostiene sobre el brazo izquierdo mientras sonríe, dejando ver una hilera de dientes blancos, con los incisivos ligeramente puntiagudos. Sin duda ríe de algo que acaba de decirle el fotógrafo, un amigo que no pasará de los veinticinco años, como él.

Es delgado y a pesar de la posición sobre los baldosines blancos, se aprecia que es alto. Tiene el pelo negro, las patillas recortadas a mitad de la oreja, la nariz prominente. Viste una camiseta de punto color arena, un pantalón café. Ha elegido con cuidado las prendas, a pesar de la informalidad de la ocasión. Su rostro, que tiene un aire semita, es alegre, con una chispa maliciosa en la mirada. El espectador tiene la impresión de que en cualquier momento dará a conocer el motivo de su sonrisa.

Con el brazo derecho rodea el cuerpo de una niña de poco más de un año. Tiene el pelo también negro, sujeto a un lado de la frente por una hebilla blanca. De la pequeña se ve el torso, cubierto con una blusa color rosa pálido, sin duda descolorida por el tiempo, como pasa con las fotografías viejas. Viste unos pantalones claros remangados hasta las rodillas. La cabeza está vuelta de medio lado, se lleva un dedo al mentón. Al contrario de quien parece ser su padre, no tiene motivos para sonreír, pues observa algo con una atención que ignora lo demás.

Pronto mirará al fotógrafo que ha dicho algo gracioso, tal vez a la madre que se encuentra allí cerca con una toalla en la mano, temerosa, a pesar de la recomendación que ha hecho de sujetar con firmeza a la niña, de quien se adivina que mete los pies en la alberca.

El agua es verde, con ondas, como si alguien acabara de moverla, un nadador oculto en el ángulo que no se ve. La luz refulge en ella con grandes manchas blancas, más precisas junto al lugar donde se encuentran el joven y su hija. Las flores del jardín están iluminadas por una luz sólida, propia del sol de mediodía, la hierba parece reseca.

El padre que goza de ese momento de alegría, será un profesional acabado de graduarse. Se desempeñará en un primer empleo, indispensable para mantener a la madre y a la niña. Un abogado, un médico, un arquitecto. Quizás un ingeniero de la Escuela de Minas, no son tantas las carreras profesionales en ese momento, casi setenta años atrás. Las condiciones del agua en la alberca, que carece de filtros para limpiarla de impurezas, el estado de la fotografía, permiten adivinar los años transcurridos.

La piscina, a la que se llega por una escalinata de piedra, se encuentra en un lugar campestre en las afueras de Medellín. San Antonio de Prado, La Estrella, El Poblado, Envigado. Pertenece a una casa con un espacioso jardín y una vivienda de paredes encaladas, ventanas de celosías de madera pintadas de verde. Tal vez haya un establo con dos o tres vacas que den leche para el consumo diario, el cobertizo del jardinero estará detrás del seto. ¿Todo aquello le pertenece al joven que sostiene a la niña? ¿Al fotógrafo que lo ha hecho reír? ¿A los padres del uno o del otro?

Se adivina que además de la madre vigilante, hay otras personas a su alrededor. Algunos compañeros de trabajo, amigos de la universidad, personas mayores sentadas a la sombra en un árbol, o que esperan el regreso de los jóvenes en el corredor de la casa, lejos de la resolana, tomándose un aperitivo, comentando las últimas noticias políticas. Estará también una hermana, hermosa y amada en silencio por el fotógrafo, pues ha sido rechazado, algo que le cuesta aceptar. No la vemos, pero la abuela materna de la niña, con el pelo blanco recogido en una moña, vestida con un sastre de color claro, los ojos azules pendientes de cada detalle, está junto al borde de la piscina. También ella le teme a un accidente y por eso se ha acercado, lo mismo que su hija, quien aún no sabe que está embarazada por segunda vez.

Acaban de llamar a almorzar. La mesa estará dispuesta en el corredor, frente a un prado que desciende hasta la escalinata de piedra negra, rugosa. El hombre joven deberá entregarle la niña a la madre, recoger la prenda que está en el suelo a su lado, tal vez una bolsa. No puede olvidar los zapatos.

La segunda fotografía llama la atención por los tonos azules que llenan casi la totalidad del espacio. La parte superior está ocupada por un cielo alto, con algunas nubes rizadas, como puestas allí para romper la monotonía del fondo color turquesa. En la línea del horizonte hay una franja oscura, irregular. Es fácil adivinar que se trata del paraje selvático que bordea un río en cuyas aguas se refleja de manera idéntica el color del cielo, entrecortado por el sol que cae en barras doradas sobre la corriente.

Aparece de nuevo el personaje de la fotografía anterior. Está sentado sobre un tablón de madera, en una canoa. Sujeta con ambas manos un remo, como si estuviera a punto de alejarse de la orilla. Pese a tener el rostro cubierto a medias por una gorra blanca, se ve que vuelve a sonreír. Parece hablar con un grupo de personas que lo miran desde la orilla, junto al agua que en ese punto es turbia, pues permite ver el limo. La espalda es más ancha, ha perdido el aire juvenil de la primera fotografía. Su cuerpo es el de un hombre que se acerca a la madurez. Viste una camisa verde clara, lleva una pantaloneta blanca con rayas del mismo color. Es vanidoso, pues hasta en medio de un paraje selvático, cuida de su apariencia. Luce en la muñeca izquierda un reloj plateado y lleva colgada al cuello una cámara fotográfica. Podría adivinarse que es aficionado a la naturaleza, a la pesca, a la fotografía, que es amante de los deportes acuáticos. Sin duda va en busca de nuevos parajes para retratar. Tendrá en su casa las imágenes que más le gustan, adornando las paredes de la sala, del estudio. Paisajes, rostros de las personas que habitan aquellos remotos lugares, pescadores, mujeres que tejen canastos.

En el tablón frente a él aparecen dos niños, el uno al lado del otro, con los hombros juntos, la mirada fija en el rostro del hombre, la piel tensa sobre los huesos de las rodillas desnudas. Tendrán unos diez y once años. El menor tiene el pelo negro echado sobre la frente, la nariz larga como la del hombre con el remo, las mejillas llenas. Lleva en la mano un objeto que no alcanza a distinguirse, un juguete, una pequeña brújula, un carrito para pescar. Las varas con los anzuelos estarán en el otro extremo de la canoa. El niño mayor tiene el pelo claro, peinado con una raya al lado derecho. Parece aburrido, como si estuviera allí por deber o se sintiera abrumado por el calor, como si temiera la travesía que van a efectuar.

Entre el remero y los niños, en el fondo de la canoa, hay un trozo de lona doblada, un haz de leña sujeto por una cabuya. Sobre la leña se posa una guacamaya de plumas rojas y azules, el pico amarillo, el único ojo que se ve, un punto negro. Puede suponerse que el ave fue capturada en la selva circundante, que terminará sus días adornando el jardín de alguna casa campestre en la ciudad, lejos de su entorno natural. No volverá a volar sobre las selvas, ni a posarse sobre las ramas de algún árbol centenario. Un hecho que hoy pasaría por ecológicamente incorrecto. Algo semejante sucede con los niños. No llevan un flotador que les permita nadar en caso

de un accidente. Pero nadie, ni siquiera el pequeño de pelo rubio con su expresión de fatiga, piensa que tal cosa pueda ocurrir.

Si son hijos del hombre con el remo, puede imaginarse que sean hermanos de la niña de la primera fotografía. Será mayor que ellos. En ese momento bordeará los quince años y estará tan embebida en su mundo adolescente, que no pensará en la aventura que corren su padre y sus hermanos en el San Jorge, en el Cauca. Es poco probable que comparta con ellos el gusto por esta clase de excursiones. Su amor por la naturaleza estará limitado a intercambiar confidencias con una amiga en los cuidados jardines de un barrio en la periferia de Medellín, quizás sola, leyendo una novela, viendo correr las nubes en el cielo. De ninguna manera quisiera ir de pesca, ni navegar en una precaria embarcación, con su padre haciendo las veces de remero.

Esta vez lo vemos en el centro de un nutrido grupo familiar. El pelo canoso, la frente más amplia, la mirada fija al frente, con una expresión entre irónica y dubitativa. Viste un traje oscuro, una camisa blanca, lleva una corbata negra con rayas claras. A su derecha vemos a una mujer alta, espigada, con un traje negro también, que le llega a los tobillos. Es rubia, tiene unas facciones delicadas. Su rostro aparece de perfil pues se ha vuelto para decirle algo a una jovencita de pelo rojizo que le cae por debajo de los hombros. Puede ser su nieta. Tiene una belleza distinta, pero tan contundente como la de la abuela.

A la derecha del hombre hay dos mujeres. La más cercana, que lo toma del brazo, es una rubia peinada con un flequillo cubriéndole la frente, vestida con un traje rojo y una bufanda de seda de un tono más oscuro. Su boca pintada ríe de manera estudiada, como se hace cuando se posa para una fotografía de circunstancia. El grupo, compuesto en su mayoría por hombres y mujeres entre los treinta y los cuarenta y cinco años, se ha reunido en la escalinata de lo que parece ser una sala de recepciones.

Llaman la atención tres jovencitas de minifalda, en un abierto desafío a las mayores, que van de traje largo. El menor de los hombres tiene el pelo hasta los hombros y luce incómodo en un traje de corbata que no acostumbra a usar, seguramente prestado. Es evidente que se trata de la familia del hombre de las anteriores fotografías, reunida para alguna ocasión importante. Personas que, por su apariencia, por el aplomo con el que esperan a que el fotógrafo termine, hablan no solo de sí mismas, sino de su avance por el mundo, hacia la realización de sus ambiciones.

Puede tratarse de la boda de la mujer de pelo negro en el centro de la imagen, acompañada de quien parece ser un extranjero. De ser así, será un segundo matrimonio, pues ella no lleva el imprescindible vestido

blanco ni el velo sujeto con una corona de azahares. Tal vez la expresión del hombre que aparece en todas las fotografías se deba a las dudas que alberga frente a esta relación que introduce a un desconocido entre los suyos, para empeorar las cosas un ser de otras latitudes, algo que no es corriente, ni completamente aceptable, en su círculo.

La joven del pelo rojizo al lado de su esposa, tiene un indudable parecido con la novia en el centro de la foto. El mismo óvalo de la cara, los ojos separados en la frente, las cejas altas. Puede tratarse de la hija que asiste a la boda de su madre, junto con su hermano, que será el muchacho de pelo cortado al rape, como si acabara de prestar servicio militar, anteojos de marco redondo y piel tostada por el sol, situado en el extremo derecho de la fotografía, al lado de quien tiempo atrás pudo haber sido uno de los niños de la canoa.

Una familia numerosa, sofisticada, más no unida. Hay una cierta rigidez en cada uno, una especie de lejanía que los envuelve en una coraza invisible pero efectiva. Detrás de las sonrisas, de las formas convencionales, se adivina una individualidad excluyente. Quizás el padre no haya alentado la unión entre sus hijos, quizás sean naturalmente distantes. ¿Habrán visto su alma reflejada en los ojos de alguno de ellos? ¿Se sentirá orgulloso de sus triunfos, de sus logros profesionales? ¿O experimentará los celos tan comunes en los padres que envejecen, ante el vigor, las realizaciones, la independencia de los hijos?

En la última fotografía vemos los mismos ojos negros aunque velados, la mirada aguda, el gesto irónico de la boca. Ha perdido la mayor parte del pelo. El que le queda es blanco, sedoso, con un toque del antiguo color oscuro en las sienes. Tiene la frente, las mejillas, la nariz, incluso las orejas, salpicadas de manchas de sol, sin duda el resultado de la pesca, la caza, del gusto por los parajes agrestes, por el mar. Apoya el brazo derecho en el espaldar de la poltrona. La mano en la que luce una argolla de matrimonio cuelga frente al lente despiadado de la cámara. La piel casi transparente, manchada también, permite ver los huesos de la mano, los tendones, las venas azules.

Ya no viste ni las casuales prendas de los días de campo, ni el correcto traje y corbata, el atuendo habitual en la ciudad. Lleva una camisa de algodón roja con botones blancos, un suéter negro de cuello en v. Tal vez siente el frío que aflige a los viejos aún en días calurosos, quizás la fotografía haya sido tomada en una tarde de lluvia. Se encuentra en compañía del fotógrafo, aunque no parece haber nadie más. Nada lo asegura, pero se tiene la impresión de que responde a una entrevista. Una última conversación con alguien que lo conoce de tiempo atrás, quizás

un primo hermano, aunque menor que él, de la edad de sus hijos, que quiere guardar un registro de sus últimos días.

Detrás del hombre hay un estante con libros. Algunos de derecho, un libro sobre aves colombianas, otro sobre orquídeas, lo que parece ser la *Historia de Antioquia* de Manuel Uribe Ángel. Como adorno, la fotografía de una niña de pelo rojizo en un columpio, junto a una figura de barro precolombina. Ahora sabemos que era abogado.

El espectro de la muerte está reflejado en su rostro. La espera con decisión, con orgullo. Ya no le teme. Vive las últimas semanas sin lamentarse, sin despertar la compasión de nadie, ni dar a entender lo enfermo que está. Se sienta erguido en el asiento, habla pausadamente para conservar el aire, en su mirada inteligente se adivina que busca una respuesta a la pregunta que acaba de formularle el fotógrafo. La piel del rostro tiene ese color entre amarillo y ceniciento de las personas que mueren. En la mejilla izquierda se ve la marca que ha dejado el elástico que sostiene la mascarilla del oxígeno. Acaba de quitársela para responder a las inquietudes del primo, permitiéndole hacer este retrato que será el final, aunque habría preferido que lo dejara solo, con tantas cosas como tiene para recordar. Pero ha sido incapaz de negarse. En el fondo agradece el rato de compañía, ahora que la mayoría de los amigos se han ido, que los hijos viven sus vidas, atareados hasta el punto de no tener tiempo para él, salvo un par de horas durante los fines de semana.

Cuando el fotógrafo se haya marchado caminará con paso vacilante hasta su habitación. Antes de tenderse en la cama para recuperar la respiración volverá a ponerse la mascarilla, revisará la pipeta de oxígeno que tiene al lado de la cama, cerrará los ojos hasta que le anuncien que es la hora de cenar. ■

MARÍA CRISTINA RESTREPO
(COLOMBIA)

Es profesora universitaria, licenciada en Filosofía y Letras y Educación, tiene estudios en Lenguas Modernas, Historia del Arte y de la Civilización. Ha escrito ensayos, crónicas, novelas y cuentos. Entre sus obras publicadas están: *El miedo, crónica de un cáncer* (2010) y *Lo que nunca se sabrá* (2011). Es colaboradora de distintas revistas del país.



Cuando LA NOCHE ES l e n t a

CLAUDIA IVONNE GIRALDO GÓMEZ

Y, a veces, cuando la noche es lenta, los miserables y los mansos recogemos nuestros corazones, y nos vamos.

Leonard Cohen

Pasaba por allí por casualidad; una diligencia de trabajo por la que no tuve más remedio que dejar el carro en un parqueadero cercano y caminar. No pude evitar, sin embargo, detenerme y mirar hacia el piso octavo del edificio de ladrillo a la vista, con balcones cómodos, igual a miles de edificios de los barrios de la ciudad... Nada especial, excepto que en ese edificio, en ese apartamento que parecía no haber cambiado en casi veinte años, había vivido una historia que olvidé o quise olvidar y que ahora, parada en medio de la acera, volvía a ráfagas, como una bestia inclemente que me quisiera derribar para luego devorarme. No pude impedirlo. El recuerdo.

De nuevo, como cada miércoles hacía tres meses ya, tomaba el ascensor, luego de que el portero me anunciara para que pudiera subir al apartamento de mi amiga, quien seguro habría llegado de su trabajo en la oficina de abogados en donde era una talentosa practicante. Separada de su marido, sus hijas eran por entonces unas pequeñas niñas a

quienes debía cuidar, pero que los miércoles llegaban tarde a casa, cosas del jardín de infantes. Y por eso me invitaba, con esa generosidad suya y esa bondad, comprensiva y solidaria por lo que me estaba pasando, para que pudiera encontrarme con Leonard, —llamémoslo así—, y hacer mía, por unas horas, su casa. Una historia sencilla.

Esa tarde, como otras, seguro almorzamos juntas en el pequeño comedor y luego lavamos los platos y ollas para dejar la cocina reluciente. Luego de la labor no parecía que allí hubiera habido hace un momento tanto jaleo, tanto desorden. Los raviolis habían quedado deliciosos. Después, lavarse los dientes y esperar con ese temblor minucioso que me recorría cuando se acercaba la hora del timbre, la hora cuando se abrían para mí las puertas del cielo. Y el timbre sonaba puntual, como otras tardes. Leonard en la puerta, la sonrisa, el beso de bienvenida, los saludos, el cielo.

Cuando Adriana se retiraba a su cuarto para descansar y aprovechar que las niñas no estaban por allí alborotando, nosotros íbamos al nuestro, preparado para el encuentro: las cortinas corridas, la cama a la espera. Y entonces era cuestión de segundos para caer sobre ella y no parar durante un tiempo que parecía tan corto y tan infinito a la vez, que a veces lograba detenerse para dejarnos amarnos como si nada pasara, como si se tratara de un derecho natural que le reclamáramos a la vida, una complicada y enredada vida. Todas las razones y ninguna. No había una sola razón que valiera el riesgo y el dolor. Pero lo valían.

Tal vez para acallar la imprudencia de la pasión, tanta impertinencia, Adriana encendía el equipo de sonido y ponía, siempre en esos momentos, un disco y repetía de él una canción en donde la bella voz de Cohen reiteraba amar a mil besos de profundidad, “A Thousand Kisses Deep”.

Y así, mecidos por el cansancio y por la música que parecía de verdad llevarnos a mil metros y besos de profundidad, dormíamos. Un rato apenas.

No es fácil recordar; está todo intacto, pero vuelto piedra. No es húmedo el recuerdo, aunque entonces las tardes solían ser calurosas, recuerdo el sudor, eran los meses de verano. Luego llovió mucho, años enteros de lluvia que amenazaban derretir las montañas, derretir el asfalto, derretir hasta el vuelo de los pájaros en el aire. Eso recuerdo. Caen unas gotas y sigo aquí, detenida en la acera. Agua amenazante.

Sin más encuentros o conversaciones que las tres o cuatro horas de los miércoles, cada semana, pasaron tres meses. Tres meses en que Leonard se volvió un pensamiento obsesivo, una manía, una enfermedad, ¿cómo más describirlo? Era un fantasma, una invención que aparecía en la puerta de la casa de Adriana, cada miércoles a las 4:00. Un fantasma esquivo, por demás. Un fantasma sin ensalmo, sin conjuro, que parecía vivir en la habitación del apartamento de Adriana, apartado y solo, en silencio. Tanto silencio.

Y era bella también yo, de esa manera que ofrece la vida a las flores y a todo lo que está en la sazón, a la espera del milagro

Regresaba a casa y arrastraba ese amor descomunal que no podía nombrar, ni decir, ni bautizar... Un amor insensato. Un fantasma también yo, condenada a seguir sin Leonard durante una semana y verlo para dejarlo; y recuperarlo para perderlo. Tremenda

tontería inexplicable. Era la piel, la culpa era de la piel y del olfato. La culpa era de ese llamado profundo, de esa fiera que me poseía y me hacía morir, un día debía morirme de ese mordisco en pleno día que no me dejaba dormir ni descansar. La culpa era del deseo, mentirosa.

Ahora trato de recordarlo a él, recordarlo. No él en movimiento, sino tendido, desnudo, tal vez aún dormido: la piel anunciando su enojosa humanidad, contingente, fugaz. La juventud sin excusas, pidiendo lo suyo. Una nariz que se pelearían los ángeles... tal vez era su mayor belleza, pero si se compara con su boca, hecha para las labores amorosas, sabia y delicada, la nariz era solo un complemento directo. Leonard era bello, de esa manera tierna que tienen algunos hombres de serlo, sin exageraciones de masculinidad que puedan atemorizar, sin prepotencias, pero con la fuerza necesaria para hundirse a mil besos de profundidad. Y luego estaba eso, de lo que nadie habla... esa extensión de los hombres que tanto se les parece y que los define. Vigoroso y sin rimbombancia, de suaves tonos rosados, era irascible y sensible a la vez..., la mejor receta. Ni mandando a hacer.

¿Cómo resistirse pues, a la condición de presa del amor? Ser una pobre presa perseguida, con el cabello encendido, con la piel dispuesta cuando la noche es más lenta. Hay un momento en la persecución en que la pequeña víctima, consciente de la enormidad de su perseguidor, de sus enormes y fuertes mandíbulas, de sus desgarradores colmillos, se entrega y se rinde, deja de luchar porque sabe que no hay remedio ni redención posible. *Los ponis corren*, Leonard.

Y era bella también yo, de esa manera que ofrece la vida a las flores y a todo lo que está en la sazón, a la espera del milagro; esa belleza que es la vida que pide y reclama desde los milenios lo que le pertenece. Leonard me embellecía, era notorio y por demás sospechoso. Un amor tan fuerte se revelaba y no había escapatoria, tenía que velarme la cara, tenía que mentir, mentir siempre. “Los ponis corren, las chicas son jóvenes”, eso decía Cohen con esa voz capaz de lograr cualquier cosa en el mundo. La canción acompañaba

el viento, las cortinas que se agitaban delicadamente en esa otra tarde de miércoles. La última.

Leonard había llegado triste, lejano. Soy una mujer inteligente. Supe; no había necesidad de explicar. Nos amamos como nunca, con un dolor y un fragor que no recuerdo haber vuelto a sentir, y he sentido mucho. Esa tarde anocheció temprano y llovía. No paró de llover durante años luego de que Leonard se fuera para siempre del apartamento de Adriana. No lloré.

Ahora no duele, no ahora; pero sigue el dolor en el recuerdo. Tardé años en salir de los mil metros de profundidad, de la noche lenta en la que se convirtió la vida: ella había hecho lo posible por reclamar su legado entre nosotros, pero no pudo; y eso se castiga, con hordas de recuerdos, con los latigazos del deseo insatisfecho, con las preguntas abiertas como cataratas de agua sangre. Poco después Adriana se fue para Canadá con sus niñas y no volví a verla. Leonard ya no es Leonard, es otro, un desconocido que no recuerdo conocer.

Debo seguir, aunque perdí la cita concertada a unos metros, en una tediosa oficina. Y llueve como entonces. Las luces en el apartamento se encienden. Me pregunto por las cortinas al viento. Cohen sigue hablando a mil besos de profundidad con su voz lenta, y mil promesas por cumplir. ■

CLAUDIA IVONNE GIRALDO GÓMEZ
(COLOMBIA)

Graduada en Filosofía y Letras y especialista en Literatura Latinoamericana. Profesora universitaria, directora de talleres de escritura creativa y editora independiente por más de 15 años. Codirectora de la revista *Odradek, el cuento* y cofundadora y directora de la Colección Madremonte, de Hombre Nuevo Editores. En 2007 publicó, *El hijo del dragón*, cuentos. Con la novela *El cuarto secreto* obtuvo en 2007 la Beca de Creación Literaria Ciudad de Medellín. En la actualidad se desempeña como Jefe de la Editorial de la Universidad EAFIT.

[Ir a Contenido >>](#)

LUCÍA ESTRADA

Alfabeto del tiempo

A Eugenio Montejo

Imposible saber la hora del polvo que se acumula y va tomando cuerpo en lo que no miramos con fijeza. Solo y amargo, como un presentimiento, tiembla un instante a contraluz mientras se extinguen los minutos, las palabras, los pasos que acercan su verdad.

Bocas abiertas al hastío, puertas cerradas para siempre. Pequeñas sílabas de un alfabeto anterior que se diluye en oscuras imágenes que no logro entender. Tiempo, ¿qué haremos con el horizonte? Muda de un silencio antiguo, extendo mi mano para que no pasen, para poder mirarlas un poco más, para que el *no saber* me acerque a ellas, para hundirme en su *no aspiración* y desaparecer secretamente como un enigma, como una sombra, o como el pájaro muerto al que ningún aire reclama. moria de humo y ceniza.

Mar de Barents

Hemos llegado a este punto. El menos posible, pero también el más cierto. Una montaña que escalamos en sentido contrario, pacientemente, desde nuestros mejores días. Nos esforzamos en ello, sin norte, como si alguien más guiara nuestro destino. Una mano perversa y obstinada, al fin. Ahora lo vemos. Se advierte su trazo impecable en esta página sin margen, en este sordo descenso que aprieta la garganta y obstruye la luz. Pero aún queda algo de nosotros. Un poco de aire reservado, una imagen, una palabra dura como piedra. Una palabra que atravesase el metal o sirva como ancla. Una palabra que encierre todo, que lo libere todo.

De algo estaremos a salvo. Aquí adentro nada que no esté desde antes con nosotros puede herirnos. Todo riesgo evita molestias menores. No hay intemperie. Ni siquiera un cielo cerrado. Las voces ahogadas de la memoria ya nada recuerdan. Un amargo sabor de musgo donde antes hubo lenguaje. Sensaciones como abismos. Un silencio incomprensible. Un silencio que no es ausencia de otros. Un golpe seco que ofusca el oído. Una sílaba ciega. *Escribo en la oscuridad...*

De luna y tenebrario

A mi madre

“Tú duermes. Y tu aureola se enciende como nunca y me incluye como si yo también tuviese aureola”.

Marosa Di Giorgio

Toda la noche lidiamos con las aguas. Yo sostenía de este lado las paredes y los techos, tú preservabas el oro de los tigres. Ningún abismo se interponía entre nosotras, envueltas como estábamos en la misma crisálida de invierno. Pero tú parecías más fuerte. Al tiempo en que restablecías el rostro deshecho de tus hijos, tejías gasas y delicados mantos de seda que cubrían todo el paisaje. Más allá del sueño, más allá de mi propio y estrecho laberinto. Al menor soplo del viento, oficiabas pequeñas ceremonias para alejar la tormenta. Yo te miraba desde mi estatua de sal, incapaz de mover los labios, devorada por la sombra desde el vientre hasta los ojos, enferma, como el destino que no acaba de cumplirse. Atenta a los designios de un dios tan solitario como las aguas que empiezan a retirarse, conjuras una vez más el árbol que se extiende desde tu corazón hasta mi boca y aguarda otro día, otra noche en el jardín. ¿Acaso las viejas canciones de cuna conducían a este momento? ¿Acaso eran fórmulas para acercar la vida, envueltas en la misma crisálida, tú y yo, absortas en lo que vendría después, como dos hermanas unidas tibiamente por el silencio?

Memoria de humo y ceniza

Pregunto por lo que hubo aquí antes de nosotros, por el vestigio de palabras muertas que nunca nadie pronunció, que nunca nadie oyó. Restos de un lenguaje intemporal, de escrituras afiladas y relucientes como las escamas del último pez; piedras y árboles y huesos todavía humeantes por el asalto de un mediodía sangriento.

Aún es posible ver arder las estrellas. Pero nada nos hablará al oído.

También el silencio —que guarda la hora del mundo— se ha retirado. Un rumor enemigo y salvaje es todo cuanto queda.

LUCÍA ESTRADA (COLOMBIA)

Ha publicado varios libros de poesía. Con *Las Hijas del Espino* obtuvo el Premio de Poesía Ciudad de Medellín (2005) y la Beca de Creación en Poesía, otorgada por el Municipio de Medellín en 2008 con *Cuaderno del ángel*. En 2009 y 2017 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá con sus libros *La noche en el espejo* (2010) y *Katábasis* (2018) respectivamente.



PALOMA PÉREZ SASTRE

Recién nacida

De la eternidad trae sus dones
su mensaje callado
prolongación de la nada.

De la nada venimos y del silencio.
Al sueño hondo,
a la quietud
aspiramos.

Las aves marinas enceguecen poco a poco
a fuerza de estrellarse con el agua.
Nosotros enmudecemos,
ciegos siempre fuimos.

Un día huye la última brizna de luz,
y sin tropiezos,
silencio y oscuridad siguen por fin
su curso infinito.

Playa

Sin otro oficio que mirarlo
sin otro afán que su presencia
ninguna música distinta a la
de su amor por la luna.

Los ojos en las camisas naranja
que pasaron hace un rato
con los remos en la mano.
Pabilos sobre canoas,
apenas rayas inmóviles
sobre plata.

La emoción en el vuelo de las redes
en el temblor del líquido
en la lenta formación de las aves.

Quietud
vista y aliento diluidos
flotando en la mañana.

Estupidez y belleza
poder y belleza
crueldad y belleza
ruido y belleza
¿por qué existe
todavía
algo distinto a la belleza?

¿No tendría
ya
el mundo
que haberse depurado?

Gata en la ventana

Olfatea el vacío
y tensa los vellos de las orejas inquietas
¿qué oye?
...
Ah
unos gallos
¿gallos?
¿gallos en un trozo de ciudad donde no se puede
caminar?
¿dónde no se puede respirar?
...
Ah
el canto viene de las guarderías vecinas...
...
Ah...
tiene que haber niños para que cante un gallo en el
pavimento
voz nítida en el aire envenenado
...

Figuritas

Qué estará pensando aquella señora que me mira tanto. Sigo doblando mis papelitos, la psicóloga me dijo que está bien. A esa señora le parecerá raro porque, como todo el mundo, se debe imaginar que Darío y yo somos pareja. Pues sí, soy rara, pero no por eso. Él habla todo el tiempo por celular y yo doblo papeles de colores; si no fuera por el origami, estaría chiflada. Si eso es lo que quiere, que lo haga; no quiero pelear con él. Esa señora podría ser mi mamá, qué estará pensando. En esa mesa todas son mujeres; se ven como interesantes, pero no quiero que me mire más, ya me empezó a incomodar. Ah, qué bobada, que la gente piense y diga lo que quiera. Nadie sabe lo de nadie.

Qué pareja más rara. Aquí los manes casi siempre están en plan levante y todos pendientes de las viejas; pero éste lleva ya dos días en el hotel y la misma cosa a la hora del desayuno: ella llega primero, pide un jugo y saca del bolso una libretica cuadrada de papeles de colores. Los va sacando y haciendo figuritas muy concentrada. Pajaritos, casi todos; pero también hace flores y otras cositas. Cuando él llega ya viene con el celular en la oreja; me hace señas y pone el dedo sobre la carta. Ella sí sonrío y pregunta por los platos. Así siguen. Ella doblando papelitos y él hablando quién sabe con quién. Negocios, parece. Debe ser una persona muy importante. Ehhh, pero muy quevón; yo no la sacaría del cuarto y pediría que me llevaran allá la comida. Qué pesar, con semejante vieja...

Ana, no vas a voltiar a mirar; después disimulás o hacés que te parás para el baño. Imaginate que en la mesa que tenés a la espalda hay una muchacha lo más bonita haciendo origami. Cuando llegamos ya estaba sola y hace un rato llegó el tipo hablando por celular, y no para. (Estas arepas de huevo están deliciosas, lo que habías dicho, se les sienten los tronquitos de queso costeño derretido; y con el suero... mejor dicho... peligrosas). La muchacha acabó de hacer una figura roja compuesta de varias cositas, como unas estrellitas pegadas a un centro, y se la mueve a él frente a los ojos. Él ni se inmuta, ni un gesto le hace, qué rabia. Definitivamente, las mujeres sí somos bobas; pero esto es el colmo, la

ha ignorado todo el tiempo. No vas a voltiar. Ana, no, qué pena, me vas a hacer quedar mal. No, no, pero qué piedra, nada que deja el celular el tipo este. Debe ser un tirano, seguro es un patán. Vení, mejor cambiemos de puesto. Qué carajada yo aquí sufriendo por cosas ajenas.

No tienen más remedio que estar juntos hasta que salga la sucesión. Es cuestión de días. Tuvieron que encontrarse en Santa Marta para acabar de hacer las gestiones con el abogado, vender y acabar de una vez por todos esos asuntos. No se veían desde hacía quince años, cuando Darío viajó a Barcelona apenas graduado del bachillerato, afanado por liberarse de la madre loca. Siempre irritada, siempre gritando, siempre inconforme y exigente, detallista, puntillosa y cositera. La Barcelona de los ochenta le ofreció el ambiente que necesitaba para formarse como arquitecto y un amable anonimato, pero no lo liberó de la ansiedad, que tomaba distintas y sucesivas formas de manía. La presencia de la hermana le recordaba demasiado a la madre detestada, y esta vez le dio por hablar por teléfono obsesivamente, con la disculpa de no poder dejar el trabajo. En realidad, está aterrado con la idea de que Manel aproveche su ausencia para irse de ligue a los bares, y lo encadena al teléfono.

(En este punto, el dios se ríe).

PALOMA PÉREZ SASTRE
(COLOMBIA)

Profesora de la
Universidad de Antioquia.
Autora de los libros
*Antología de escritoras
antioqueñas 1919-1951*
(2000), *Como la sombra o
la música* (2009) y *Oficios
afines* (2016).



La AJEDRECISTA

que vencía a los campeones del mundo

JULIO CÉSAR LONDOÑO



Cuando se compara la destreza de hombres y mujeres para el ajedrez de alta competencia, los hombres salen ganando, pero siempre quedan en el aire preguntas sin respuesta. ¿Qué es lo que hace superiores los cerebros masculinos para este juego? ¿Cómo se explican los excelentes resultados de las jugadoras que han enfrentado con éxito a los grandes maestros? ¿Cómo se explica el alto nivel alcanzado por jugadoras como Aleksandra Kosteniuk, Hou Yifan, Anna Ushenina o la actual campeona, la china Tan Zhongyi? En particular, ¿cómo se explica la actuación de Judit Polgar, la húngara que llegó a estar en el octavo puesto del *ranking* mundial del juego y obtuvo victorias sobre nueve campeones del mundo?

El ajedrez es un juego de hombres, sin duda. El primer nombre de mujer en la lista absoluta de la Fide de enero de 2018, Hou Yifan, aparece en el puesto 64. Como se acepta que no hay diferencias entre la inteligencia del hombre y de la mujer, los estudiosos de la teoría de juegos y los psicólogos cognitivos se preguntan a qué se debe la abrumadora supremacía de los hombres en “el juego ciencia”. La pregunta es pertinente ya que el ajedrez, por

su complejidad y porque reúne dos mundos mentales, cálculo y creatividad, se volvió un evaluador recurrente para medir no solo la inteligencia de los seres humanos sino también la de las máquinas. Las respuestas que se han ensayado son variadísimas. Pero antes veamos un poco de la biografía de la ajedrecista más destacada de todos los tiempos.

El mundo supo por primera vez de la existencia de las Polgar cuando llegaron en 1988 a Salónica, Grecia, a disputar el campeonato mundial femenino por equipos en representación de Hungría. Llamaron la atención desde un principio porque tres de sus cuatro titulares eran hermanas y estaban muy jóvenes: Sofía, Susana y Judit, de 19, 14 y 12 años de edad. Hungría venció 3-1 a la mítica URSS y se alzó con el título, hasta entonces patrimonio indiscutible de las soviéticas, y los periodistas se interesaron en la familia Polgar.

Entonces se supo que los padres de las Polgar eran dos profesores que decidieron que sus hijas no asistieran al colegio porque perderían mucho tiempo, y las educaron en casa ellos mismos, con el ajedrez como asignatura importante. El experimento fue un éxito y las Polgar fueron no solo excelentes jugadoras sino personas equilibradas. “No son genios atormentados, como tantos grandes maestros –dice Lazlo, el orgulloso padre–. Mis hijas hablan varios idiomas, practican deportes (karate, tenis de mesa y natación), han visitado medio mundo, son famosas y ganan bastante

dinero”. Lazlo está especializado en psicopedagogía y filosofía y su esposa es maestra, un título importante en Hungría.

La más destacada del equipo húngaro, y del torneo de Salónica, fue Judit; ganó 12,5 puntos de 13 posibles y su actuación resultó decisiva para que Hungría se alzara con la medalla de oro, hazaña que el equipo repitió en 1990. En 1991 Judit fue campeona absoluta de Hungría, y alcanzó el título de gran maestro. Tenía quince años (Boby Fischer alcanzó la norma de gran maestro a los quince años y dos meses).

En 1994 ganó el Torneo Comunidad de Madrid, por encima de jugadores de la talla de Ivan Sokolov, Miguel Illescas, Gata Kamsky, Alexei Shirov (tercero del mundo) y Sergei Tiviakov. Ante la derrota frente a la húngara, el bosnio Iván Sokolov se marchó furioso de la sala y no quiso analizar la partida con Judit y los periodistas, una vieja tradición de los torneos profesionales. Una reacción idéntica tuvo el yugoslavo Evgeny Bareev. Fue el mejor resultado de una mujer en quince siglos de historia del ajedrez.

En adelante, el público y los periodistas le seguirían el paso. Siempre muy bien vestida, bella, con su largo pelo rojo, Judit fue una protagonista de primera línea de los más importantes torneos masculinos del mundo.

En un principio, los comentarios de los ajedrecistas fueron desapacibles. Kasparov, por ejemplo, llegó a decir que las Polgar eran

“perrillos amaestrados”. Luego tuvo que recoger sus palabras. En el torneo de Linares, Kasparov se enfrentó a Judit y estuvo en una situación difícil, tenía cinco minutos para ocho jugadas. Movi6 un caballo, lo puso en c5 pero en el 6ltimo instante comprendi6 que la jugada perdi6, lo levant6 r6pidamente y tuvo que ponerlo en cualquier parte, en una posici6n pasiva. Logr6 pasar raspando el control de tiempo, recompuso la figura y gan6 la partida, pero reconoci6: “Sufri mucho. Tuve suerte”.

En un video en c6mara lenta divulgado luego, se ve que Kasparov suelta la pieza en la casilla fatal durante una d6cima de segundo, hecho que lo dejaba sin tiempo y en una posici6n perdedora. Fue la primera vez que una mujer estuvo a punto de ganarle a un campe6n del mundo.

De las muchas partidas brillantes de Judit, elegi la que jug6 contra Lev Gutman en Bruselas, en 1987. Teni6 once a6os y llevaba las piezas blancas.

1 e4 c5 2. Cf3 d6 3 d4 cxd4 4 Cxd4 Cf6 5 C3 e6 6 Ae2 Ae7 7 o-o o-o 8 f4 a6 9 Ae3 Dc7 10 a4 Cc6 11 De1 Cd7 12 Dg3 Af6 13 Tad1 Tb8 14 Cxc6 bxc6 15 15 e5 dxe5 16 Ce4 Ae7 17 f5 exf5 18 Ah6 g6 19 Txf5 Tb4 20 Ad3 f6 21 Tdf1 Txe4 22 Axf8 Rxf8 23 Axe4 gxf5 24 Axf5 Cb6 25 Axh7 Ae6 26 Ae4 Cd5 26 Ae4 Cd5 27 Dh4 Cd5 27 Dh4 Cf4 28 Dh8+ Ag8 29 Td1 Ce6 30 Rh1 Ad8 31 Af5 Cd4 32 Ah3 Df7 33 c3 Db3 34 Dh6+ Re7 35 Tf1 Ce6 36 Dxf6+ Rd6 37 Axe6 y Gutman se rindi6.

Volvamos a la pregunta del principio: ¿por qu6 los hombres juegan mejor al ajedrez? Hay una teor6a cl6sica que sostiene que los cerebros de los hombres y las mujeres nacen “formateados” para ciertas materias y quehaceres: los de los hombres, para la matem6tica, la f6sica, la ingenier6a. Los de las mujeres, para la comunicaci6n, la sensibilidad y el cuidado de la familia. Hay tambi6n una explicaci6n psicoanal6tica. Los hombres odian al padre (complejo de Edipo), representado en el tablero por el rey. Esto es

un est6mulo poderoso para que los hombres se inspiren y le den jaque mate al padre-rey. Algunos pedagogos del juego sostienen que

Hasta la pubertad no hay diferencia en cuanto al inter6s por el ajedrez y la potencia de juego de ni6os y ni6as. Pero justo en este momento, entre los 11 y los 13 a6os, la mayor6a de las chicas salen despavoridas del club de ajedrez, mientras que muchos chicos siguen jugando. Las responsables de estos comportamientos ser6an las hormonas: el estr6geno invade el cerebro femenino y lo incita a la comunicaci6n y las actividades de socializaci6n. En cambio el cerebro masculino recibe fuertes inyecciones de testosterona, que lo lleva a aislarse y buscar ocupaciones recogidas, como el ajedrez.¹

Judit Polgar encuentra insatisfactorias estas teor6as. Cuando un periodista la interrog6 sobre el asunto, contest6:

Los hombres tienen mejores resultados en ajedrez y en vvcien campos m6s por la sencilla raz6n de que las mujeres reci6n estamos saliendo de la casa. Hay diez hombres por cada mujer en el mundo del ajedrez. Pero no me parece que sean especialmente brillantes. No es sino mirar la historia y los peri6dicos para darse cuenta de lo discreta que ha sido la administraci6n masculina del mundo, y por ende, su talento para la pol6tica, un juego m6s complejo y mucho m6s importante que el ajedrez. Pero los amo. Los he visto armar berrinches 6picos cuando los derrota una mujer. Provoca mimarlos y consolarlos y repetirles que son los reyes del juego y explicarles que el ajedrez es solo eso, un juego. Todos los alegatos sobre la superioridad intelectual de los hombres son una solemne estupidez y no tienen ning6n sustento cient6fico. No existe ning6n estudio concluyente sobre la superioridad intelectual de los

hombres, por fortuna: ya son prepotentes sin evidencias cient6ficas... Las diferencias entre los resultados de los hombres y las mujeres en matem6ticas, por ejemplo, se han acertado hasta hacerse irrelevantes, e incluso se han revertido, si nos atenemos a los resultados m6s recientes de las Pruebas Pisa. Lo 6nico que est6 claro es que los hombres se imponen f6cilmente en deportes de fuerza bruta.

George Steiner se pregunta por qu6 el ser humano puede brillar, a muy temprana edad y alt6simo nivel, en solo tres disciplinas: m6sica, matem6ticas y ajedrez. Buscando la respuesta, el sabio de sabios repasa las biograf6as de los genios precoces del juego m6s serio del mundo (Fisher, Capablanca, Morphy, Alekine), de los genios precoces de la matem6tica, “palacio de precisos cristales” (Gauss, Pascal, Galois) de los genios precoces de la m6sica, “misteriosa forma del tiempo” (Mozart, Mendelssohn), acude a Pavlov, a la frenolog6a del siglo XVIII, hurga en el c6rtex, nos explica que la m6sica, la matem6tica y el ajedrez son “actos din6micos de localizaci6n”, nos demuestra que conoce 6ntimamente las tres materias, que ha sentido el 6xtasis de entender de manera 6ntima la demostraci6n de un teorema, el temblor de la mano del jugador en un momento crucial, que no ignora que la melod6a es una clave del misterio supremo, mezcla la epistemolog6a, la teor6a de juegos, la psicolog6a, la neurociencia... y fracasa. Ni siquiera Steiner ha podido resolver el problema, pero nos dej6, en cambio, el mejor texto sobre ajedrez, el ensayo “Muerte de reyes”.

Los historiadores del juego coinciden en se6alar que el periodo m6s fecundo de Judit transcurri6 entre 1998 y 2005. En 1998 derrot6 5-3 en un *match* de partidas semir6pidas a Karpov. En 1999 logr6 la medalla de oro individual en el Europeo de Naciones de Georgia, y la de plata en la olimpiada de Estambul en el 2000 compitiendo contra 750 hombres.

(Georgia fue la meca del ajedrez femenino. En los a6os 70 y 80, siete u ocho de las diez mejores jugadoras sovi6ticas eran georgianas. Una vieja tradici6n, incluir en la dote un tablero de ajedrez, nos habla de la importancia del juego en Georgia). En este mismo a6o, el 2000, Judit se alz6 con el primer premio del torneo de Bali (Indonesia) por delante de Karpov y Jalifman, el campe6n del mundo. En 2001 termin6 cuarta en Linares, empatada en puntos con el segundo, y fue la 6nica que no perdi6 con Kasparov, con quien firm6 dos empates. La lista de sus v6ctimas ilustres (en partidas lentas o r6pidas) incluye nueve campeones del mundo: Jalifman, Kasimyanov, Ponomarev, Anand, Topalov, Smyslov, Spassky, Kasparov y Karpov. En su momento m6s alto, ocup6 el octavo lugar en la lista mundial de la Fide en enero de 2004, sin demeritar, con esto, su cuarto puesto en el torneo de Wijk aan Zee, Holanda, frente a los mejores tableros del mundo, a los tres meses de ser madre por primera vez.

Luego, y especialmente despu6s del nacimiento de su segundo hijo, sus prioridades cambiaron y sus resultados sufrieron un ligero decremento, aunque sigue siendo una jugadora de 6lite, due6a de una profundidad de c6lculo muy precisa en lo t6ctico, muy fuerte en la concepci6n estrat6gica de la partida y creativa incluso en las posiciones donde se supone que ya todo est6 dicho. En la actualidad tiene 42 a6os, sigue muy bella y casi victoriosa sobre el tiempo, no participa en torneos femeninos, escribe libros y organiza festivales de ajedrez infantil. ■

Julio C6sar Londo6o (Colombia)

Ensayista y narrador. Columnista de El Pa6s y El Espectador. Finalista del premio Planeta de novela, Madrid-Bogot6. Premio Sim6n Bol6var, cr6tica literaria, Bogot6. Premio Plural del ensayo, M6xico. Premio Juan Rulfo de cuento, Par6s. “Aunque he fracasado con esmero en varios g6neros y quehaceres, agradezco la circunstancia fortuita de ser esa cosa ex6tica, pedante y casi feliz, un hombre de letras”.

LA ANCIANA DE LOS GATOS

LUIS FERNANDO AFANADOR

Milan Kundera abogaba por la recuperación del ensayo dentro del género novelístico. Un ensayo provocador, creativo y leve, en el mejor sentido que el escritor checo le dio a esa palabra. La novela-ensayo, que alcanzó su cota más alta con los centroeuropeos —Musil, Broch— y de cuya tradición él se declaraba heredero. “Una novela que no revela un aspecto desconocido del ser humano, es inmoral”, solía decir Kundera, quien incursionó en la novela de ideas con un gran éxito editorial en los ochenta. Una moda, si se quiere: sus novelas ahora muy poco se leen. ¿Qué pasó con Kundera? En su momento, algunos lo criticaron porque su talento —o su truco— consistía, además de su anti-comunismo, en hacer sentir intelectuales a sus lectores de una manera muy fácil. Es posible. Aunque yo agregaría algo más. Creo que la novela de ideas, por filosófica que pretenda ser, debe también crear personajes memorables y Kundera no lo logró. Las ideas encarnan, como nos lo recuerdan Settembrini, Naphta y, por supuesto, Iván Karamazov. Como nos lo recuerda, en estos tiempos, J. M. Coetzee en sus novelas, con sus alter-egos John y la maravillosa señora Elizabeth Costello.

Elizabeth Costello nace en una novela homónima de Coetzee, publicada

Elizabeth Costello busca incomodarnos, sacudirnos, con cada una de sus disertaciones. Sin embargo, en el tema de nuestra relación con los animales es donde parece ser más radical.



en 2003. Nace, o la conocemos, un tanto mayor: de 66 años. Es australiana, autora de varias novelas, libros de poesía, ensayos y artículos periodísticos. La obra que la catapultó a la fama y que generó “una pequeña industria crítica alrededor de ella”, fue su cuarta novela, *La casa de Eccles Street*, cuya protagonista es Marion (Molly) Bloom en *Ulises*, de James Joyce. Novela de ideas, pura y dura: Elizabeth Costello da ocho conferencias en diferentes lugares del mundo, en universidades y en un extravagante crucero para millonarios, sobre diversos temas: el realismo, la novela africana, la vida de los animales —en dos partes—, las humanidades, el problema del mal, Eros y El Juicio Final. En la conferencia sobre el realismo, como era de esperarse, ajusta cuentas con las novelas que pretenden ser un fiel reflejo del mundo. El mundo se ha roto irreparablemente y ya no hay espejos —ni novelas— que la puedan reflejar: “Había una época, creemos, en que podíamos decir quiénes éramos. Ahora no somos más que actores que recitamos nuestros papeles”. El realismo, además, se basa en la falsa premisa de que “solo pueden existir las cosas, que las ideas no tienen existencia autónoma”. Y cuando es preciso darles existencia, “inventa situaciones, paseos por el campo, conversaciones, para que las ideas encarnen”. Pero, como lo demostrará Elizabeth Costello en esta novela, las ideas no necesitan excusas para existir, para flotar en libertad.

Elizabeth Costello busca incomodarnos, sacudirnos, con cada una de sus disertaciones. Sin embargo, en el tema de nuestra relación con los animales es donde parece ser más radical. No solo denuncia la violencia contra los animales: compara a los matade-

ros con los campos de exterminio nazi, por ser una forma industrializada de muerte. Sus polémicas conferencias siempre son ante un auditorio adverso, que no resulta indiferente ante sus argumentos, por la pasión y la lucidez con que razona. “Cuando cerré el libro me descubrí furiosamente irritado contra todo lo que ella sostenía y a la vez conmovido hasta los huesos por esta viejecita pugnaz y formidable”, dijo Mario Vargas Llosa.

La siguiente aparición de la perturbadora señora es en la novela *El hombre lento* (2005), en la cual aparece hacia la mitad, para concientizar al protagonista, Paul Rayment, un ex fotógrafo solitario de 60 años que acaba de perder una pierna en un accidente y se enamora de Marijana Jokic, una inmigrante croata de mediana edad, casada, con tres hijos, algo gruesa y con aire de matrona, pero todavía de una belleza perturbadora. Un necesitado amor crepuscular que incluirá el mecenazgo de los hijos de Marijana, porque ha llegado a la conclusión de que no tener hijos fue el gran error de su vida: “Ahora, por el contrario, no tener hijos le parece una locura, una locura gregaria, incluso un pecado. ¿Qué mayor bien puede haber que crear más vida, más almas? ¿Cómo se llenará el Paraíso si la Tierra deja de enviar sus cargamentos?”. La intervención de Elizabeth Costello, en una suerte de *deus ex machina*, busca despertar en “el hombre lento” un poco de malicia, hacerle ver su ridículo rol de pelele y ayudarle a desprenderse del cuerpo y sus vanas fantasías: “¡Ah, la juventud!”.

En *Siete cuentos morales* (2018), el último libro publicado por Coetzee (primero en español que en inglés), volvemos a ver a la señora Costello en cinco de los cuentos. Con

Hasta allí llegara su hijo John, filósofo y profesor en una universidad norteamericana, a tratar de convencerla de regresar a la “civilización”

¿Cuál es el saldo de la belleza? ¿En qué hace bien? ¿Nos hace mejores?”. Llegaremos a las puertas del cielo con las manos vacías, diría la escéptica e irónica Elizabeth Costello.

el mismo espíritu indómito, arrogante y obstinado, pero con más achaques de salud. Tiene ya 72 años, problemas cardíacos, cojea, y vive en un pueblo olvidado de España, rodeada de gatos salvajes y con un hombre, Pablo, en situación de discapacidad mental, que ha acogido para evitar que lo encierren los Servicios Sociales: ha sido pillado haciendo exhibicionismo con mujeres jóvenes y con niños. Proteger a los gatos salvajes y a Pablo, la hacen tener una relación conflictiva con el pueblo. Hasta allí llegará su hijo John, filósofo y profesor en una universidad norteamericana, a tratar de convencerla de regresar a la “civilización” —le ofrece su casa, en la que vive con su esposa y sus hijos— y abandonar los peligros a los que se ve expuesta con su vida “primitiva” y su avanzada edad. Años antes, su hija Helen, que vive en Niza, en complicidad con John, había tratado de convencerla de alquilar un apartamento en su mismo edificio para cuidarla: “Gracias, pero tenemos gente muy competente en Melbourne, gente preparada para atender a ancianos y sus pequeñas urgencias”. Fue la primera defensa contundente de su soledad.

Quiere concentrarse en morir bien, tener una buena muerte. ¿Qué es para ella una buena muerte? “Una buena muerte ocurre lejos, en algún lugar donde gente extraña se hace cargo de los restos mortales, gente que está en el negocio de las fu-

nerarias. De una buena muerte, uno se entera por telegrama: *Lamento informarle que... etcétera*. Es una lástima que los telegramas hayan pasado de moda”. ¿Y no tener a nadie al lado que te sostenga la mano? Es antisocial. Inhumano. Falto de afecto. “No está bien morir a solas”, le replica Helen. Elizabeth les agradece que se preocupen, que piensen en ella. Pero no cede. Más bien contraataca con un sarcasmo político. Le propone a John, que él y su familia dejen de vivir “en el vientre del Gran Satán” y se ofrece a recibirlos en Australia, como invitados... o refugiados. A continuación, invita a sus dos hijos a cenar en un pequeño restaurante de Niza que le gusta mucho. “No arruinemos este hermoso día con discusiones”.

Ad portas de la muerte, reflexiona sobre el deseo sexual, la vejez, el suicidio, la historia —“deploro el rumbo de la historia” —, el arte de contar historias —“todavía me dedico a la narrativa, todavía no he descendido a andar pregando mis opiniones” y la belleza, con la cual ha convivido: “Lo que me pregunto ahora es: ¿de qué me ha servido toda esa belleza? ¿No será la belleza otro objeto de consumo, como el vino? Uno bebe, lo traga y nos da una breve sensación placentera, embriagadora, pero ¿qué queda? Lo que el vino deja de saldo, con tu perdón, es la orina; ¿cuál es el saldo de la belleza? ¿En qué hace bien? ¿Nos hace mejores?”. Llegaremos a las puertas del cielo con las manos vacías, diría la escéptica e irónica Elizabeth Costello. Todo es inútil. Porque todo artista verdadero habita en “la duda de Cézanne”. Por eso, la que debe responder esas preguntas no es ella, sino su hija:

“Lo que no vas a decir es que lo que has escrito ha cambiado la vida de los otros, ha hecho de ellos seres humanos mejores, o algo mejores. No soy la única

que lo dice. Hay gente que dice lo mismo, gente que no es conocida nuestra. Me lo dicen a mí, en la cara. No porque tus obras contengan lecciones sino porque son una lección”.

Habla de muchos temas, pero no olvida su tema central: la vida de los animales. Su hijo, al revisar sus papeles, encuentra un ensayo sobre Heidegger: “Con respecto a los animales, Heidegger sostiene que su experiencia del mundo es limitada, que carece de algo: la palabra que usa en alemán es *arm*, pobre. Su experiencia del mundo es pobre en comparación con la nuestra: es pobre en sentido absoluto”. Al parecer, no estaba pensando en animales en general, sino en garrapatas. Y las garrapatas solo captan vibraciones que anuncian la proximidad de una criatura de sangre caliente. Con respecto al resto del mundo la garrapata es sorda y ciega. “Por eso mismo, en el lenguaje de Heidegger, la garrapata es *weltarm*, pobre de mundo”. Costello, nos recuerda que Heidegger tuvo un famoso *affaire* con Hannah Arendt, cuando ella era alumna suya. Algo de lo que nunca habló. Y se pregunta si Heidegger, cuando Hannah golpeaba a su puerta, ¿no obliteraba su razón, su orgullo de ser hombre, formador de mundo, su *ein Mensch*, y ante la sangre caliente, no se volvía sordo y ciego, como la garrapata?

¿Sienten dolor los animales? ¿Sufren? ¿Carecen de alma racional como decía Descartes? Leyendo los diarios de su madre, John se entera de que ella estuvo en una conferencia de un tal Gary Steiner sobre la influencia de Descartes en nuestra manera de pensar sobre los animales. “Los animales son capaces de sentir dolor pero incapaces de sufrir”. Pero no es esta frase lo que la aterra sino la descripción que hace Steiner sobre la forma en que el filóso-

fo francés abre un conejo vivo con un escalpelo para hacer un experimento. Sintió ganas de ponerse de rodillas y pedir perdón “por Steiner, por René Descartes y por toda la banda de asesinos que somos”. En otra entrada del diario, la madre comenta un libro de Marian Dawkins, *Why Animals Matter* (Por qué importan los animales). ¿Tienen los animales una mente? Es difícil responderlo científicamente. Pero no se trata eso, se trata de sentir su interioridad, se trata de empatía, no de racionalidad. Ahí entiende Elizabeth Costello el sentido de su vida, su misión: hacer visibles a esas criaturas anónimas que trituran en los criaderos. “Escribo para ellos. Tuvieron una vida tan breve, tan fácil de olvidar. Dejando a Dios de lado, soy el único ser del universo que los recuerda”.

Un escritor australiano, amigo de Coetzee, fue a la India a dar un ciclo de conferencias sobre literatura australiana contemporánea y en una de las universidades que visitó, le pidieron que les hablara sobre la autora Elizabeth Costello. El personaje de ficción había encarnado. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.



ALISA KOONEN

LA SALOMÉ ROJA

ANASTASSIA ESPINEL

El teatro entró en mi vida desde los primeros años, creo que desde el momento en que aprendí a hablar y a caminar. Toda mi vida ha sido estrechamente relacionada con el arte teatral. Para mí siempre ha sido difícil determinar dónde termina el teatro y empieza la vida real pues ambas cosas han estado para mí inseparables desde el principio. El teatro irrumpe en mi vida y ésta, a su vez, entra en la escena, alimentándola con su fuego vivo.

Alisa Koonen. "Las páginas de mi vida"



Corría el año 1917, el último de la vieja Rusia zarista y el primero de la nueva Rusia soviética. El país entero vivía aquel colapso propio a la época cuando todos los valores antiguos se desmoronan en un abrir y cerrar de ojos mientras los nuevos se tardan en nacer en medio de aquellas contracciones atroces que trae consigo cualquier cataclismo social. Sin embargo, la vida cultural no se cesó pues el gobierno bolchevique consideraba que el nuevo arte revolucionario debería convertirse en uno de los pilares básicos del socialismo. Al teatro se le concedía el papel fundamental en la formación del nuevo hombre soviético por lo que se hacía todo lo posible para apoyar a los actores y productores dispuestos a colaborar con el nuevo régimen.

En pleno invierno, cuando las sórdidas calles de una Moscú devastada tras la

reciente insurrección armada se hundían en la nieve y en la oscuridad, en la escena del Teatro Kámerniy tuvo lugar un espectáculo fantástico y maravilloso. El joven productor teatral Alexander Taírov llevó al escenario *Salomé*, la tragedia de Oscar Wilde que aparecía en los afiches con el subtítulo de "un gran espectáculo revolucionario, antimonárquico y antirreligioso".

1. La tragedia de la tragedia

Pocas obras en la historia de la literatura universal han tenido una historia tan trágica y a la vez escandalosa como *Salomé*, la tragedia de un solo acto, versión sumamente personal de la famosa historia bíblica sobre la fogosa y provocativa hija de rey Herodes y el profeta Juan el Bautista quien lleva en la obra el nombre de Jokaanan. Escrita originalmente en francés, *Salomé* fue publicada en París en 1893, un año después se tradujo al inglés y de una vez censurada y prohibida por representar a los personajes bíblicos de una manera tan "amoral". La ópera del compositor alemán Richard Strauss, inspirada en la obra de Wilde y estrenada en Dresde en 1905, también cosechó feroces críticas debido a la "impúdica" escena de la "danza de los siete velos" y todas sus funciones terminaron canceladas.

Traducida al ruso en 1904, *Salomé* de una vez fue prohibida en la Rusia zarista por las mismas razones que en el resto de Europa; es más, algunos de los críticos más fervientes de la tragedia de Wilde encontraron en la figura del rey Herodes cierto parecido con la personalidad del zar Nicolás II y en su pasión por Salomé una alusión más que transparente al romance secreto del soberano ruso con la famosa bailarina Mathilde Kschessinska y no tardaron de condenar la obra "no solo por su carácter escabroso y amoral sino también sedicioso y antisocial".¹ Por lo tanto, no es de extrañar que la obra fuera retirada inmediatamente de todos los escenarios nacionales. Con el paso de los años, algunos dramaturgos rusos trataron de "suavizar" algunas escenas más fuertes para eludir la censura y poder llevar al escenario la sufrida tragedia de Wilde, pero no pudieron lograrlo mientras duró el régimen zarista.

Pretendiendo romper de una vez con todas las ataduras y supersticiones del pasado, la Revolución de Octubre de una vez pretendió encontrar en todo lo prohibido y censurado por el régimen zarista las manifestaciones de un "nuevo arte revolucionario" y dirigirlo inmediatamente "al servicio de las masas populares".² Resulta simbólico que ya en el primer año de la Revolución la otrora condenada *Salomé* fue estrenada casi simultáneamente en dos importantes teatros de Moscú, el Maly y el Kámerniy.

Mientras la presentación en el Maly fue caracterizada por todos los críticos teatrales como un espectáculo "francamente débil, ingenuo y torpe", la del Kámerniy fue realmente grandiosa y, sin lugar a dudas, marcó el inicio de una nueva época en la historia del arte escénico tanto a nivel nacional como mundial.

El éxito de *Salomé* en la escena del Kámerniy se debió, indudablemente, al talento de su productor Alexander Taírov y, tal como lo reconocieron unánimemente todos los críticos, a la brillante actuación de la actriz Alisa Koonen en el papel protagónico. Según el famoso escritor, filólogo y crítico literario Leonid Grossman:

Aquella morena hermosa en plena flor de su juventud, de inmensos ojos color aguanarina rodeados de unas pestañas tan largos que parecían postizos y de exuberantes rizos coronados con una centelleante diadema, percibió hasta el fondo todo aquel impacto descomunal del erotismo de la obra de Wilde... Con su boca semiabierta y mirada fulgurante; con sus movimientos lánguidos y a la vez desenfrenados, casi inconscientes, con su voluntad sometida por completo al ciego deseo carnal, era una Salomé tan bella como aterradora... Con un gesto casi sacramental, la princesa enamorada tendía sus delicadas manos hacia el profeta, susurrando como poseída por el delirio: "Estoy enamorada de tu cuerpo". En el próximo instante, rechazada y ofendida, se convierte en la encarnación de la maldad y sus brazos, hace apenas un momento, suaves y cariñosos, comienzan

a retorcerse como un par de serpientes a punto de estrangular a su víctima.³

¿Quién era en realidad Alisa Koonen, aquella Salomé de la escena soviética?

2. Enamorada de la escena

Hija de Gerogi Koonen, un inmigrante belga naturalizado en Rusia, y de una aristócrata polaca de un linaje antiguo pero empobrecido, Alisa Koonen no tenía en sus venas ni una sola gota de sangre rusa pero toda su vida está relacionada con la historia del teatro nacional. Gracias a *Las páginas de mi vida*, una magnífica autobiografía de la actriz, conocemos numerosos detalles curiosos de los primeros años de su vida.

Nació en Moscú el día 17 de octubre de 1889 y, según sus propias palabras, *poco después de mi nacimiento la familia tuvo que empeñar su única joya, la pequeña cruz de plata de mi bautizo, para poder comprar algo de comida*.⁴ La pobreza resultaba insostenible y el dinero no alcanzaba ni para lo más necesario debido a que el padre de familia tenía muy poca suerte en su carrera de abogado y carecía de clientes. La madre de Alisa, una pianista talentosa, trataba de ajustar el presupuesto familiar dando clases de música, pero su salud sumamente frágil no le permitía tener más que un número reducido de alumnos.

A pesar de todas aquellas privaciones, Alisa era una niña alegre y divertida. Sus compañeras del Primer Gimnasio Femenino, hijas de familias adineradas, solían invitarla con frecuencia a sus fiestas caseras donde Alisa, según el testimonio de una de sus amigas de infancia, solía convertirse en el centro de atención no solo por su belleza y encanto personal sino también porque declamaba poemas, cantaba y bailaba mejor que el resto de las niñas y ya en aquel



Alexander Tairov, esposo de Alisa Koonen. Actor y director de teatro ruso.

entonces actuaba en espectáculos caseros, ganándose los aplausos del público.

En uno de aquellos espectáculos la actuación de Alisa llamó la atención de una dama que conocía personalmente a Konstantín Stanislavski, el distinguido pedagogo teatral que en aquel entonces dirigía el Teatro de Arte de Moscú. Poco después Alisa, en aquel entonces la estudiante del último grado del gimnasio, fue presentada al gran Stanislavski quien le preguntó clara y llanamente: “¿Podría usted, señorita, dejar la vida mundana y retirarse al convento por el resto de sus días? El teatro es como el convento pues le exige la misma entrega total”. A sus 15 años, Alisa aceptó el reto e ingresó a la Escuela del Arte Escénico dirigida por Stanislavski y otros mejores pedagogos teatrales de la época. Solo un año después, en 1906, debutó en la escena del Teatro de Arte en un papel episódico en la comedia clásica de Alexander Griboyédov *El mal de la razón*. Con tan solo 19 años interpretó su primer papel importante, Mytyl en *El pájaro azul* de Maurice Maeterlinck que le trajo un gran éxito y amor del público. Luego, apareció en otros dos papeles igual de exitosos, la gitana Masha en *El cadáver viviente* de León Tolstoi (1911) y la seductora princesa beduina Anitra en *Peer Gynt* de Henrik Ibsen (1912).

Pronto, Alisa Koonen se convirtió en la estrella más brillante del Teatro de Arte. Los críticos más famosos de la época se deshacían en ditirambos después de cada aparición suya en el escenario. Unos admiraban su manera de caminar, considerándola como “un auténtico triunfo sobre el espacio y la fuerza de gravedad”; otros comparaban su voz con “el magma caliente, capaz de llenar sin esfuerzo una sala para mil espectadores”. Incluso en las fotografías viejas sus ojos parecen brillar y su mirada irradiaba una expresividad extraordinaria, sobre todo, en las escenas de ira o pasión. Además, Alisa sabía hacer malabares y caminar por la cuerda floja, tomaba clases de esgrima y, en

Aunque entre sus numerosos admiradores figuraban personajes tan interesantes como el distinguido actor Vasiliy Kachálov y el famoso escritor Leonid Andréiev, el único gran amor de la actriz seguía siendo el teatro.

cuanto a la danza, sus contemporáneos la comparaban con la misma Isadora Duncan. Según el rol, ella podía ser casta y seductora, severa o radiante de alegría, trágica o llena de felicidad. A diferencia de tantos otros actores de su época, sabía evitar muy bien los gestos sobrantes y entonaciones excesivamente dramáticas; todo en ella parecía exacto y, por lo tanto, perfecto.

Sin embargo, a pesar de su creciente fama y reconocimiento en el mundo teatral, la joven estrella de la escena no se sentía satisfecha. Mientras Stanislavski, famoso por su meticulosidad y carácter difícil, adoraba a su mejor alumna y con frecuencia la ponía de ejemplo a otros jóvenes actores, la misma Alisa no tardó en decepcionarse de aquel estilo de actuación que propagaba su célebre maestro. El famoso sistema de Stanislavski, según opinaba Alisa Koonen, no era más que “rasguñar poco a poco a los papeles y tropezar inútilmente en el mismo sitio”; en cambio, ella necesitaba más libertad, más espontaneidad o, según sus propias palabras, “el fuego, el vuelo, la plenitud y la alegría de actuar”.⁵ En búsqueda de todo esto, Alisa abandonó en 1913 el Teatro de Arte y se arrojó de cabeza en una nueva aventura, primero en el Teatro Libre y, tras su cierre por problemas económicos un año después, en el recién inaugurado Teatro Kámerniy cuyo fundador, el joven productor Alexander Tairov, se convirtió en el único hombre amado en la vida de la actriz.

Hasta entonces, Alisa no conocía un verdadero amor y parecía cumplir al pie de la letra su promesa de dedicar su vida únicamente a la escena. Aunque entre sus numerosos admiradores figuraban personajes tan interesantes como el distinguido actor Vasiliy Kachálov y

el famoso escritor Leonid Andréiev, el único gran amor de la actriz seguía siendo el teatro. El encuentro con Alexander Tairov la convirtió en una verdadera mujer, pero al mismo tiempo, no disminuyó su pasión por la escena. En adelante, participarían juntos en la creación de la obra más grande de su vida: el Teatro Kámerniy. Posteriormente, sus colegas escribirían que “mientras Tairov era la mente y la voluntad del Kámerniy, Alisa Koonen era su corazón”.⁶ Los esposos se instalaron en un modesto apartamento en el mismo edificio del teatro; tal vez por eso, según el testimonio de sus amigos cercanos, la frontera entre la escena y la realidad parecía no existir para ambos.

El nuevo teatro inauguró su primera temporada en diciembre de 1914 con la presentación de *Sakuntala* de Kalidasa, poeta y dramaturgo hindú del siglo IV. A muchos les sorprendió semejante repertorio pues el país entero, tras haber entrado en la Primera Guerra Mundial, esperaba de los productores teatrales nuevas obras de carácter patriótico. El mismo Tairov explicaba su elección de la siguiente manera: “En esta obra no nos acechaba aquella tradición apolillada que cerraba todo acceso al resto de los autores clásicos; así pudimos librarnos de las ataduras del teatro moderno pues el abismo que nos separa de los tiempos remotos de Krisna es demasiado grande”.⁷ Contra todos los pronósticos, el público se quedó fascinado por el colorido oriental, por el milenarismo hindú, la exuberancia de la escenografía y, más que todo, por la magnífica actuación de Alisa Koonen en el papel principal.

Con aquella primera temporada, la popularidad del Kámerniy comenzó a rivalizar con la de los mejores teatros de Moscú.

En su repertorio figuraban las obras de Beaumarchais, Flaubert, Shakespeare y de otros clásicos cuya popularidad no disminuía incluso en los tiempos de guerra. Siendo un productor meticuloso y exigente, Taírov logró dominar a la perfección la misma esencia del arte escénico y no tenía miedo de romper con las normas; por lo tanto, sus obras no encajaban con ninguna de las corrientes teatrales de la época. Alisa Koonen, su esposa, su compañera y su musa, actuaba en todos sus espectáculos y lo inspiraba para nuevos proyectos cada vez más originales e innovadores.

Es evidente que antes de *Salomé*, Alisa Koonen ya era una figura notoria en el mundo escénico, pero según sus propias palabras, por primera vez en su carrera de actriz logró sentir el verdadero amor del público cuando apareció en el escenario en el papel de la infeliz hija de Herodías. Al igual que muchos intelectuales progresistas de su época, Taírov y Koonen vieron en la Revolución la oportunidad de derribar todas las barreras y restricciones y hablar con el pueblo en su propio idioma. Tal como escribiría la actriz en sus memorias, *Salomé* no era tan solo un nuevo estreno sino que marcó el inicio de una nueva época no solo en la historia del teatro sino de la nación y de la humanidad entera: “En la sala no había calefacción, el público se arropaba con mantos de lana y gruesos abrigos mientras Nikolai Tziskaridze, actor que hacía el papel del profeta Jokaanan prácticamente semidesnudo y yo con “los siete velos” de Salomé tiritábamos de frío. Entre el público estuvo presente Anatoli Lunacharski, el Comisario de Cultura y Educación; recuerdo que entró en la sala vestido con un abrigo de pieles, pero al vernos semidesnudos en el escenario, lo arrojó al suelo en señal de su solidaridad con los actores... Siempre que me acuerdo de aquel estreno, comienzo a sentir frío, pero no era nada en comparación con aquellas ovaciones con que nos recibía el pueblo. El país entero estaba en una encrucijada, pero el futuro prometía ser espléndido y nosotros, los servidores de arte, hicimos nuestro primer aporte en su creación”.⁸

Entre el público estuvo presente Anatoli Lunacharski, el Comisario de Cultura y Educación; recuerdo que entró en la sala vestido con un abrigo de pieles pero, al vernos semidesnudos en el escenario, lo arrojó al suelo en señal de su solidaridad con los actores...

3. Después de *Salomé*

Los primeros años postrevolucionarios fueron, sin duda alguna, los más prolíficos en la carrera escénica de Alisa Koonen y una auténtica Edad de Oro para el Teatro Kámerniy. A lo largo de la década de los 1920 la actriz interpretó casi una docena de papeles de distintos géneros dramáticos, cada uno de los cuales ha sido un nuevo éxito: Adrienne Lecouvreur en la comedia musical de Eugène Scribe y Ernest Legouvé, Julieta en la tragedia clásica de Shakespeare, Fedra en la obra de Jean Racine, Juana de Arco en *Santa Juana* de Bernard Shaw, Katerina en *La tormenta* de Alexander Ostróvski, Abbie en *Deseo bajo los olmos* y Ella en *El mono peludo* de Eugene O'Neill, entre otros.

En 1923, el Teatro Kámerniy realizó una gira por Alemania y Francia que, en vez de las previstas cinco semanas, duró casi siete meses debido al gran éxito, a pesar de que algunos periódicos occidentales exhortaban a sus conciudadanos “boicotear los espectáculos de los bolcheviques”. En París el público prácticamente asediaba las cajas teatrales en su afán de conseguir entradas para la presentación de *Fedra* con Alisa Koonen en el papel principal mientras en Alemania una de las revistas teatrales más prestigiosas llamó a Alexander Taírov “un auténtico líder de la revolución teatral, la Universidad de Colonia instaló en

su territorio el busto de Taírov en reconocimiento de sus méritos en el desarrollo del arte y Bertolt Brecht le obsequió los derechos sobre la presentación de la versión rusa de *La ópera de los tres centavos*.

Posteriormente Taírov y Koonen junto con otros actores del Kámerniy llevaron su arte al mundo entero. Sus obras fueron galardonadas en los prestigiosos festivales teatrales en París (1925), Nueva York (1926), Milán (1927) y Magdeburgo (1928). El dramaturgo norteamericano Eugene O'Neill reconoció públicamente que ninguna actriz occidental había logrado interpretar a sus heroínas de una manera tan viva y convincente como Alisa Koonen. A finales de los años 20, la fama del Kámerniy y sus actores principales alcanzó el nivel mundial.

En 1932 en el Teatro Kámerniy tuvo lugar la presentación de la obra del joven escritor soviético Vsévolod Vishnevskiy inicialmente titulada ¡*Que viva la vida!*, sobre los acontecimientos de la Revolución y la guerra civil (1918-1920). Alisa Koonen no solo interpretó en aquel espectáculo el papel de la protagonista, la valiente y decidida Mujer Comisario, sino que también propuso el nuevo título para la obra, *La tragedia optimista* e hizo algunas correcciones propias para el libreto. *La tragedia optimista* se convirtió en una auténtica obra maestra del teatro soviético y el papel de la Mujer Comisario, según las palabras de la misma Koonen “tan simbólico como el de *Salomé*”, le trajo en 1935 el título de Artista del Pueblo de la Federación Rusa y la Orden de la Bandera Roja de Trabajo.

No obstante, en los años posteriores la suerte del Kámerniy tuvo un revés trágico. A medida que cobraba fuerza, en los años 30, el totalitarismo del régimen soviético iba en aumento y la nueva censura resultó ser aún más rígida que la zarista. Muchos envidiaban al éxito internacional de Taírov y sus actores así que los comentarios negativos en la prensa sobre “el formalismo excesivo” y “el carácter francamente burgués” de los espectáculos del Kámerniy no tardaron en alcanzar los oídos de Stalin y de otros dirigentes del Estado. La tormenta estalló en 1936, durante la presentación

de la comedia musical *Los bogatyri* cuando Viacheslav Mólotov, el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, el invitado especial a aquel estreno abandonó la sala demostrativamente al terminar el primer acto, y de una vez caracterizó la obra como “una falsificación dañina y subversiva de la historia rusa”.

Aunque Taírov y Koonen, a diferencia de tantos otros artistas contemporáneos de Stalin, tuvieron suerte de evitar el arresto, la cárcel y los tristemente famosos campos de GULAG, la carrera escénica de ambos estaba prácticamente terminada. El inicio de la Segunda Guerra Mundial y la evacuación del Kámerniy a la pequeña ciudad kazaja de Baljash permitieron posponer su cierre definitivo, pero tanto Taírov como Koonen entendían muy bien que los días del teatro, el único y adorado hijo de ambos, estaban contados. En 1946, con los primeros indicios de la Guerra Fría, el Decreto Especial del Partido Comunista “Sobre el repertorio de los teatros dramáticos”, prácticamente prohibió llevar a la escena las obras de autores occidentales por lo que el Teatro Kámerniy volvió a caer en desgracia.

En 1949 Taírov fue destituido de su cargo de director del Kámerniy y este fue reorganizado en el Teatro Dramático de Pushkin. La mayoría de los actores de la compañía de Taírov pasaron a formar parte del nuevo teatro mientras él mismo y Alisa Koonen recibieron pensiones personales que les permitirían subsistir cómodamente por el resto de sus vidas. Taírov murió poco después a causa del cáncer de cerebro; al parecer, la angustia por la pérdida de su amado Kámerniy había acelerado su muerte.

Alisa Koonen sobrevivió a su amado por 24 años más. Vivió en plena soledad; apenas aparecía en público, de vez en cuando participaba en programas de lectura y jamás visitaba espectáculos teatrales que le traían recuerdos demasiado dolorosos. En el año 1961, cuando el “deshielo de Jrushchov” relajó la censura de la época anterior, publicó sus “Recuerdos sobre Taírov”, tratando de rescatar del olvido el legado de su esposo.⁹ Murió en 1974, a la edad de 84 años y su tumba en el Cementerio Novodévichi, declarado en 2004 Patrimonio

de la Humanidad por la Unesco, sigue siendo frecuentada por los amantes del arte escénico, sobre todo, por los jóvenes actores del Teatro de Drama que, siguiendo la vieja tradición teatral, le piden al alma de “la Salomé roja” regalarles parte de su gran talento. ■

Anastassia Espinel (Rusia)

Historiadora y especialista en docencia universitaria. Ph.D en Ciencia Histórica graduada del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Rusia. Residió en Moscú hasta 1998, con prologados viajes a otros lugares como Ucrania, Bielorrusia, países del Báltico y del Asia Central, España, Ecuador y Perú. En 2018, su novela corta *Una vida en Roma* ganó el I Certamen Internacional de Literatura Infantil y Juvenil “Tom Sawyer”. Reside en Bucaramanga, donde se desempeña como docente de la Universidad de Santander (UDES).

Notas al pie

1. Livergant, Alexander Yákovlevich (2014). *Oscar Wilde*. Serie “Vidas de personajes ilustres”. Moscú: “Molodaya Gvardia”, p. 123 (en ruso).
2. Karpenko, Alexander Nikoláyevich (2013). *El cuento sangriento de Oscar Wilde*. (en ruso)
3. Grossman, Leonid Petróvich (1930). *Alisa Koonen*. Moscú: Academia, p. 34.
4. Koonen, Alisa Georgievna (1984). *Las páginas de mi vida*. Moscú: Iskusstvo, p. 14. (en ruso).
5. Koonen, Alisa Georgievna (1955). Ideas sobre la educación de un futuro actor. Moscú, Revista “Teatro”, N 4, p. 46-60. (en ruso)
6. Varios (2016). *El Teatro Kámerniy: libro de recuerdos*. Moscú: Instituto de Arte Teatral de Rusia, p. 87 (en ruso).
7. Tairov, Alexander Yákovlevich (1970). *Sobre el teatro*. Moscú: VTO, p. 230. (en ruso).
8. Koonen, A.G. (1984). Op. cit., p. 98.
9. Koonen, A.G. (1961). *Recuerdos sobre Tairov*. Moscú, Revista “Vida teatral”, N 11-13.

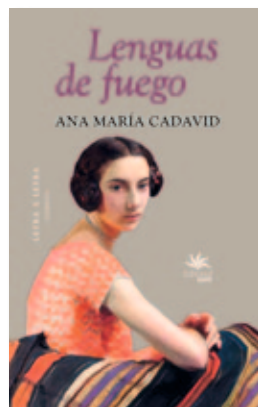


{Novedades}

Relatos impares
Julio Paredes
Editorial EAFIT
134 p.



Lenguas de fuego
Ana María Cadavid
Editorial EAFIT
318 P.



Memoria de la escritura
Álvaro Pineda Botero
Editorial EAFIT
410 p.



FREUD Y LA LITERATURA III



Antes de continuar con la lectura freudiana de otros grandes autores como Dostoievski, es pertinente revisar algunos de los primeros testimonios de Freud con respecto a lecturas de escritores de alguna importancia en su época, pero más olvidados en la actualidad.

I.

El 20 de junio de 1898, Freud le escribe a su gran amigo Fliess que está leyendo a Conrad Ferdinand Meyer “con gran gusto” y le promete que le enviará luego en futura carta, un corto ensayo sobre una obra del escritor suizo titulada *Die Richterin* (*La Jueza*).

C.F. Meyer (1825-1898) fue un escritor suizo en lengua alemana. Después de haber publicado sus obras más importantes antes de 1887, sufrió una severa depresión y debió ser recluido en el sanatorio de Königsfelden hasta su muerte en 1898. Fue un poeta de prestigio y escribió sobre el conflicto entre la vida y el arte, cuya solución encontró a favor del segundo. Se le considera un precursor del simbolismo y su novela corta (*nouvelle*) *Die Richterin* (*La Jueza*) fue muy leída por los intelectuales de su época.

Sobre su lectura, Freud comenta en su carta a Fliess lo siguiente:

No hay duda de que se trata de la defensa poética contra el recuerdo de una relación con la hermana. Lo único asombroso es que esta se produzca exactamente como en la neurosis. Todos los neuróticos forman la denominada novela familiar (que en la paranoia es apercibida), que por una parte sirve al afán de grandeza y por otra parte a la defensa contra el incesto [...] Ahora bien, ¿de dónde se toma el material de infidelidad, hijo ilegítimo, etc., para formar esta novela? Comúnmente, del círculo inferior de las muchachas de servicio. Ahí suceden con tanta frecuencia cosas de esta índole, que nunca se está escaso de material, y se tiene particular ocasión para ello cuando la seductora misma fue una persona de servicio. Por eso en todos

los análisis se llega a oír la misma historia dos veces, una vez como fantasía sobre la madre, la segunda como recuerdo efectivo de la sirvienta.

Más adelante, en 1909, Freud publica su artículo “La novela familiar de los neuróticos” (Obras completas, vol IX, Buenos Aires, Amorrortu) cuya primera mención realizó en la carta citada a Fliess, en relación con la obra de Meyer. Incluso más adelante en una entrevista en la cual le preguntan a Freud por sus libros preferidos, uno de ellos es otro texto de CF Meyer titulado *Huttens letzte Tage* (*Los últimos días de Hutten*).

Se puede inferir que Freud, que ya había empezado a elaborar el concepto de la “novela familiar” del neurótico, encuentra en la obra de Meyer aludida, una confirmación de sus hallazgos clínicos. En el texto de 1909 señala lo siguiente: “Pequeños sucesos en la vida del niño que le provocan un talante descontento le dan ocasión para iniciar la crítica a sus padres y para valorizar en esta toma de partido contra ellos la noticia adquirida de que otros padres son preferidos en muchos aspectos. Por la psicología de la neurosis sabemos que en esto cooperan, entre otras, las más intensas mociones de una rivalidad sexual”. Más adelante avanza en el concepto:

Rara vez recordado con conciencia, pero casi siempre pesquizable por el psicoanálisis, es el estadio siguiente en el desarrollo de esta enajenación respecto de los padres, estadio que se puede designar como *la novela familiar de los neuróticos*. Es enteramente característica de la neurosis, como también de todo talento superior, una particularísima actividad fantaseadora, que se revela primero en los juegos infantiles y luego, más o menos desde la época de la prepubertad, se apodera del tema de las relaciones familiares. Un ejemplo característico de esta particular actividad de la fantasía son los consabidos *sueños diurnos* que se prolongan mucho más allá de la pubertad.

Luego de este período de fantasías y comparaciones de los padres, que aún son “asexuadas”... viene a sumarse la noticia sobre las condiciones sexuales diversas de padre y madre

Con la noticia sobre los procesos sexuales nace una inclinación a pintarse situaciones y vínculos eróticos en que entra como fuerza pulsional el placer de poner a la madre, que es asunto de la suprema curiosidad sexual, en la situación de infidelidad escondida y secretos enredos amorosos. De esta manera, aquellas primeras fantasías, en cierto modo asexuales son llevadas hasta la cúspide del actual discernimiento [...] Una notable variante de esta novela familiar consiste en reclamar el héroe fantaseador (*dichtend*) para sí mismo la legitimidad, a la vez que así elimina por ilegítimos a sus otros hermanos. Y en todo esto es posible todavía que un interés particular gobierne la novela familiar, que, por su carácter polifacético y su múltiple aplicabilidad, puede establecer transacción con toda clase de afanes. De este modo el pequeño fantaseador puede eliminar mediante ella el vínculo de parentesco con una hermana, que acaso lo atrajo sexualmente.

Allí se encuentra la conexión que Freud detectó en la obra de C. F. Meyer en 1898 y que fue una de las confirmaciones de su construcción sobre la novela familiar del neurótico, que ya en la vida adulta de todo neurótico, y por supuesto en la de los escritores y la de los novelistas, no estará muy lejana de esta construcción primitiva.

II.

En el *Delirio y los sueños* en *La Gradiva* de W. Jensen (1907). (Obras completas, Vol. IX, Buenos Aires, Amorrortu), Freud se ocupa directamente de una obra literaria. En esos primeros años de actividad psicoanalítica, entre 1905 y 1910, se crearon en ese primer grupo de Viena, las Monografías de Psicoanálisis Aplicado, y el primer ensayo para esa colección

fue realizado por Freud sobre la novela del escritor alemán Wilhelm Jensen, titulada *Gradiva*, fantasía pompeyana, publicada en 1903. Freud encontró que la literatura y el psicoanálisis eran líneas diferentes pero con puntos de intersección: abordaban enigmas de la condición humana. La fantasía pompeyana hace alusión al protagonista de la novela, un arqueólogo



Gradiva

llamado Norbert Hanold, quien descubre en Roma una colección de antigüedades en la que sobresale un bajorrelieve: Hanold queda fascinado y prendado por esa figura, la contempla largo rato y quiere sacar una copia en yeso que colgará en su gabinete particular. En el bajorrelieve una hermosa doncella camina recogiendo su vestido, que tiene numerosos pliegues y que muestra sus pies calzados con sandalias. La fantasía con esa imagen se vuelve insistente y Hanold le da el nombre de Gradiva, cuyo significado es “la que avanza” y la relaciona con el dios de la guerra Mars Gradivus que empuja a dar las batallas.

Hanold tuvo un sueño con Pompeya cuando el Vesubio hizo erupción en el año 79 y presencia la muerte de Gradiva lo que le produjo el sentimiento de que aquello había sido “real”. Decide entonces realizar un viaje a Pompeya para encontrar esas huellas y verificar el contenido de su sueño.

Cuando está en las magníficas ruinas de la antigua ciudad ve cruzar a Gradiva muy cerca de él y queda sorprendido, entretanto el lector se pregunta: ¿será alucinación o realidad? Hanold trata de abordarla e inicialmente le habla en griego y en otros idiomas más clásicos, pero la joven le pide que si se quiere comunicar con ella debe hablarle en lengua alemana. Para el lector será una muchacha alemana corriente, y para Hanold aún sigue siendo “su” Gradiva, a la cual le solicita que le repita la escena de su sueño cuando ella muere en las escalinatas del templo y sucumbe bajo las cenizas. Inicialmente ella desaparece, pero posteriormente retorna y habiendo captado que el arqueólogo presentaba algún trastorno, trata de interrogarlo y sigue su delirio sin contradecirle. Finalmente, ella le revela que se llama Zoe Bertgang, hija del zoólogo Ricardo Bertgang y que su apellido significa igual que el nombre que él le ha puesto de Gradiva: “la que avanza esplendorosamente”. Le va recordando que ellos ya se conocían en su ciudad de origen, que fueron compañeros de juegos infantiles y que por haber pasado tanto tiempo, él ya no la reconoce; además porque ella ha permanecido muy solitaria porque su madre murió tempranamente y su padre es un

La Gradiva, esa “fantasía pompeyana” de Jensen, ayuda a Freud a emparentar la realidad cotidiana con la realidad psíquica, mejor dicho, a demostrar que la realidad cotidiana es la realidad psíquica.

ocupado investigador que poco repara en ella. Le recuerda que ya se habían encontrado en algunas reuniones, pero él también dedicado a sus estudios arqueológicos y a sus asuntos, nunca la determinó.

Según Freud, el sueño y el delirio proceden de la misma fuente, es decir: de lo reprimido y el sueño es el delirio fisiológico del hombre normal. El autor encargaría a Zoe, sirviéndose del simbolismo, para representar la represión con el sepultamiento de Pompeya, y por ello también la joven ayuda a Hanold con su interrogatorio para sacarlo de su delirio (no psicótico) ya que él ha reprimido sus impulsos sexuales y ha sido un negador crónico de los conflictos con la figura femenina.

La Gradiva, esa “fantasía pompeyana” de Jensen, ayuda a Freud a emparentar la realidad cotidiana con la realidad psíquica, mejor dicho, a demostrar que la realidad cotidiana es la realidad psíquica. Jensen se propone, sin ser un clínico, hacer consciente lo inconsciente en su narración literaria. Esto atrae a Freud pues le sirve para sus particularidades teóricas recientes.

Hanold es cautivado por la mujer de mármol, la imposible, mientras que es ciego a las mujeres de carne y hueso, ahí es donde se jugaría su deseo. Esta represión es propia de la neurosis, de la estructura subjetiva. El sujeto se aparta de sus posibilidades, vela su deseo

mediante el fantasma, se ofusca en sus opciones mediante sus miedos y sus temores.

Lo que Jensen plantea como construcción literaria, Freud lo convierte en teoría psicoanalítica y especialmente en esta época que está armando las bases teóricas de su labor clínica. Si el relato describe y pone en evidencia las extrañezas de los síntomas, representadas en los avatares y sufrimientos del personaje, Freud se encarga de descifrar la literatura para que tenga efectos subjetivos y abrir la vía al origen inconsciente del conflicto.

Freud intentó saber si Jensen tenía conocimiento del psicoanálisis y el autor negó que tuviera alguna información sobre el asunto, con ello se corroboró que se podía llegar al mismo sitio por dos líneas diferentes. Esta obra y el ensayo freudiano son un buen ejemplo de la relación entre psicoanálisis y literatura, sin tener en cuenta la biografía del autor literario.

III.

La relación que tuvo Freud con la obra de Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, tuvo importantes efectos tanto en la teoría psicoanalítica como en el abordaje crítico de ciertas modalidades literarias. De allí se derivó el concepto *Das Unheimliche* (1919) desarrollado en ese artículo traducido al español, inicialmente por López Ballesteros (Biblioteca Nueva) como *Lo Siniestro* y luego por Etcheverri (Amorrortu) como *Lo Ominoso* (Obras completas, Vol XVII, Buenos Aires, Amorrortu).

Ernst T. A. Hoffmann (1776-1822) fue un escritor alemán, amante de la música y pintor. Su obra muy amplia e imaginativa, refleja el choque entre lo cotidiano y el ser humano capaz de detectar el sentido profundo e inquietante del mundo, especialmente en su personaje, alter ego del escritor, Johannes Kreisler. Sus obras más importantes fueron en la modalidad de cuentos muy elaborados, que influyeron en escritores como Poe, Baudelaire y Nerval. Los más conocidos y analizados por Freud fueron “El Hombre de Arena” (1817) y *Los Elíxires del diablo* (1815).

Algo familiar se vuelve inquietante. Una representación de lo íntimo y familiar, que

para un sujeto puede volverse extraña, a veces angustiante o sobrecogedora. Otros sentidos pueden ser: siniestro, macabro, asustador, raro, misterioso, extraño, fantasmagórico, azaroso, odioso execrable... (Revisar el *Diccionario etimológico* de Corominas), y según el *Diccionario de términos alemanes de Freud* (L. A. Hanns, citado por C. G. Motta, 2016), *siniestro* posee ciento cincuenta y tres derivaciones inespecíficas en Freud, esparcidas en sus escritos, las más frecuentes están relacionadas con lo extraño, lo extranjero, lo extravagante y raro, lo azaroso, de mal presagio, abominable, mal intencionado, fuera de regla, el accidente, lo penoso o desgraciado. Lo que es *heim* pasa a ser *unheim*.

Este texto de Freud, extenso y bastante complejo aborda este ambiguo y profundo sentimiento que se puede producir en la psiquis humana y que acompaña a diversos síntomas psíquicos cercanos a la angustia, pero también es un ejemplo de la perspicacia y la capacidad de Freud para indagar sobre la manera de producirlo en la creación literaria y para ello utilizó un enjundioso análisis sobre el cuento de Hoffmann “El Hombre de Arena”, sobre el que Ernst Jentsch, un autor contemporáneo de Freud, que él cita en su artículo, había escrito:

Uno de los artificios más infalibles para producir efectos ominosos en el cuento literario consiste en dejar al lector en la incertidumbre sobre si una figura determinada que tiene ante sí es una persona o un autómatas, y de tal suerte, además, que esa incertidumbre no ocupe el centro de su atención, pues de lo contrario se vería llevado a indagar y aclarar al instante el problema, y como hemos dicho, si tal hiciera desaparecería fácilmente ese particular efecto sobre el sentimiento. Ernst T. A. Hoffmann ha realizado con éxito, y repetidas veces, esta maniobra psicológica en sus cuentos fantásticos.

Freud recuerda que ese Hombre de Arena:

Es un hombre malo que busca a los niños cuando no quieren irse a la cama y les

arroja puñados de arena a los ojos hasta que estos, bañados en sangre, se le saltan de la cabeza; después mete los ojos en una bolsa, y las noches de cuarto creciente se los lleva para dárselos a comer a sus hijitos, que están allá, en el nido y tienen unos piquitos como las lechuzas; con ellos pico-tean los ojos de las criaturas que se portan mal.

De hecho, la lectura de ese párrafo nos produce una gran desazón, que es más fuerte si es un niño quien la escucha cuando un adulto se lo lee. Para ilustrar ese efecto ominoso de “sacar los ojos” Freud escribe:

...la experiencia psicoanalítica nos pone sobre aviso de que dañarse los ojos o perderlos es una angustia que espeluzna a los niños. Ella pervive en muchos adultos, que temen la lesión del ojo más que la de cualquier otro órgano. Por otra parte, se suele decir que uno cuidará cierta cosa como a la niña de sus ojos. Además, el estudio de los sueños, de las fantasías y mitos nos ha enseñado que la angustia por los ojos, la angustia de quedar ciego es con harta frecuencia un sustituto de la angustia ante la castración. Y en verdad la acción del criminal mítico, Edipo, de cegarse a sí mismo no es más que una forma atemperada de la castración, el único castigo que le habría correspondido según la ley del Talión.

El artículo de Freud es extenso, erudito, pleno de ejemplos literarios y de referencias de muchos otros autores y va perfeccionando con maestría clínica la construcción del concepto de lo ominoso, tanto en la condición subjetiva como en la manera de producirlo en la creación literaria, además de mostrar sus variaciones y matices. Escribe Freud:

Acaso sea cierto que lo ominoso (*Unheimliche*) sea lo familiar-entrañable (*Heimliche-Heimische*) que ha experimentado una represión y retorna desde ella y que todo lo ominoso cumpla esa

condición. Pero el enigma de lo ominoso no parece resuelto con la elección de ese material. Nuestra tesis, evidentemente, no admite ser invertida. No todo lo que recuerda a mociones de deseo reprimidas y a modos de pensamiento superados de la prehistoria individual y de la época primordial de la humanidad es ominoso por eso solo.

De allí sigue desplegando las precisiones teóricas y clínicas para sustentar sus afirmaciones. Más adelante plantea las diferencias importantes entre lo ominoso del “vivenciar” en la vida psíquica y lo ominoso de la ficción (de la fantasía, de la creación literaria) a la cual la considera un proceso aparte. Es muy amplia la discusión que propone, no obstante, cito estos fragmentos que nos ofrecen alguna claridad:

Por ejemplo, el universo del cuento tradicional ha abandonado de antemano el terreno de la realidad y profesa abiertamente el supuesto de las convicciones animistas. Cumplimientos de deseo, fuerzas secretas, omnipotencia de los pensamientos, animación de lo inanimado, de sobra comunes en los cuentos, no pueden ejercer en ellos efecto ominoso alguno, pues ya sabemos que para la génesis de ese sentimiento se requiere la perplejidad en el juicio acerca de si lo increíble superado no sería empero realmente posible, problema este que las premisas mismas del universo de los cuentos excluyen por completo. [...] El autor literario puede también crear un universo que menos fantástico que el de los cuentos tradicionales, se separe del universo real por la aceptación de unos seres espirituales superiores, demonios o espíritus de difuntos. En tal caso, todo lo ominoso que habría adherido a estas figuras se disipa, en tanto constituyen las premisas de esta realidad poética. Las ánimas en el Infierno de Dante o las apariciones de espectros en *Hamlet*, *Macbeth*, *Julio César*, de Shakespeare, pueden ser hartamente sombrías y terroríficas, pero en el fondo son tan poco ominosas como

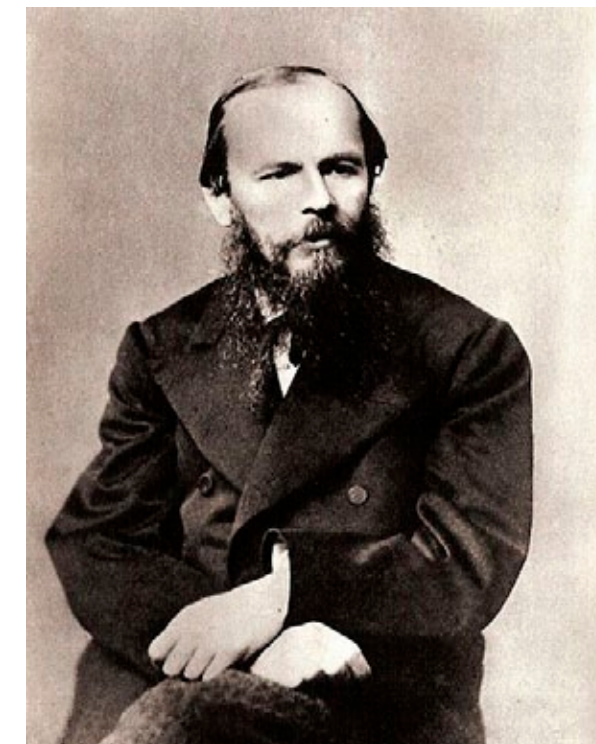
el festivo universo de los dioses homéricos [...]. La situación es diversa cuando el autor se sitúa en apariencia en el terreno de la realidad cotidiana. Entonces acepta todas las condiciones para la génesis del sentimiento ominoso, válida en el vivenciar, y todo cuanto en la vida provoca ese efecto lo produce asimismo en la creación literaria. Pero también en ese caso puede el autor acrecentar y multiplicar lo ominoso mucho más allá de lo que es posible en el vivenciar, haciendo que ocurran cosas que no se experimentarían, o solo raramente, en la realidad efectiva.

Recomendamos al lector interesado el estudio y la lectura a profundidad de este singular texto freudiano para apreciar su riqueza clínica y literaria.

Freud, lector de Dostoievski

A partir de 1925, los editores Fülöp-Miller y Eckstein de Múnich iniciaron la publicación de varios suplementos: escritos póstumos, manuscritos inconclusos y otros textos, para agregarlos a la gran edición alemana de las obras de Dostoievski, compilada por Moeller van den Bruck, que se había publicado años antes, y que aportaban datos sobre el carácter y la obra del escritor ruso. Un volumen estaba destinado a reunir bocetos y borradores de *Los hermanos Karamazov* con un análisis de los orígenes del libro, por tal motivo los editores solicitaron a Freud, desde principios de 1926, para que redactase una introducción de la psicología de la obra y de su autor.

Freud comenzó a escribirla a fines de junio de ese año. Al parecer, según cuenta su biógrafo E. Jones, Freud perdió interés en ese ensayo a partir de la lectura de un texto sobre el mismo tema de Neufeld publicado en 1923, debido a la semejanza de los temas que él estaba desarrollando. No fue claro cuándo reinició Freud la escritura, pero al parecer terminó el ensayo a finales de 1927, y la edición del volumen *La versión original de “Los hermanos Karamazov”* en el que apareció el texto de Freud, fue publicada en el otoño de 1928.



Fiódor Dostoievski

El ensayo, como lo describe James Strachey el traductor al inglés de Freud, consta de dos partes bien definidas. La primera trata del carácter de Dostoievski en general, de su masoquismo, su sentimiento de culpa, de sus ataques “epileptoides” y su actitud dual en lo atinente al Complejo de Edipo. La segunda, analiza en especial su pasión por el juego e incluye el relato de una novela de Stefan Zweig que aporta a la génesis de esa afición.

1.

Pese a que fue un trabajo circunstancial de Freud a partir del pedido descrito, el artículo titulado “Dostoievski y el parricidio” (1928 [1927]), (Amorrortu, vol. XXI, págs. 173-191), es extenso y detallado y no solo le permite expresar a Freud sus puntos de vista sobre el gran escritor ruso, sino que aprovecha para precisar ciertos aspectos relacionados con los ataques

de histeria, algunas reformulaciones sobre el Complejo de Edipo y el sentimiento de culpa y también para definir mejor algunas ideas sobre el problema de la masturbación, temas todos que ya había desarrollado años atrás.

Leamos a Freud en estos dos párrafos iniciales:

En la rica personalidad de Dostoievski, uno distinguiría cuatro fachadas: el literato, el neurótico, el pensador ético y el pecador. ¿Cómo orientarse en medio de esa desconcertante complicación?

Lo menos dudoso es el literato: él tiene su sitio no muy atrás de Shakespeare. *Los hermanos Karamazov* es la novela más grandiosa que se haya escrito y nunca se estimará bastante el episodio del Gran Inquisidor, una de las cumbres de la literatura universal. Por desdicha, el psicoanálisis debe rendir las armas ante el problema del creador literario.

A diferencia de la forma en que fueron abordados otros textos literarios, por lo menos los comentados hasta ahora, en este trabajo Freud se empeña prácticamente en una “psicobiografía”, que incluso algunos comentaristas han señalado como una forma menos lograda de las interacciones de Freud con la literatura. Dice en una entrevista el psicoanalista argentino Germán García:

Hace tiempo estudié las distintas tesis en Freud y descubrí varias: me refiero a la literatura comparada, que es lo que aplica a Gradiva (la novela de W. Jensen); la psicobiografía que aplica a Dostoievski, que es la más pobre, porque es el intento de reducción de una obra a los elementos de una biografía, lo cual es absurdo, porque como dice Ricardo Piglia, escribir es contar la historia de cualquiera como propia y no la propia disfrazada de otro. Uno puede escribir una historia sádica porque está jugando dentro de un género: puede escribir una historia policial porque está de moda.

El escritor se informa como un antropólogo, el otro no puede deducir de allí tu deseo criminal o el gusto por la baja vida, ni nada por el estilo; cuando uno escribe no hace nada de eso. La mejor tesis es la que Freud aplica a Leonardo da Vinci: intenta la reducción de la obra de Leonardo a la estructura de una fantasía.

Este trabajo sobre Leonardo es de una importancia capital en la relación que tiene Freud con el artista y sus obras; por ahora, no obstante, merece un ensayo aparte.

Pese a las dificultades planteadas en la actualidad con la psicobiografía, Freud, en su momento, con base en múltiples datos biográficos sobre Dostoievski, con gran detallismo, va disecando las facetas que inicialmente había considerado en el personaje: la del neurótico, la del pensador ético y la del pecador y va señalando los elementos dinámicos de su neurosis.

Realiza un cuestionamiento del carácter aceptado previamente de la epilepsia del escritor ruso y con argumentos clínicos desmonta esa creencia y concluye que se trata más bien de una “histero-epilepsia”, la cual es una forma convulsiva de las crisis histéricas, que rubricarían con más firmeza su carácter neurótico y le confiere menos importancia a la patología neurológica.

Analiza, de acuerdo con los datos biográficos, la presencia de tendencias masoquistas, de fuertes sentimientos de culpa e incluso en la forma en la cual el escritor configuró su Complejo de Edipo, Freud identifica una homosexualidad latente, es decir una forma pasiva, de tipo femenino, en su identificación paterna, cargada también de gran ambivalencia y con elementos agresivos en esa rivalidad con un padre autoritario e inadecuado.

Cito algunas de estas observaciones de Freud en este punto:

Las consecuencias de la represión del odio al padre dentro del complejo de Edipo no se agotan en lo comunicado hasta aquí. Hay algo más, a saber, que la identificación-padre se conquista a la postre un lugar duradero dentro del yo. Es acogida

Difícilmente se deba al azar que las tres obras maestras de la literatura de todos los tiempos traten el mismo tema: el del parricidio: *Edipo Rey* de Sófocles; *Hamlet* de Shakespeare, y *Los hermanos Karamazov* de Dostovieski.

en el yo, pero allí se contraponen al otro contenido del yo como una instancia particular. La llamamos entonces el superyó y le atribuimos a ella, la heredera del influjo parental, las más importantes funciones.

[...] Si el padre fue duro, violento, cruel, el superyó toma de él esas cualidades y en su relación con el yo vuelve a producirse esa pasividad que justamente debía ser reprimida. El superyó ha devenido sádico, el yo deviene masoquista, es decir, en el fondo, femeninamente pasivo. Dentro del yo se genera una gran necesidad de castigo, que en parte está pronta a acoger como tal al destino, y en parte halla satisfacción en el maltrato por el superyó (conciencia de culpa). En efecto, cada castigo es en el fondo la castración y, como tal, el cumplimiento de la vieja actitud pasiva hacia el padre. Y el destino mismo no es en definitiva sino una tardía proyección del padre.

Algunas afirmaciones de Freud en esta extensa descripción teórico-clínica, van configurando la necesidad del parricidio, cumplido en su inconsciente y que en su carácter de escritor, Dostoievski lo va a externalizar de nuevo, en el asesinato del padre, en su obra cumbre: *Los hermanos Karamazov*.

Con respecto a unas crisis en la que el escritor se sentía morir, como al estilo de un intenso estado de angustia, Freud afirma: “... puede comprenderse entonces como una identificación-padre, del yo, consentida por el superyó a modo de castigo. ‘Tú has querido matar

a tu padre para ser tú mismo el padre. Ahora eres el padre, pero el padre muerto”. En el yo el síntoma de muerte satisface el deseo viril y es al mismo tiempo una satisfacción masoquista; para el superyó, una satisfacción de castigo, vale decir sádica. Y remata Freud: “Ambos, yo y superyó, siguen desempeñando el papel del padre”. Pero el carácter del padre no permanece idéntico sino que empeora con el tiempo, y entonces se conserva el odio de Dostoievski al padre, su deseo de que muera ese padre malo.

Hay que tener en cuenta que en la vida real el padre de Dostoievski fue asesinado dramáticamente y hasta cierto punto se repetirá ese parricidio en la gran novela. Apunta Freud:

Puede decirse que Dostoievski nunca se liberó de la hipoteca que el propósito del parricidio hizo contraer a su conciencia moral. Determinó también su conducta hacia los otros dos campos en que es decisiva la relación con el padre: hacia la autoridad política y hacia la fe en Dios.

En su texto Freud desarrolla varias explicaciones sobre las conductas tanto políticas como religiosas del escritor, que se derivan de estos conflictos ya descritos.

Ya más al final del artículo, Freud hace una recopilación que muestra en torno al parricidio los enlaces que existen, desde los Karamazov, con las otras dos grandes obras de la literatura, ya reseñadas aquí: *Edipo Rey* y *Hamlet*.

Difícilmente se deba al azar que las tres obras maestras de la literatura de todos los

tiempos traten el mismo tema: el del parricidio: *Edipo Rey* de Sófocles; *Hamlet* de Shakespeare, y *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski. Además, en las tres queda al descubierto como motivo del crimen la rivalidad sexual por la mujer. Sin duda la figuración más sincera es la del drama que retoma la saga griega. En él, es el héroe mismo quien cometió el crimen. Pero la elaboración poética no es posible sin suavizamiento y disfraz.

La figuración del drama inglés es más indirecta, no ha sido el héroe, sino otro quien consumó la acción, y para este no significa un parricidio. Por eso nos hace falta disfrazar el motivo escandaloso de la rivalidad sexual por la mujer [...] Debería vengarlo, pero se encuentra asombrosamente incapaz de hacerlo [...] Se recogen indicios de que el héroe siente esa culpa como supraindividual. Desprecia a los demás no menos que a sí mismo: “Dad a cada hombre el trato que se merece, y ¿quién se salvaría de ser azotado? (Acto 2, escena 2)”.

Continúa Freud:

La novela del autor ruso avanza otro paso en esta dirección. También aquí es otro quien consumó el asesinato pero uno que tenía frente al asesinado el mismo vínculo filial que el héroe Dmitri, respecto de quien se admite francamente el motivo de la rivalidad sexual; es pues, otro hermano, a quien Dostoievski, significativamente, atribuye esa misma enfermedad, la supuesta epilepsia, como si quisiera confesar que el epiléptico, el neurótico en mí, es un parricida.

Al final de esta primera parte del artículo, Freud concluye:

La simpatía de Dostoievski por el criminal es de hecho ilimitada, va mucho más allá de la compasión a la que el desdichado

tiene derecho, y recuerda el horror sagrado con que la Antigüedad consideró al epiléptico y al enfermo mental. El criminal es para él, casi como un redentor que ha tomado sobre sí la culpa que los otros habrían debido llevar. Después que él ya ha asesinado, no hace falta asesinar; antes bien es preciso estarle agradecido, pues de lo contrario uno mismo habría debido asesinar.

Y recuerda que Dostoievski en su obra ha mantenido una simpatía identificatoria con varios tipos de criminales: al principio con el criminal común —por codicia— (*Crimen y Castigo*), luego el criminal político y religioso, y al final de su vida al criminal primordial —el parricida— (*Los hermanos Karamazov*) y logra “exponer su confesión poética a raíz de él”.

2.

En la segunda parte del artículo Freud aborda la pasión del juego de Dostoievski y para ello se apoya en la novela del escritor vienés, contemporáneo suyo: Stefan Zweig: *Venticuatro horas en la vida de una mujer* (1927), quien había también publicado unos años antes un ensayo sobre el escritor ruso en *Tres maestros* (1920).

Zweig, según Freud:

En esa pequeña obra maestra solo quiere presuntamente mostrar cuán irresponsable criatura es la mujer, qué transgresiones sorprendentes para ella misma, puede verse empujada a cometer por obra de una impresión vital inesperada. Empero, la novela dice mucho más; si se la somete a una interpretación analítica —y esta nos acude de manera tan insinuante que no podemos rechazarla—, figura, prescindiendo de aquella intención de disculpa, algo muy diverso, universalmente humano o más bien masculino. Es característico de la naturaleza de la creación artística, que el autor, que es amigo mío, asegurara ante mis preguntas que la interpretación que yo le comunicaba había sido por completo

ajena a su saber y a su propósito, aunque en el relato había entretreídos muchos detalles que parecían calculados para indicar esa pista secreta.

Inserto una sinopsis de la novela, extraída de un portal de Internet, para luego agregarle lo que Freud propone en su texto y las pistas que suscitaban la atención del psicoanalista:

Sinopsis: En una pequeña y burguesa pensión de la Riviera, donde vive el autor, un hecho ha conmocionado a todos los que allí residen: una honorable francesa, fina y exquisita, casada y madre de familia, ha abandonado marido e hijas para irse con un joven seductor a las pocas horas de haberlo conocido. A raíz de ello, una anciana aristócrata inglesa, huésped también de la pensión, relata al autor de la obra un episodio vivido en su juventud, bastante similar al que ha conmovido a los veraneantes.

Luego de un matrimonio inmensamente feliz, Mrs. C., a los cuarenta años de edad, queda viuda, rica y con dos hijos mayores. Se dedica a viajar para olvidar su tristeza; y un día, en una sala de juego de Montecarlo, conoce a un joven y presencia su ruina porque ha perdido todo en la ruleta. Adivinando en él la intención de suicidarse, se le acerca y le pide seguirla. El desconocido la toma por una prostituta y le responde que no tiene dinero. Mrs. C. le ofrece dárselo y también pagarle el alojamiento de esa noche, pues intuye la soledad del muchacho en la ciudad y su carencia de un sitio adonde ir. Al llegar al hotel el joven no quiere desprendérselo. Aquella mujer es su salvadora, y Mrs. C., en un gesto humanitario, lo acompaña y sube con él. Las extrañas circunstancias se prestan, luego, para que ambos pasen una singular noche de amor.

Al día siguiente, al despertar, horrorizada y confusa por lo sucedido, antes de alejarse avergonzada, le hace prometer al joven que nunca volverá a jugar y abandonará Montecarlo de inmediato. Conciertan una cita para que ella le entregue el pasaje de regreso. Cuando se encuentran otra vez, un gran respeto y gratitud animan al joven; y ella se siente feliz porque

le ha salvado la vida; además, él le reitera, por su honor, que abandonará aquel lugar. Sin embargo, una extraña evolución sucede en los sentimientos de Mrs. C.; no soporta la idea de separarse de aquel joven; se siente capaz de arriesgarlo todo por seguirlo a donde sea y una gran depresión la embarga.

Para distraer su tedio, esa noche concurre a la ruleta y, para su sorpresa, allí encuentra nuevamente al joven, entregado como nunca a su pasión de jugador, pero ahora está ganando una fortuna. Furiosa, se le acerca para recordarle su promesa. Él la insulta y le arroja a la cara el dinero que le adeuda. Avergonzada por el escándalo, Mrs. C. abandona Montecarlo a la mañana siguiente.

Cuando diez años más tarde se entera del suicidio de aquel joven, no experimenta el menor pesar sino cierto placer, pues con él desaparece así el único testigo de un pasado que no quiere recordar.

Este breve relato incursiona magistralmente en los misterios del alma humana. El mayor elogio hecho a este libro procedió de Gorki quien declaró nunca haber leído nada más profundo.

La dama, al llegar al Casino de Mónaco, según la lectura freudiana:

...entre todas las maravillosas impresiones del lugar, pronto se vio fascinada por la visión de dos manos que parecían traslucir, con una sinceridad e intensidad conmovedoras, todas las sensaciones del jugador desdichado. Esas manos pertenecían a un hermoso jovencito —el escritor le asigna como al descuido la edad del primer hijo de la espectadora— quien tras perderlo todo, abandona la sala presa de la más honda desesperación, previsiblemente para poner fin en el parque a su desesperanzada vida.

Es una historia brillantemente contada y sin duda tiene asegurado el efecto sobre el lector. Señala Freud:

Empero, el análisis enseña que su invención reposa en la base primordial de una

fantasía de deseo de la pubertad, que muchas personas recuerdan conscientemente. La fantasía reza que ojalá la propia madre introdujera al jovencito en la vida sexual para salvarlo de los temidos perjuicios del onanismo. Las fantasías de redención, tan frecuentes, tienen el mismo origen. El “vicio” del onanismo es sustituido por la manía del juego, derivación esta que se trasluce en la insistencia sobre la apasionada actividad de las manos.

Describe Freud que la tendencia irrefrenable del juego reemplaza la antigua compulsión onanista y que incluso en la actividad sexual infantil también se llama “juego” al “quehacer de las manos en los genitales”. En la novela de Zweig es la madre, no el hijo, la relatora de los hechos. “La igualación de la madre con la prostituta que el jovencito consume... se integra dentro de la misma fantasía”. Freud considera que el autor encubre tras una fachada lo que puede ser el sentido que solo descubrirá el psicoanálisis.

En efecto, es harto discutible que la vida amorosa de la mujer esté gobernada por impulsos repentinos y enigmáticos, el análisis descubre más bien una motivación suficiente para la sorpresiva conducta de esa señora hasta entonces extrañada del amor. Fiel a la memoria de su esposo perdido, se ha abroquelado contra toda pretensión como las de él, pero —y en esto acierta la fantasía del hijo— no escapó como madre, a una trasferencia amorosa sobre el hijo, por entero inconsciente para ella; y en este lugar desprotegido puede pillarla el destino.

Finaliza estas consideraciones sobre el onanismo, haciendo una comparación con el juego, en el que tantas luchas se dan para evitar la tentación de caer en él y también las formas de autocastigo presentes en ambas prácticas. Y concluye conectando esa discusión con el caso del atormentado escritor ruso:

...no nos asombrará que se haya conquistado tan gran espacio en la vida de Dostoievski. Es que no hallamos ningún caso de neurosis grave en que la satisfacción autoerótica de la primera infancia y de la pubertad no hubiera cumplido su papel, y los vínculos entre los empeños por sofocarla y la angustia frente al padre son demasiado notorios para necesitar elucidación.

En este caso, Freud desarrolla claramente un abordaje crítico de la novela de Zweig, porque aquí solo plantea lo que el texto literario le permite, sin necesidad de abordar los asuntos biográficos de su autor; sin embargo, sus conclusiones son agregadas al conjunto de la interpretación “psicobiográfica” que es clara con relación a Dostoievski. En la posteridad de esa relación entre el psicoanálisis y los textos literarios, la “psicocrítica” ha mantenido su validez y se ha refinado mucho más acompañada de las herramientas lingüísticas y semióticas y, por otro lado, se han abandonado las “patografías” y las “psicobiografías” por tener más dificultades epistemológicas e interpretativas. A este tipo de abordajes, como ya se señaló al comienzo de este artículo, se le llamó psicoanálisis aplicado a los trabajos sobre obras literarias y artísticas desde el primer “comité” de los discípulos y personajes que se acercaron a Freud a partir de 1905-1906, con el intento de indagar, interpretar y de cierta manera de aplicar la “hermenéutica” derivada de la metodología psicoanalítica, con un exceso de interpretación sobre los autores, más que sobre las obras mismas. Más recientemente, en especial a partir de la enseñanza de Lacan, se reserva el nombre de psicoanálisis aplicado a la práctica clínica del psicoanálisis y por otro lado, algunos han denominado “psicocrítica” a la lectura psicoanalítica de los textos, como en el caso del gran trabajo sobre Joyce realizado por Jacques Lacan, con base en el análisis y estudio de la estructura y construcción del lenguaje de sus obras, y en menor proporción en la historia biográfica de su autor. Lacan, por su parte, pudo enseñar

la ética del deseo con *Antígona*, la tragedia del deseo con *Hamlet*, la transferencia con *El banquete* platónico... Su atenta lectura de Joyce le permitió elaborar un concepto clínico decisivo, el *sinthome*, artificio que algunos sujetos encuentran y en el que se sostienen para atravesar la vida, remediando la falla de su estructura.

La relación tan fecunda entre Freud y la literatura tiene todavía numerosos episodios y ejemplos, en principio porque fueron innumerables las obras y autores citados en sus textos, varios de sus artículos fueron dedicados a la creación artística y literaria y también por la abundante cantidad de relaciones directas, especialmente por medio de su abundante correspondencia con escritores de su época. Por el momento se nos acaba el espacio para continuar con esa inagotable indagación, sin embargo, podríamos en futuros textos, abordar muchos otros aspectos de esa conexión entre Freud y el universo literario. Por ahora considero que han quedado consignados algunos de los más importantes testimonios de la relación entre el creador del psicoanálisis y el campo de su antigua tendencia, de haber sido siempre un “gusano de biblioteca” (*Bücherwurm*). ■

Alfredo De los Ríos (Colombia)

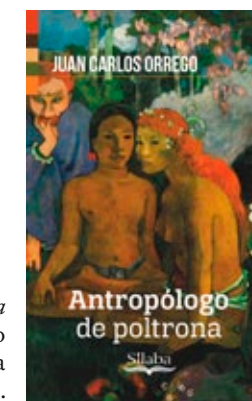
Médico, psiquiatra - psicoanalista. Profesor jubilado de la Universidad de Antioquia. Fue columnista de los periódicos *El Mundo* (1979-82 y 1986-88) y *Hoja* (1986-88) de Medellín. Cuenta con varias publicaciones: artículos, capítulos de libros, investigaciones en conjunto sobre temas psiquiátricos, psicoanalíticos, de violencia y de educación médica.

Referencias

- Freud, S. (1886-1899). *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud. Obras completas, vol.1*. Buenos Aires: Amorrortu.
Motta, C. G. (2016). *Freud y la literatura*. Buenos Aires: Paidós.

{Novedades}

Antropólogo de poltrona
Juan Carlos Orrego
Silaba
232 p.



Tiempo del sur
María Adelaida Escobar-Trujillo
Editorial EAFIT
182 p.



Malas posturas
Lina María Parra Ochoa
Editorial EAFIT
138 p.



el cine de

LU
CRE
CIA
Martel

Lucrecia Martel es la directora latinoamericana más importante de la actualidad. Una autora cuya obra tiene una cohesión interna que vale la pena explorar.

turbulencias
impurezas



Escena de la película *Zama*

JUAN CARLOS GONZÁLEZ A.

Son tan imperfectos los personajes que habitan el universo filmico de la directora argentina Lucrecia Martel, que Vero —la protagonista de uno de sus filmes, *La mujer sin cabeza* (2008)— sufre un *shock* postraumático después de un incidente de tránsito y, sin embargo, nadie en su familia y entre sus allegados parece darse cuenta de la real naturaleza de su errática conducta. Es como si todos asumieran que así es ella, que nada le pasa, que quizá está más cansada o más distraída de lo habitual. Y no es que su esposo, sus primos y sus empleados sean obtusos o torpes, es que en el cine de Lucrecia no hay protagonistas libres de maculas e impurezas. Habitan —

en sus tres primeros largometrajes— unas sociedades periféricas, lejos de los grandes núcleos urbanos argentinos, donde los “blancos” (en realidad una clase media reinante) están en oposición con los nativos de la zona, seres de ascendencia indígena que son tratados como servidumbre y reducida su condición a los oficios domésticos.

Esos “blancos” pueblerinos conforman grupos familiares cerrados, endogámicos e incestuosos, incapaces —en su ebriedad y en su soberbia— de ver el tamaño de sus defectos, la frivolidad y ridiculez de sus actos. Temerosos de Dios y a veces con ideaciones místicas son en realidad un hervor de mentes turbulentas, pasiones adolescentes, lujuria mal disimulada, adulterio, jugueteos indecentes y un aire de falsa superioridad moral que los hace ver aún más patéticos. En realidad, todos están desnudos, pero en su delirio no lo ven.

La ciénaga (2001) —su ópera prima— es, de sus creaciones, la más cerrada en sí misma, la que más transmite la sensación de estar presenciando una comedia de costumbres enfermiza, un ejemplo de la degradación que ocurre entre aquellos dedicados al ocio, a lavar sus malas conciencias con alcohol, a desear con ardor lo prohibido y a presenciar con indolencia cómo todo a su

alrededor se pudre. *La ciénaga* es un filme que me atrevería a bautizar como “gótico subtropical”, pues transcurre en una hacienda del norte de Argentina, la región donde Lucrecia nació en diciembre de 1966.

La presencia permanente de niños y adolescentes en *La ciénaga* y en su segunda película, *La niña santa* (2004), parece querer decir que la corrupción de las almas empieza desde muy chicos, como un proceso de vaciamiento progresivo y permanente de valores que ellos ya no ven en sus mayores. Los padres de la familia que habita la casona donde transcurre *La ciénaga* —Mecha y Gregorio— parecen un par de zombis, incapaces de amar o de amarse, pasando sus días entre el calor, la abulia y la incomodidad de verse o sentirse. A su alrededor hay un enjambre de adolescentes y de niños —sus hijas, sus hijos, los primos y primas de estos— cuyo continuo bullicio y algarabía no ocultan las pasiones inconfesables que ya mueven a Verónica y a Momi, las dos hermanas adolescentes, la primera atraída por su hermano adulto, mientras la segunda está obsesionada por Isabel, la joven empleada doméstica de la familia. No hay cómo juzgarlas, no hay un modelo mo-



ral a quien mirar o imitar. Todos a su alrededor mienten, critican, simulan, esconden... la degradación física y espiritual es lo único que los circunda y será también lo que contamine a la familia de Tali (interpretada por Mercedes Morán), una pariente cercana de Mecha que la visita con frecuencia buscando que sus hijos, también muchos, se diviertan entre sí.



Entre una piscina de aguas sucias y un bosque cercano donde practican la cacería y la servicia, los muchachos parecen vivir solos, lejos de unos padres demasiado ocupados con su propia ruina como para prestarles atención. Que la tragedia se abata sobre uno de los jóvenes no es más que la constatación del absurdo que constituye el vivir. No es una venganza del destino, es simplemente el azar. Tan abandonados a su suerte están esos jóvenes como lo está Amalia, la adolescente que protagoniza *La niña santa*, una joven de mirada inquietante y mente convulsa, que se debate entre sus inquietudes religiosas sacadas de sus clases de catequesis —la salvación, la misión espiritual de su existir, el llamado de la vocación, el temor a Dios— y las urgencias de su cuerpo floreciente, que encuentran alivio en la conducta inapropiada y obscena de un médico que asiste a un congreso médico que tiene lugar en el hotel que —precisamente— administra Helena, la madre de Amalia.



Como en *La ciénaga*, la mirada de Lucrecia Martel en *La niña santa* se centra en los jóvenes. Ahora es Amalia, hija única, y su compañera del colegio, Josefina. Para ambas la sexualidad es un mundo por descubrir —cada una por sí misma, entre ellas, con alguien más— que además está cubierto de secreto, de impureza y, por ende, es todavía más atractivo para ellas. Sexo versus salvación, sexo versus pecado: la confrontación es irresistible para ellas.

Ese núcleo perverso ya intuido en *La ciénaga* es ahora más directo y frontal. Ellas tienen sed y quieren saciarla así se condenen. Y lo harán mediante juegos, toques, gestos, actos. Que Amalia se prende de un hombre que la molesta en la calle habla de su inexperiencia, de sus ganas de experimentar.

La atmósfera parroquial de *La niña santa*, de hotel decadente en una pequeña ciudad de provincia, contribuye al bochorno de la situación planteada por el filme, que involucra un inesperado triángulo entre un médico, el Dr. Jano, Helena y su hija. Helena (de nuevo Mercedes Morán) es separada y ve en este hombre enigmático y retraído un posible pretendiente, así sepa que es casado. Lo que no sabe es que Jano acosa a su hija, un drama cuya resolución no veremos, que quedará en *off*. Lucrecia prefiere rematar su película con Amalia y Josefina nadando en la piscina del hotel, ignorantes de la turbulencia que sus actos han causado entre los adultos. Indolentes e irresponsables, tienen la juventud a su favor.

Para su tercer largometraje, *La mujer sin cabeza*, Lucrecia se queda esta vez en el mundo adulto, pero conservando la ambientación rural (ese fue el medio en el que creció) y dos palabras que utilicé en la parte final del párrafo anterior: indolencia e irresponsabilidad. Verónica (la gran actriz María Onetto) es una odontóloga de mediana edad, casada y con dos hijas universitarias, que sufre un accidente

en una carretera y queda en *shock* por lo ocurrido y por las posibles consecuencias de lo sucedido. De ahí en adelante, su comportamiento —amnesia temporal, mutismo, desorientación espacial— será todo lo errático imaginable, pero asombrosamente será entendido por todos los que la rodean, como si ser excéntrica, evasiva y desubicada fuera parte de su personalidad habitual. Le ocurre lo que a Chance (Peter Sellers), el protagonista de *Desde el jardín* (*Being There*, 1979), cuya situación mental era disculpada por todos y vista como una cualidad.

La película está dividida en dos partes: la primera se centra en la desorientación de Verónica y la segunda en las reales consecuencias de lo ocurrido, una vez que ella empieza ya a recobrar la memoria y a pensar en lo que hizo. En ese momento el filme se vuelve más oscuro: aparece la Lucrecia Martel más crítica y aguda con la sociedad de los “blancos”, los dominantes, los dueños del poder por ínfimo que sea, aquellos capaces de alterar los hechos y la realidad con tal de que el orden social que ellos detentan no se altere. Los subyugados —los indígenas— siempre lo serán, así que no importa si con ellos no hay justicia. Además, una mujer como Verónica no puede ser sometida al escarnio de una detención o un juicio. Eso no es para ella (no es casual que en una escena Verónica coincida con una reclusa y sus guardianes en un baño de un hospital local: la diferencia de clase social es abrumadora). Al final de *La mujer sin cabeza* nada ha cambiado: todo sigue inalterable, la amnesia ahora es voluntaria. Decía Lucrecia:

En *La mujer sin cabeza* lo que yo quería era acercarme a esos mecanismos del olvido, de la complicidad de clase, de tapar... Pero eso que lo decimos así de manera abstracta, son cosas concretas. ¿Cómo hago yo para que no venga la



policía? ¿Cómo hago yo para facilitarte el conseguir el carnet de conducir sin hacer el examen porque no ves bien? Bueno, ahí consigo un amigo de un amigo para que te firme el carnet. Digo, ¡es eso! No es que esté pensando en unas ideas o en unos folletos acerca de cómo se constituye la sociedad. Hay que fijarse en detalle, es suficiente (Pinto, 2015).

Tras dos cortometrajes experimentales, *Pescados* (2010) y *Muta* (2011); el primero, sobre unos peces ornamentales Carpa Koi, que al abrir la boca para tomar aire o comer parecen cantar al ritmo de una canción y el segundo, sobre unas esbeltas modelos en un barco desierto cuyos movimientos y actitudes son los de unos insectos, Lucrecia regresa al largometraje de ficción con una propuesta más atrevida y ambiciosa que las tres previas: *Zama* (2017), basada en la novela de Antonio Di Benedetto. Ambientada en la época de la colonia española en una región entre el norte de Argentina y Paraguay, la película tiene como protagonista a Diego de Zama (el actor mexicano Daniel Giménez Gacho), un funcionario americano con un rango burocrático en la estructura administrativa de la corona ibérica. Zama está apostado en un lugar remoto y busca su traslado a la ciudad de Lerma, pero se enfrenta al silencio, las negativas y el abandono de aquellos encargados de tramitar su solicitud. Es el nativo sometido a la voluntad y a las burlas del “blanco”, en este caso español.

Zama es la historia del derrumbamiento moral y físico de un hombre —Mecha y Gregorio en *La ciénaga*, el Dr. Jano y Helena en *La niña santa*, Vero en *La mujer sin cabeza*— víctima de sí mismo, de sus flaquezas y debilidades. El filme es un via-

je, alucinante y alucinado, al interior de la mente de un ser defraudado e indigno y por eso Lucrecia lo dotó de una especial sonoridad, de fueras de campo tan importantes como lo que pasa en el cuadro, de una puesta en escena donde las fronteras entre lo real y lo imaginado se disuelven.

Película ambiciosa e hipnótica, *Zama* marca un punto de quiebre en la carrera de su autora, que demuestra acá una bienvenida versatilidad y unas ganas enormes de romper moldes y esquemas preconcebidos sobre ella. Lo suyo es eso: sorprendernos, derrumbar nuestras expectativas. Y en ese proceso se ha convertido en una artista fundamental, en una autora exigente, libre y segura de sí. ■

Juan Carlos González A. (Colombia)

Es médico y profesor titular de la Facultad de Medicina de la Universidad Pontificia Bolivariana. Es columnista editorial de cine del periódico *El Tiempo*, crítico de cine de las revistas *Arcadia* y *Revista Universidad de Antioquia*, y del suplemento *Generación*. Es editor de la revista *Kinetoscopio*. Autor de los libros *François Truffaut: una vida hecha cine* (2005), *Elogio de lo imperfecto, el cine de Billy Wilder* (2008), *Grandes del cine* (2011) e *Imágenes escritas, obras maestras del cine* (2014).

Referencia

Pinto Veas, I. (2015). Lucrecia Martel. *laFuga*, 17.



Editorial
Universidad de Antioquia®

Dos colecciones, cuatro novedades

Ocho estaciones
Antología personal
Juan Manuel Roca
156 p. 13,5 x 19 cm

Agradece a la piedra
Jorge Mejía Toro
88 p. 13,5 x 19 cm


Dimitas Arias / Salve, Regina
Tomás Carrasquilla

Cuentos escogidos 1
Tomás Carrasquilla
Notas y glosario de Leticia Bernal Villegas
13 x 21 cm
Coeditados con la Alcaldía de Santo Domingo

Editorial Universidad de Antioquia®, una editorial para leer el mundo

Correo: editorial@udea.edu.co

Sitio web: <http://editorial.udea.edu.co>

Teléfono: (574) 219 50 10 • Síguenos:  

Una universidad que se vive desde las regiones de Antioquia



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Dirección de Regionalización

Ir a Contenido >>

KINETOSCOPIO

Volumen 28 Nº 122 / Abril - Junio 2018 / \$14.000

ColomboAmericano | Medellín

f /Kinetoscopiocam @RevKinetoscopio

Ingmar Bergman
100 años

¡Suscríbete a la Revista Kinetoscopio!

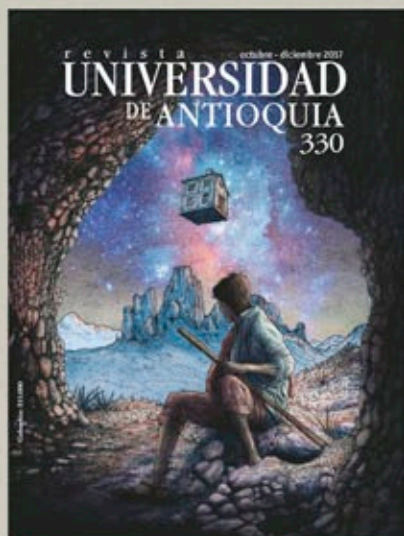
Valor \$60.000 incluye 4 ediciones impresas y 2 cuadernillos digitales exclusivos para suscriptores.

Más información:
(57 4) 204 0404 ext. 1048
kinetoscopio@kinetoscopio.com
www.kinetoscopio.com

ColomboAmericano
MEDELLÍN

Encuétrala en Medellín:

Librería El Acontista | Tienda Mamm | Al Pie de la Letra | Librerías ColomboAmericano de Medellín



330

Especial Perú
Por los mares de Ramón Xirau
Rostros de piedra
Inventos, descubrimientos y milagros
Cuento. Mar de la serenidad
Las mujeres en la arquitectura:
de *fabricatrix* a arquitecta
Charlie Chaplin: genio y figura



331

Especial Viajes
Cinco novelas de Kazuo Ishiguro
Freud y la literatura
Toulouse, entre el pasado y el futuro
Cuento. Dicen que de repente vio una sombra
Kazuo Ishiguro, de las letras a la imagen



332

Especial J.G. Cobo Borda
Energía y equidad
Stephen Hawking
Bertrand Russell en Nueva York
En busca de poetas
El automóvil, la ciudad y la arquitectura de Medellín
Cine Ingmar Bergman

Suscríbete

Cuatro números, suscripción por un año



Estudiantes \$30.000

Profesores, empleados y egresados U. de A. \$40.000

Público general \$45.000

Valor ejemplar \$15.000



  revistaudea
revistaudea@udea.edu.co

www.udea.edu.co/revistaudea

Ir a Contenido >>

ISSN 0120-2367



9 770120 236009 00302